

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 121

18 DE JUNIO DE 1876.

AÑO III.

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

EFFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA, EN SU RELACION
CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFÍA Y
DE LA HISTORIA.

V.*

La Barbarie, la fundacion del gran imperio de los Arabes y las continuas guerras interiores de Asia cortaron las relaciones de los pueblos occidentales con la India: los Cruzados y las misiones y embajadas del siglo XIII van á cumplir en la Edad Media la mision de Alejandro en la antigua, abriendo de nuevo las puertas del Oriente. Un doble movimiento se realiza en la esfera de las ciencias que enseñan á conocer la tierra y el hombre; por un lado la guerra y el proselitismo religioso impulsan y dirigen los descubrimientos de Occidente á Oriente, y por otro, el espíritu del comercio lleva al Occidente los progresos alcanzados por las razas orientales.

Dueños los Arabes de Alejandria, pierde esta gran ciudad su antiguo poderío comercial; Constantinopla recoge su herencia, y hácia 1204, época de la cuarta cruzada, cuando los emperadores griegos son expulsados de Constantinopla y se funda el Imperio latino, sostenido por los Venecianos, la orgullosa República se declara señora del comercio, alcanzando privilegios sin tasa. Pero en 1260 la dinastía griega recobra el trono de Byzancio, amparándose de Génova, mortal enemiga de Venecia, y desde entónces toda la importancia comercial y marítima pasa de los Venecianos á los Genoveses. Así, por espacio de dos siglos, Venecianos y Genoveses comerciaron con India y China por medio de caravanas que partían de las costas del mar Negro, porque el encono de los Musulmanes cerró el camino de Egipto hasta 1260, desde cuya época Venecia, Génova, Sicilia y Aragon firman tratados con el Soldan de Egipto y vuelve Alejandria á ser la principal estacion del comercio entre las Indias y las costas del Mediterráneo.

No olvidando el espíritu general de los pueblos que se distinguen por una mayor expansion de vida en la época que historiamos, fácil será comprender la relacion constante de los hechos con el estado

especial de la actividad é inteligencia humanas en los siglos XIII, XIV y XV, hallando así amplia base para el exámen de los principales viajes y descubrimientos que preceden á los dias de Colon y Vasco de Gama.

Italia en la Edad Media, no obstante el mortal encono de bandos y parcialidades opuestas que la mantienen en perpetua y sangrienta lucha, y la dividen en multitud de pequeños Estados, independientes unos, otros sometidos á influencias ó poderes extraños y que alternativamente llaman ó rechazan á Alemanes, Franceses y Españoles; á pesar de esto, ó tal vez por ello mismo, ocupa el primer lugar entre los pueblos de Europa cuando se atiende á clasificarlos en órden á su vida intelectual: las ciencias, las letras, las artes, la industria adquieren un brillo capaz de ofuscar la vista del que ha penetrado la oscuridad de los tiempos feudales, y la culta Grecia parece que revive en las ciudades de Italia, porque es el genio del Paganismo el que anima al sabio y al artista y mata el exagerado predominio de la idea religiosa, que hace olvidar al hombre la tierra por el cielo y le veda el cumplimiento de sus deberes como miembro de la humanidad, convirtiéndole en un sér inútil en el mundo. Y si en general en la historia de las ciencias y de las artes figuran tan dignamente los pueblos italianos, extraño fuera no poder decir lo mismo de la historia de la Geografía, máxime si recordamos lo ya expuesto acerca de la importancia comercial de alguna de sus Repúblicas. El viajero más conocido en la Edad Media pertenece á Italia, y dentro de Italia á la República de Venecia.

Dos mercaderes de noble familia, *Nicolás y Mateo Polo*, se encaminaron en 1250 á las tierras de la Tartaria occidental con intencion de vender mercancías que habían adquirido en Constantinopla. Cumplido su objeto en las orillas del Volga, donde vivía el khan Barkah, se preparaban á regresar, cuando la guerra que estalla entre Barkah y el khan Hulagú les obligó á dirigirse hácia el Este para evitar la peligrosa ruta del Don. Pasan entónces al Norte del mar Caspio, y por el lago Aral y atravesando el Sihoun—antiguo Yaxartes—llegaron á la gran ciudad de Bokhara. Tres años permanecen en los Valles del Syr Daria y Amon Daria, durante los que estudian la lengua y costumbres de los Tártaros, é instados por el vencedor Hulagú, visitan á Kublai Khan, cuarto hijo de Gengis-Khan, Emperador de China, que en

* Véanse los números 115, 116 y 120, páginas 380, 407 y 561.

el verano fijaba su residencia en Mongolia. El Gran Khan les colmó de agasajos, les interrogó sobre Europa y sus principales acontecimientos, pidiendo detalles acerca de la Iglesia, del Papa, Emperadores y Reyes que dominaban en los pueblos occidentales y, satisfecha su curiosidad, nombró á los dos hermanos sus embajadores cerca del Pontífice. En 1269, despues de diez y nueve años de ausencia, tornan *Nicolás* y *Mateo* á su patria, donde aquel sabe que su mujer murió, dejándole un hijo, nacido á los pocos meses de su partida. Este hijo era *Marco Polo*. La silla de San Pedro estaba vacante por defunción de Clemente IV, y dos años trascurrieron sin elegirse Pontífice; al fin se consagró á Gregorio X, y con cartas credenciales del nuevo Papa, que se hallaba en Acre, vuelven desde esta ciudad á internarse en Asia. En este segundo viaje, emprendido en 1271, les acompañó el jóven Marco, á la sazón de diez y siete años de edad.

Lentamente atravesaron el Asia occidental y la Tartaria, á causa de las lluvias y desbordamientos de los grandes rios. Despues de recorrer Armenia, Georgia y Persia, pasan el Hindon-kuch y llegan á Badackan, ciudad próxima á las fuentes del Oxo ó Dji-hum; se internan en la fria y áspera comarca de Balacian, salvan las montañas Bolor entre el Altai y el Himalaya, siguen caminando por las regiones del Kachgar, Cotan y otras de la pequeña Bukharia y entran despues en la provincia del Khamil, donde eran los hombres tan hospitalarios, que cedían á los viajeros sus hijas y mujeres. Este país linda ya con el Gran Desierto de Gobi; era preciso atravesarlo, y como Marco Polo no conocía la fatiga cuando trataba de completar sus estudios geográficos, los viajeros penetraron en él, y á los cuarenta dias de camino vieron á Karakorum, capital de los Tártaros. No se detienen aquí, sino que avanzan hácia el Norte; visitan el reino de Tenduz, gobernado por un descendiente del Preste Juan, y atravesando la gran muralla, llegan á Tsaan-Balgassa y á Chang-ton, donde los recibió Kublai-Khan.

Antes de pasar más adelante, bueno será advertir que la magnífica obra de Marco Polo *Il Millione di Messer* (1)—el libro de las maravillas del mundo, como le denominaron los primeros copistas—no es precisamente la relacion de un viaje, sino una obra descriptiva y estadística, donde es difícil distinguir lo que el viajero ha visto por sí mismo de aquello otro que le han contado y él refiere. En la relacion se dice textualmente que *Marco Polo, sabio y noble ciudadano de Venecia, vió todo esto con sus propios ojos, y lo que no vió lo oyó de boca de hombres instruidos y dignos de fe*. La gran semejanza entre la

relacion del viaje de *Hinan-Thisang* (1) peregrino budhista del siglo VII, y algunas descripciones de *Marco Polo*, contribuyó á que Humboldt, siguiendo el parecer de Jaquet, emitiera su juicio sobre *Il Millione*, opinando que el fondo de esta obra pertenece á la observacion directa y personal del viajero, pero que además echa mano de documentos oficiales y particulares, especialmente libros chinos y mongoles, que pudo muy bien conocer y consultar como gobernador de la ciudad de Yangú. Añádase á esto la falta de método con que escribió su libro *Marco Polo*, y se comprenderá la dificultad de trazar con exactitud la ruta del viajero y de seguirle paso á paso en sus expediciones á través de las comarcas del centro y oriente de Asia. Indudablemente, si es acertada la opinion de Humboldt, *Marco Polo* desmerece como viajero, pero en cambio adquiere proporciones extraordinarias al considerar que no se circunscribe á recorrer los países del Oriente por mera curiosidad ó guiado por un fin político ó un interes comercial, sino por laudable afán de completar la ciencia geográfico-descriptiva y recoger todo lo que pudiera servir al mejor conocimiento de los pueblos asiáticos.

Sin embargo, la geografía y la historia de Asia deberían más á *Marco Polo* si la falta de método no hubiera inutilizado en parte sus esfuerzos. De vuelta á Italia, y preso por los Genoveses en combate naval, entretiene las horas de cautividad redactando su famoso libro con la ayuda de Rustigielo de Pisa, que hacia las veces de amanuense; y escrito de memoria, sin indicar direcciones ni distancias, con muy mala ortografía en los nombres propios y sin distinguir lo suyo de lo ajeno, aparece la relacion vaga y oscura, oscuridad que aumenta á la par que la ignorancia y descuido de los copistas van alterando el original y se traduce á diferentes lenguas. De aquí inexactitudes y exageraciones que en los tiempos modernos han llevado á algunos á dudar de la veracidad de *Marco Polo*, acusándole de describir países que no ha visto, acusacion que sería más fundada si teniendo noticias de esos países no las hubiera incluido en su libro. Las exageraciones no deben ser motivo de reproche, dada la impresion que siempre ejercen en el ánimo las cosas nuevas, y la inexactitud que pueda notarse en algunos pasajes no autoriza á desconocer la rigurosa fidelidad con que en otros muchos describe los países y apunta las producciones de su suelo y costumbres de sus moradores.

(1) Cuando Marco Polo regresó de su viaje, gustaba mucho hablar de los millones del Gran Khan; por esto sus compatriotas dieron en llamarle *Messire Million*, y de aquí el nombre de su libro.

(1) De 628 á 643. Su itinerario es este: Tartaria, montes Thsong-ling, Tasch-Kend en las orillas del Yaxartes, desfiladero de las Puertas de hierro, valle de Kabul, Indo, valle de Kachemir, imperio de Magadha, curso del Ganges hasta su desembocadura, costas del Malabar y Guzerate, márgenes del Bajo Indo, Indo Kuch, pequeño Thibet, Kachgar y China. (Klaprot: *Memorias relativas al Asia*.)

Ahora y tras estos párrafos á guisa de preliminar, indispensable para huir de torcidas interpretaciones y falsos juicios, continuaremos el relato del viaje exponiendo todas las noticias y datos de mayor interés que *Marco Polo* recogió durante su permanencia en Asia y que sirvieron para formar la descripción más completa que se había hecho de las regiones orientales de aquel Continente, en un libro que fué la principal base de los estudios geográficos hasta mediados del siglo XVIII.

Favorablemente acogidos los viajeros entre las tribus mongolas, ya muy civilizadas por su contacto con los pueblos del Iram y de China, el Gran Khan nombró al joven *Marcos* para uno de los mejores destinos de su corte, y habiéndose apoderado aquel jefe de las regiones meridionales de China ó Manghi, entregó al veneciano el gobierno de una de sus nueve provincias, que comprendía Yanguí ó Yang-Tchen y otras veintisiete ciudades. En los tres años que desempeñó este cargo, de 1277 á 1280, recorre *Marco Polo* los países sometidos á su autoridad y otros comarcas, gira visitas á las más importantes ciudades, como Tso-chen, Pianfú, Ava, Kassay, Taiping y Nanking, explora los valles del río Amarillo y el Irauadi, y desde este punto, pasando por Annam y Tung-king, se dirige al Nordeste de China, donde visitó las ciudades del litoral, entre ellas la célebre Quinsay, moderna Hang-Tchou, la Venecia de los chinos, según *Marco Polo*, y albergue de los más ricos mercaderes del mundo.

Durante su permanencia en Manghi, estudia y adopta la lengua y los usos de los Mongoles, cruza el país de caminos y canales, crea institutos para alimentar á los pobres y recoger los niños expósitos, y desde su ciudad de Yang-Tchen acopiaba los materiales que le habían de servir en la prision de Génova, ya recorriendo todas las provincias de China, ya buscando con afán el trato de los hombres conocedores de aquellas comarcas y de los escritos ó tradiciones de su raza, que en este punto empiezan á adolecer de oscuridad ó confusión los historiadores de la Geografía que se ocupan en resumir y comentar la obra de *Marco Polo*. Los grandes detalles que hay en su libro acerca del Japon son parte á que algunos hayan afirmado que, saliendo del puerto de Zeitung, en la China Sud-oriental, y puesta la proa al Norte, visitó las islas que él llama Zipungu, para descender despues por el mar de la China á la provincia de Ciamba, al Sur de Cochinchina, mientras que otros sostienen que, encargado de una misión por Kublai-Khan, se dirigió en línea recta á las costas de Cochinchina y mares del Sur.

Hacia ya algun tiempo que los viajeros deseaban regresar á Europa, detenidos en China tan sólo por complacer al Emperador, cuando el matrimonio de la hija de éste, Cogatra, con Arghum, príncipe mon-

gol de Persia, les proporcionó ocasión para cumplir sus propósitos. La caravana que, atravesando el centro de Asia, se dirigía á Persia con los embajadores de este reino y la futura esposa de Arghum, tuvo que volverse obligada por los obstáculos que opusieron la naturaleza y la mala voluntad de las tribus errantes del Desierto. Entónces se pensó en variar de ruta, y acudieron á *Marco Polo* para que con su práctica y experiencia de viajero guiara á la ilustre comitiva por las aguas del Oceano Índico. *Nicolás, Matéo y Marco*, que llevaban ya diez y siete años viviendo en territorio chino, parten al fin con la princesa Cogatra, los embajadores persas y una escuadra de catorce buques, elegidos entre los mejores de la marina imperial. Hiciéronse á la vela en el punto de Zeitung y tocando en Saigon, islas de Condor, Bintang, Sumatra, Nicobar y Andaman, llega la flota á Ceilan, desde donde se eleva hácia el Norte para recorrer las costas de la India occidental, Coromandel, Golconda, Lar, cabo Comorin, Culam, Eli y Gudjarate. Al llegar aquí parecía natural que *Marco Polo* se encaminara directamente á Persia; mas sin duda quiso explorar otras tierras que excitaban su curiosidad, y —atendiendo á la relación— se internó en el mar de Oman, costeó la Arabia, tocó en la isla Socotora, avanzó hasta Madagascar, y virando hácia el Noroeste, visita la isla de Zanzibar, ve las playas africanas, reconoce la Abisinia y la ciudad de Adem, y llega á Ormuz, donde da fin á su larga travesía la flota que equipó el emperador mongol. Los venecianos se dirigieron por tierra á Trebisonda, y de aquí á Constantinopla y Negroponto, donde se embarcaron para Venecia. En 1295, despues de una ausencia de veinticuatro años, entraba *Marco Polo* en su ciudad natal. Nadie reconocía á los tres viajeros, ni sus mismos parientes; se desconfió de ellos; se les tuvo por impostores: pero un espléndido festin, servido con un lujo asiático, y la lluvia de rubíes, esmeraldas, zafiros, diamantes y carbunclos que los convidados atónitos vieron caer de sus toscas vestiduras de viaje, ahuyentaron el recelo, y ya no hubo quien se atreviera á poner en duda las extraordinarias narraciones de *Marco Polo*. Poco despues, como ya hemos indicado, cayó prisionero de los genoveses; en 1299 fué puesto en libertad, y murió, según datos más fehacientes, hácia 1323.

En su relación describe minuciosamente el Thibet, todas las grandes ciudades del Imperio chino y los mares, islas y costas del Este y Sur de Asia. La vasta region del Thibet comprendía ocho reinos, donde los hombres jamás contraían matrimonios con vírgenes; en ese país abundaba el almizcle, y con tal motivo habla del almizclero, el gran faisán y otros animales propios de dicha region, que describe con bastante exactitud. Al Sudoeste coloca la

provincia de Saindú, por donde corre el Ganges, que termina al Oriente con el río Brius, tal vez el Bramaputra, cuya ribera opuesta pertenecía al Caraiam ó país de Asoam. Entra despues en el Imperio chino y describe á Combalú, Pekin, Nankin, Quinsay,—Hang-Tchen—y el puerto de Sanfú-kan-Phu, de gran comercio con las Indias: entre las maravillas de Pekin, cita la *pedra negra*—carbon de piedra—que se arrancaba de las montañas de Kathai, porque á la vez que describe estos países y el Tangut, al Oeste del río Amarillo, da exactísima idea de las costumbres, producciones é industria de los habitantes de sus ciudades y de las tribus nómadas del campo. Hace la biografía del Gran Khan; pondera las magnificencias de su palacio; da cuenta del gobierno imperial, notable por su centralización excesiva; menciona el papel-moneda, la porcelana, el arroz, el algodón, el azúcar, y admira el vasto comercio de los puertos chinos, así como la abundancia del oro en relación á la plata, aunque es de notar que guarda silencio respecto al té.

Al Mediodía del Japón, cuyos moradores eran blancos é idólatras, se extendía un vasto mar, con 7.440 islas—no afirma haberlas visitado todas—y en los mares del Sur, que indudablemente recorrió él mismo, pues por ellos emprende su vuelta á Europa, la primera provincia que cita es la de Ciamba, rica en elefantes y madera de ébano. Al Sudeste se encuentra la isla más notable del mundo, la Gran Java—Borneo,—de donde vienen las especias, y próxima á ella la Pequeña Java, sin duda Sumatra, cuyos isleños son hoy tan salvajes como nos los pinta *Marco Polo* en el siglo XIII. Al Norte de Sumatra describe una isla de cada uno de los grupos Nicobar y Andaman, pobladas por antropófagos que tienen cabeza de perro; y despues de visitar la isla de Ceilan, de inmensa extensión ántes que la cubrieran las aguas del mar, pasa á la India y describe las costas de Coromandel, Malabar y Guzerate, da á conocer las castas, clases sociales y tribus de la península Indostánica, los Chamanes ó hechiceros, las Balladeras ó ramerías, y los famosos piratas de Lar ó Guzerate. Habla además de los reinos de Comorin y Delhi, y cita las ciudades de Coil—Travancore,—Cambaya, Semenat y Tana, de gran comercio con los Arabes y Chinos en el siglo XIII.

En este tercer viaje que hizo *Marco Polo* para regresar á su patria acompañando á los embajadores persas, halló ancho campo para nuevas y curiosas observaciones. Ve otros hombres y otras costumbres; admira la preciosa y exuberante vegetación de las costas é islas del Mediodía; y los perfumes de la Arabia, las especias que vienen de lejanas y maravillosas tierras, el topacio, la amatista, el zafiro y la esmeralda de Ceilan, los diamantes de Golconda, alimentan el poderoso comercio de las In-

dias con la Tartaria, los archipiélagos Malayos, el golfo Pérsico, el mar Rojo y las playas de Africa y Madagascar.

No se olvida á *Marco Polo* describir los últimos países que visita en Asia: además de las ciudades de Persia y división geográfica de este reino en ocho provincias, nos habla en su libro de la Arabia, del Africa oriental y de los desiertos del Norte de Asia; pondera la importancia comercial de Aden, los dátiles de Basora y las fábricas de brocados de oro y damasco de Bagdad. El gigantesco *Rok* de las *Mil y una noches* levanta su vuelo en Madagascar, y en los vecinos mares hay una isla donde sólo habitan mujeres, y otra poblada únicamente por hombres, fábulas que debió tomar del árabe Ibn-el-Onardi ó Bakubi, de quien es también la de los hombres con cabeza de perro que moraban en las islas del golfo de Bengala. Aquí hallamos claramente demostrado que *Marco Polo* no visitó todos los países que cita en su obra, sino que da á conocer muchos por simples referencias de otros autores, que hace suyas. Así sucede con todas las tierras extremas, Norte y Sur, del mundo entónces conocido: en la Abisinia ó Abasee reinaba un monarca cristiano cuyos súbditos eran musulmanes, y al Norte, despues de un extenso país rico en peletería y cubierto casi siempre de nieves y hielos, se encontraba la región de las Tinieblas, cuyos moradores no tienen cabeza, se ven privados de la luz del sol en invierno y forman un numeroso pueblo tributario de los Mongoles. Sin embargo, á través de la fábula, se observan rasgos generales que tienden á dar una idea aproximada de la Siberia y tierras del Septentrion de Europa.

Estas son, en resumen, las noticias que acerca del mundo oriental proporciona el importante libro del ciudadano de Venecia y viajero infatigable. A medida que los países de Asia se fueron reconociendo, se confirmó la exactitud de la relación de *Marco Polo*, sobre todo respecto á las tierras que seguramente él mismo observó y estudió. ¿Cuáles fueron éstas? Difícil es, como ya indicamos, enumerarlas una por una; mas, no obstante, nos atrevemos á afirmar que sus verdaderos viajes se reducen á tres:

- 1.º Desde Italia hasta la China.
- 2.º Desde las costas orientales de este territorio al Sur de Asia, bien remontara ó no accidentalmente los mares Azul y Amarillo.
- 3.º Su regreso por el Oceano Índico hasta la Persia, y de aquí á Constantinopla é Italia.

La Siberia, la China Septentrional, más allá de la Gran muralla, el Japon é islas del Grande Oceano, Borneo y Sumatra, Arabia, Zanguebar, Abisinia, Madagascar y Siria son comarcas donde probablemente jamás estuvo *Marco Polo*, y todo lo que puede

aventurarse es que arribara en cualquiera de sus viajes á puertos de alguno de esos países, pero sin detenerse en ellos el tiempo necesario para adquirir idea fiel y exacta por medio de observaciones propias.

De lo hasta ahora expuesto se deduce, y sin precision de insistir demasiado en mostrar las consecuencias altamente favorables que para el progreso de la Geografía y de la Historia derivan de la circunstanciada y completa relacion de los viajes y descripciones de *Marco Polo*, que es su libro base y fuente de todo estudio histórico-geográfico que se intente hacer de Asia en la Edad Media. Expresa la situacion respectiva de los lugares en lo que era posible, dado su tiempo; señala frecuentemente rios y montañas que sirven de confin á unos y otros países; menciona las ciudades más importantes del Este y Sur de Asia, y adelanta nociones muy aproximadas á la verdad respecto á las comarcas septentrionales de dicho continente é islas superiores de la Malasia, viniendo á ser el que recoge los adelantos de los Arabes en la geografia de Oriente, la acaudala con sus observaciones personales, la enriquece con todos los datos que puede adquirir de los Mongoles entre quienes vive, y formando una descripcion, confusa sí, pero la más completa que se habia visto del mundo oriental, la entrega á los pueblos de Europa, ávidos de penetrar la oscuridad que envolvía las tierras donde se elevaban uno tras otro los poderosos imperios de Arabes, Tártaros y Turcos. Las costumbres especiales de raza ó de tribu, las producciones y caracteres del suelo en los reinos vegetal y mineral, así como la fauna de aquellas regiones; la constitucion política, militar y aún financiera de los Khanados mongoles; las relaciones que median entre diferentes principes y reyes; el comercio que tiende á estrechar las que no ha creado, nada olvida *Marco Polo*, y el hecho de redactar su libro de memoria, sin servirse de notas recogidas en el terreno mismo, en una prision y para distraer las amargas horas de cautividad, muestra más que nada el espíritu atento y observador del gran viajero veneciano.

La historia de los últimos tiempos del poderío mongol en Asia y la historia del comercio, tan influyente en los destinos y progreso de la especie humana, se perfeccionan y completan gracias á *Marco Polo*, porque no se limita á describir los caracteres físicos de los países que explora, la distribucion interior de las ciudades, los templos, palacios y edificios notables por su grandeza y suntuosidad, las producciones del suelo, las costumbres de los habitantes, las leyes políticas y administrativas, sino que además cuenta detalladamente batallas y hechos históricos que dieron renombre á determinados países del continente oriental: así, por ejem-

plo, refiere la toma de Bagdad por los Tártaros, habla del célebre Viejo de la montaña, jefe de los Hashishins, y recoge curiosos documentos sobre la Gran Turquía que, aunque fragmentarios, constituyen la verdadera historia de los Kanes mongoles de la Persia. Escribe también *Marco Polo* en su obra que los productos de la Península Indo-China y de las islas del Océano Indico llegaban sobre barcos del país á la costa Malabar, donde, unidos á las producciones de la Península Indostánica, se exportaban en barcos árabes y egipcios á los puertos del mar Rojo, para desde allí pasar á Alejandria y de Alejandria á Europa (1). Esta es la ruta principal del comercio durante la Edad Media, comercio que insensiblemente acercaba hombres y pueblos diferentes en raza y en religion, y por lo tanto en costumbres y organismo social y político.

La Geografía y la Historia, verdaderas antorchas que iluminan el pasado, aclaran el porvenir y disipan las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie, reconstituyendo el mundo y presentando la vida de los hombres en el mundo para extinguir odios y temores que en el alma engendra lo desconocido; la Geografía y la Historia que elevan la razon humana á más altas esferas, desde donde llama á todos los hombres y á todos los pueblos para enlazarlos en la unidad de su origen y en la comunidad de sus fines, y crea multitud de relaciones y mutuos intereses que preparan el día feliz en que sea una verdad la santa aspiracion del sublime Mártir de la Cruz, *paz y caridad entre todos los hombres*; la Geografía y la Historia, repetimos, pasan del periodo de incubacion, en que todo vive y se desarrolla confuso y embrionario, á la edad juvenil de las grandes aspiraciones, desde el momento en que *Marco Polo*, investigando con genio excrutador las tierras orientales, abre de par en par las puertas que cerraban los últimos confines de Asia. En el mismo siglo XIII y en los siglos XIV y XV, italianos y franceses, ingleses y españoles, continúan la obra de *Marco Polo*, y confirmando sus relatos sobre los países meridionales y orientales del viejo continente Asiático, harán brotar en la mente de Colon el pensamiento que le lleva á descubrir un continente nuevo, y en los marinos de Portugal la idea de aventurarse en las olas vírgenes del Atlántico para costear el Africa y abordar en las playas meridionales de la India.

En la segunda mitad del siglo XIII figuran en la historia de la Geografía, además de *Marco Polo*, los nombres del armenio *Hayton*, de *Ricoldo de Monte Croce*, toscano, y del calabrés *Juan de Monte-Corvino*, obispo que era de Pekin en 1312. Las narraciones de viaje que escriben están muy por bajo

(1) Véase sobre este punto á Scherer: *Hist. del comercio*.

de *il Millione di Messer*, pues aunque relativas tambien al Asia, desconocen sus autores varias comarcas de las descritas por *Marco Polo*, sobre no haber seguridad de que todos ellos sean viajeros: así se niega este título á *Hayton*, quien, como principe de Gorigos en Cilicia, pudo, sin necesidad de recorrer él mismo los países que cita, acopiar los materiales precisos para formar su incompleta descripción de Asia.

En el siglo XIV, los viajes del franciscano *Oderico de Pordenone*, del arzobispo *Juan de Cor*, del dominico *Jordan Catalan de Severac*, del inglés *Mandeville* y el mercader florentino *Balducci Pegoletti*, y de *Pascual de Victoria* y *Juan de Mariñola*, tambien franciscanos, nos muestran que la religion, la política, la curiosidad y el comercio mantienen y avivan de cada vez más el impulso hácia las regiones, apénas entrevistas, del mundo oriental. Pero ante el libro de *Marco Polo* desmerecen, no solamente las relaciones del siglo XIII, sino tambien los viajes y las obras descriptivas que entran de lleno en el siglo XIV y primera mitad del XV. Así es que entre todos los viajeros que hemos citado, los únicos que requieren especial mencion, por la mayor amplitud de sus conocimientos y como continuadores de *Marco Polo*, son *Oderico*, *Pegoletti* y *Mandeville*.

Oderico de Pordenone, misionero franciscano, de 1314 á 1330 atravesó el Asia desde las costas del mar Negro hasta el Imperio chino: sus observaciones, oscuras y confusas, ofrecen poco interes en punto á novedad, y únicamente cabe dedicarle alguna atención al describir los países marítimos del Indostan. Admira en la costa de Malabar los inmensos bosques, poblados de serpientes y cocodrilos, donde crece la planta de la pimienta, y menciona las singulares supersticiones de los indios, el respeto que profesan al buey, la costumbre de las viudas de perecer junto al cadáver del que fué su esposo, y el fanatismo que les llevaba á morir aplastados bajo las ruedas del gigantesco carro del Dios.

De la India pasó á Lamery—Sumatra?—país excelente y fértil, donde vivían tribus antropófagas, y hombres y mujeres iban desnudos: próximas se hallaban la isla de Ceilan, con criaderos de diamantes y rubies y aves de dos cabezas; la de Jáva, cuyo rey tenía el más alto y suntuoso palacio del mundo, con escalones de oro y plata, y otras 4.400 islas regidas por 64 principes.

Después se dirigió hácia China, á cuya parte meridional ó Manghi llama India superior: allí los hombres eran todos artesanos ó mercaderes, y tenían las uñas tan largas como diminuto el pié las mujeres, las más hermosas que había bajo el sol. Residió

tres años en Pekin, cuyas magnificencias describe, y en su regreso á Europa, atravesó los dominios del Preste Juan, el Thibet y la gran provincia de Kassan-Kaschgar—sometida á China, siendo el primer viajero que habla del Gran Lama, *Papa del Oriente y jefe espiritual de todos los idólatras*.

Esto es, en muy breve resumen, lo que dice el bienaventurado *Oderico* de los países de Asia: vemos, efectivamente, que salvo algun detalle de usos y costumbres de los pueblos de la India, en nada contribuye á aumentar los conocimientos que Europa tenía de Oriente en los últimos años del siglo XIII.

Balduino ó Balducci Pegoletti, que recorrió el Asia en 1335, dejó escrito un itinerario de la ruta que seguía el comercio desde Azof á China, y aunque los lugares que cita los visitaron ó describieron ya *Carpino*, *Rubruquis*, *Marco Polo* y *Oderico*, completa los datos y observaciones de estos viajeros, determinando con bastante exactitud la situación de las principales ciudades del interior de Asia.

Los mercaderes pasaban de Azof á Astrakan, y de aquí á Sara ó Saray, capital de los Tártaros del Norte, á 10 jornadas del mar Caspio y junto al rio Actuba, que desagua en el Volga. A orillas del Jaik ó Ural y á media milla del rio Djihun, Organzi ó Urgendi, se levantaba la floreciente ciudad de Sarauco; las caravanas llegaban después á Oltrar, una de las mejores ciudades del Turkestan, y de aquí descendían á Armalek, capital de los Medos. Continúa citando otras ciudades, sin olvidarse de señalar la distancia que las separa por medio de los días de camino. Camexu-Khamil—situada entre los montes Tian-Chan y Kuenlun,—dista 65 jornadas á caballo de un rio que parece ser el Hoang-ho ó Amarillo, y Cassay es la Quinsay de *Marco Polo*, distante 250 leguas de Pekin. Así el itinerario de *Pegoletti* presta notables servicios á la geografía de Asia en la Edad Media, en cuanto confirma las indicaciones de *Marco Polo* respecto á la China septentrional, y citando las principales ciudades que sirven de estación al comercio, pone á la historia en camino de conocer los poderes que regían al Asia en el primer tercio del siglo XIV.

Juan de Mandeville, caballero inglés, de genio atrevido y espíritu aventurero, abandonó su patria en 1327 para entrar al servicio del Soldan de Egipto y combatir después al lado del Gran Khan de Katay contra los franceses. En 1356 escribió la relación de sus viajes, adicionándola con noticias sacadas de antiguos cronicones y libros de caballerías. En esta obra, que dedicó á Eduardo III, describe gran parte de la Tartaria, la Persia, Armenia, Etiopía, India y sus islas, conforme á las narraciones de *Oderico* y á la geografía de *Hayton*, exornadas con un sin-

número de prodigios y portentos: vió hombres de 16 varas de estatura, montañas con demonios que vomitan fuego, y frutos semejantes á una algarroba de gran magnitud que contenía un pequeño cordero. Con esta tendencia á lo maravilloso no pudo olvidar *Mandeville* al Preste Juan: coloca su reino en Pentaxoira—Pends-Chemir, entre la India y la Gran Bukaria?—y describe sus inagotables riquezas y sus soberbios palacios, donde resplandecía el oro y centelleaba el carbunco.

Todas estas fábulas respondían admirablemente á ese afán de conocer historias maravillosas, tan común en los pueblos europeos del siglo XIV, y de aquí que entre todos los viajeros narradores de su época sea el que mayor predicamento alcanza *Juan de Mandeville*, cuyo libro es el más exacto reflejo de la geografía popular en aquel siglo y gran parte del XV.

Esta original manera de describir los países orientales, si bien es cierto que desnaturaliza su geografía y por el influjo irresistible de lo maravilloso en el ánimo hace olvidar las verídicas relaciones del libro de *Marco Polo*, contribuye en cambio poderosamente á aumentar en los pueblos la afición al comercio y á las grandes expediciones. Así se explican diferentes viajes realizados en aquellas edades: cuenta la tradición, y se halla consignado por algunos historiadores italianos, que dos genoveses, Tedisio Doria y Ugolino Vivaldi, se propusieron llegar á la India por el Oeste, y refiérese también la historia del escocés Roberto de Macham, que, huyendo con su amante Ana de Arfé, arribó á la isla de la Madera, donde creyó hallar el Paraíso de sus amores.

Hay un hecho importante en los primeros años del siglo XIV que no debemos pasar en silencio: la famosa expedición de Catalanes y Aragoneses á Levante, acaudillados por Roger de Flor y Berenguer Entenza. El Imperio griego desfallecía ante el poder de los Turcos, que amenazaban cerrar de nuevo las comunicaciones entre Europa y Asia, y sin fuerzas para defenderse, determinó buscar amparo en extrañas y aguerridas gentes: entónces los héroes de Sicilia, de Nápoles, de los Pirineos lanzaron su grito de guerra en las feraces campiñas del Asia Menor, y las riberas del Pactolo y las vertientes del Tauro fueron testigos del estrago y matanza que señalan las victorias de los terribles almogávares. No ya viajeros ni mercaderes, sino soldados, gentes incultas que aún no habían formado clara idea de las regiones orientales más próximas á Europa, viven y acampan en su suelo, asaltan sus ciudades, llevan el influjo de su patria á las orillas del Bósforo y del mar Negro y, abriendo con sus excursiones militares más amplia esfera á las mercantiles, coadyuvan al progreso de la Geografía entre los

pueblos españoles del Mediterráneo, particularmente entre los mallorquines. Navegantes de Mallorca son los primeros que surcan hácia el Mediodía el Océano Atlántico, como lo prueba la expedición emprendida por *Jaime Ferrer* al río del Oro en 1346, según consta por el Atlas catalan de 1375.

Si ahora quisiéramos presentar una demostración palpable y evidente de los grandes progresos realizados en la Geografía durante los siglos XIII y XIV, nada más á propósito que los mapas generales del mundo pertenecientes á la citada época.

En los últimos años del siglo XIII y primeros del XIV se redactaron las copias de *Marco Polo*, se activaron los estudios cosmográficos, se fué adquiriendo una idea aproximada de la configuración de las grandes masas continentales, y aparecieron los mapas de Marino Sanudo y el famoso mapa-mundi catalan, á semejanza de los mapas árabes y señalando los lugares de Asia con los nombres que les había dado *Marco Polo* en su relación. En el mapa de Sanudo, publicado en 1306, se halla claramente delineada la forma triangular de África, y en el mapa catalan, limitado al Noroeste por las islas Orcadas y Setlandia, Noruega y Dinamarca, al Sud por Tombuctu y Nubia, y al Este por la ciudad de Combalú ó Pekin, se dibujan al Occidente de África las islas Azores y Canarias; prueba de que los Europeos conocían dichas islas ántes de 1432 y 1495, fecha en que respectivamente se atribuye su descubrimiento á Portugueses, Españoles ó Italianos. Dicese que las Azores fueron visitadas por los Normandos, quienes primero las llamaron islas Bracir, como se lee en el mapa-mundi de Pisigano de 1367, y en otro de 1384 se ve la isla de la Madera con el nombre de *isola di Legname*, datos que sirven para no permitirnos olvidar que mucho ántes de Cristóbal Colon se navegaba ya por los mares de Occidente.

El siglo XV se inaugura con los viajes de *Juan de Bethencourt* á las Canarias y la invasión de Tamerlan en Asia, ambos hechos de gran importancia en la historia de la Geografía, porque, dueños los Europeos de las antiguas islas Fortunatas, tienen un punto avanzado en el Atlántico, frente al cabo Non y dentro ya de latitudes africanas, y porque vencidos y destrózos los Turcos en Asia por las feroces tribus de Tamerlan, se reproducen las embajadas de los reyes de Europa á los príncipes mongoles, enemigos, como los cristianos, de los musulmanes.

El archipiélago de las Canarias, conocido de los antiguos geógrafos y navegantes bajo el nombre de islas Purpurarias y Afortunadas, quedó perdido en medio del desorden y confusión que caracterizan los primeros siglos de barbarie. Arabes, Italianos, Españoles y Portugueses se atribuyeron el descubrimiento de estas islas, y respecto á los Arabes ya

dimos cuenta de los grados de verosimilitud que alcanza la pretendida expedición de los *Magrurinos*. El Genovés *Lanziloto Maroxello* visitó en 1334 parte del archipiélago, y en 1341 *Angiolino de Taglio*, natural de Florencia, con una flota de cinco carabelas equipadas por Alfonso IV de Portugal, descubrió el pico de Tenerife y trece islas. D. Luis, almirante de Castilla é hijo de D. Alonso de la Cerda, con ayuda del rey de Aragon, armó una flota en 1345 destinada á conquistar las Canarias que el Pontífice le habia concedido á título de reino, bajo condicion de convertir á los indigenas á la fe de Cristo. Estos intentos valiéronle á D. Luis el dictado de infante Fortuna; y decimos intentos, porque nunca pasó á estas islas, que se lo estorbaron las guerras de Francia (1) y la oposicion de Alfonso XI de Castilla, que alegaba derechos sobre aquellos dominios. Cincuenta años más tarde, en 1395, varios andaluces y vizcainos concertaron en Sevilla nueva expedición, que se limitó á piratear y hacer un desembarco en Lanzarote, regresando con muy buena presa, que atestiguaba la fertilidad del archipiélago.

Juan de Bethencourt, de noble familia y chambelán de Carlos VI de Francia, resolvió dejar la corte y su casa de Grainville en Normandía, para salir en busca de países que ofrecieran algun estímulo de novedad á su espíritu, ganoso de aventuras y hazañas. Pensó conquistar las Canarias, muy renombradas á la sazón á consecuencia del último viaje que hemos citado, y en 1402 se hizo á la vela en compañía de *Gadifer de la Salle*, con buen acopio de viveres y 270 hombres de guerra. Dobló el cabo de Finisterre y, costeando á Portugal, traspasó el de San Vicente y arribó á Cádiz; de aquí pasó á Sevilla á conferenciar con Enrique III, y á la vuelta halló á su tripulación sublevada y decidida á no continuar el viaje. *Bethencourt* no desespera; con los más dóciles apareja y se aventura en alta mar. A los ocho dias, el horizonte dibujó los primeros perfiles de la isla Graciosa, y en breve los expedicionarios hicieron pié en Lanzarote y Fuerteventura. Pero escaso de provisiones y mal avenido con la tripulación, regresó nuestro normando al continente en demanda de viveres y de soldados que no quebrantaran la disciplina con la frecuencia que lo solian hacer los que hasta entónces habia alistado en sus banderas. Durante su ausencia nombró á *Gadifer* comandante general de las islas, y confió á Berneval el fuerte construido en Lanzarote, eleccion desafortunadísima, pues dió lugar á graves tumultos y sangrientas colisiones, promovidas por el odio que Berneval profesaba á *Gadifer* y su aviesa voluntad para con los naturales del país.

Era tambien propósito de *Juan de Bethencourt*

obtener audiencia de Enrique III para rendirle pléito homenaje y ofrecerle el señorío de las islas: así lo hizo, y en su virtud el rey de Castilla le otorgó los auxilios que solicitaba, amén de otras concesiones, como el derecho de batir moneda y cobrar el quinto de las mercancías que de aquellas islas se exportaran á España.

Cumplido su objeto, se dirigió de nuevo al Archipiélago, bien provisto de viveres y de armas y con gente de refresco, y continuando la exploración, descubrió la Gran Canaria, la isla de Palma y la de Hierro, en las que desembarcó, no sin tenaz resistencia de los naturales, sobre todo en esta última.

En diferentes ocasiones y por varias circunstancias abandonó *Bethencourt* el Archipiélago. Indispuesto con *Gadifer*, tuvieron ambos que presentarse al monarca, quien aprobó la conducta del primero, regresando *Gadifer* á Francia para no pisar más las tierras que descubrió en union del caballero normando. Y cuando ya se habian convertido al cristianismo los indigenas de Fuerte-Ventura, marchó *Bethencourt* á visitar su casa de Grainville, y multitud de franceses le acompañaron á su vuelta á las islas con ánimo de establecerse en ellas.

Todavía le fué preciso desplegar gran actividad para afirmar su dominacion en las Canarias, pues algunos indigenas se mostraban firmes en mantener la independencia: los isleños de la Gran Canaria pasaron á cuchillo á 22 de sus hombres, y no sin grandes bajas pudo dominar á los de Palma y de Hierro, siendo de advertir que cuando iba á la conquista de la Gran Canaria, en 1405, traspasó el cabo Bojador, y operó un desembarco en la costa africana para reconocer el país.

Finalmente, sujetas ya las islas más rebeldes, bautizados la mayor parte de los indigenas y repartido el territorio entre los colonos, nombró gobernador á su sobrino Maciot ó Menante: obtuvo del rey de Castilla en Valladolid cartas para Inocencio VII, y nombrado por éste obispo de las islas Alberto de Maisons, partió *Juan de Bethencourt* para Grainville, donde vivió en activa correspondencia con su sobrino y antiguos compañeros de aventuras hasta 1425, año de su fallecimiento.

La enemiga que se declaró entre el obispo y el gobernador, fué causa de que el rey de Castilla enviase á Pedro Barba, quien se apoderó de las islas y las vendió despues á Peraza. De este pasaron á su yerno Diego García de Herrera, que se intituló rey de Canaria, y más tarde las vendió á D. Fernando el Católico, salvo Gomera, que conservó con el título de conde, hasta que el mismo D. Fernando hizo la conquista de todas las islas y las incorporó á Castilla.

Veamos, ahora, lo que sucedía en Asia en estos

(1) Mariana: *Hist. de Esp.*, tomo II, libro VII, cap. XIV.

primeros años del siglo XV. Desmembrado el imperio Mongol, los Otomanos eran dueños del Oriente y aspiraban á dominar en Europa, cuando de improviso los pueblos Tártaros despiertan del marasmo en que vivían á la voz de Tamorlan que, al frente de innumerables y bárbaras tribus, invade las regiones del Indo y del Tanais, y con ánimo decidido de avasallar á todos los pueblos de la tierra, corre á medir sus fuerzas con los Turcos Otomanos. La batalla de Ancyra, en que pelearon 900.000 combatientes y sucumbió el imperio de Bayaceto, puso al vencedor en relación con los cristianos. La fama de sus victorias y de su incontrastable poder cundía por Europa, cuyos reyes eran ya de antiguo aficionados á enviar embajadores á los príncipes de las más remotas tierras, para conocer las leyes y costumbres de sus pueblos y naciones y pactar alianzas contra los musulmanes. Con aquel objeto Enrique III de Castilla envió al Oriente á *Payo Gomez de Sotomayor* y *Hernan Sanchez Palazuelos*, quienes presenciaron la memorable batalla de Aneyra, y fueron agasajados con ricos presentes, entre ellos dos bellas esclavas húngaras, que casaron despues con los dos embajadores. Para corresponder atentamente á los obsequios del *Gran Tamorlan*, salió de Castilla en 1403 nueva embajada compuesta de *Ruy Gonzalez de Clavijo*, caballero de la real cámara, fray Alonso Paez de Santa María y Gomez de Salazar (1), que llevaban regalos de gran valor y mérito.

Los tres embajadores se vieron en situaciones bastante apuradas al recorrer las comarcas de Turquía y Asia, ántes de llegar al término de su viaje, descrito con curiosos pormenores por *Ruy Gonzalez de Clavijo* (2). En Constantinopla se embarcaron para Trebisonda, y por la Armenia, el Norte de Persia y el Corassan llegaron á la ciudad de Tauris, próxima al lago de Urniah, cuyo comercio y poderío ensalza. De aquí se dirigieron los castellanos á Sultania, punto de reunion de las caravanas indias y chinas, y continuaron su viaje hasta Samarcanda, capital de Tamorlan, casi tan grande como Sevilla y más poblada, desde cuyo punto á Pekin duraba el

(1) El rey D. Enrique de Castilla... enviaba sus embajadores á los príncipes, á los de cerca y á los de lejos, para informarse de todo y trabar amistad en diversas partes. En especial á las partes de Levante envió á Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos, para saber de las fuerzas, costumbres é intentos de aquellas naciones apartadas. Estos dos embajadores, acaso ó de propósito, se hallaron en aquella famosa batalla que se dió entre Turcos y Scitas: el Tamorlan, ganada la victoria, los trató con muestras de benignidad y cortesía. Al dar vuelta para España, quiso les acompañase un su embajador que envió para trabar amistad con el rey de Castilla... Volvieron con él Alonso Paez, Ruy Gonzalez y Gomez de Salazar, tres hidalgos que despachó el rey para que fuesen á saludar á aquel príncipe: viaje largo y muy dificultoso, de que los mismos compusieron un libro, etc.—Mariana: *Hi. t. de España*.

(2) *Historia del Gran Tamorlan, é Itinerario y narracion del viaje, y relacion de la embajada que Ruy Gonzalez de Clavijo le hizo por mandado del muy poderoso rey y señor D. Enrique III de Castilla.*

viaje unos seis meses, siguiendo el camino de las caravanas.

Como vemos, la relacion de *Clavijo* tiene escaso valor para la Geografía, porque los países que cita estaban ya descritos há más de un siglo; pero en cambio su obra es de bastante importancia por las noticias que recoge sobre las vías mercantiles entre India y Europa, y muy útil para el mejor conocimiento de la historia de Asia en los primeros años del siglo XV, sobre todo respecto á los pueblos tártaros.

En 1424, el veneciano *Nicolás Conti*, queriendo imitar á su compatriota *Marco Polo*, emprendió un viaje que habia de durar 25 años. Desde Damasco se encaminó al Norte de Siria, y descendió por las regiones del Eufrates y Golfo Pérsico, hasta el Estrecho de Ormuz, donde se hizo á la vela para Cambaya en la costa occidental de la India. *Nicolás Conti* no se limita, como *Marco Polo*, á visitar ó describir las costas de la India, sino que es el primer viajero de la Edad Media que recorre el interior de la Península Indostánica, además de la Transgángética, islas orientales de Asia y Sur de China ó Manghi. De sus viajes sólo se conserva un pequeño extracto en el libro de Zurla intitulado *Di Marco Polo é degli altri viaggiat. venez.*

Cuatro años ántes de abandonar á Damasco *Nicolás Conti*, Mirza Schah Rokh, rey de Persia, envió á China una embajada compuesta de 860 individuos: *Mirkhoud* dejó escrita una relacion del viaje, trabajo que aprovecha á los historiadores, porque es un completo resumen de todo lo que se sabía entonces acerca de China.

El soldado alemán *Juan Schildberger*, prisionero de los turcos cuando fué derrotado el ejército de Sigismundo de Hungría, y despues al servicio de Tamerlan y otros Khanes hasta 1427, compuso un relato de poco interés, describiendo las comarcas que forzadamente visitó durante su cautiverio.

Bertrandon de la Brocquière, nacido en Borgoña y uno de los últimos peregrinos á Tierra Santa, describió los países del Asia menor, ya dados á conocer por los cronistas de las Cruzadas, porque la ruta de *Bertrandon* es precisamente la misma que siguieron varios ejércitos de la Cruz al dirigirse á Palestina. Esta falta de novedad y el estrecho círculo en que se encierra el relato del viajero borgoñon, son defectos que se hallan compensados por la exactitud de sus descripciones, en lo que es muy superior á todos los viajeros que en la Edad Media proporcionaron noticias más ó menos extensas sobre la geografía é historia del Asia menor.

Para terminar la reseña que venimos haciendo de hombres ilustres en el siglo XV por sus viajes, mencionaremos al flamenco *Guilleberto de Lannoy*, diplomático de los duques de Borgoña, peregrino, mi-

litar y curioso, que ofrece su espada allá donde hay que combatir, en España, en Brandemburgo, en Lituania, en Palestina; en suma, un verdadero tipo del caballero andante; y á *Josafat Bárbaro*, enviado por la República de Venecia á Tana ó Azof, cerca del rey Hussum Cassam, que recorrió el Kanado de Kaptshak, region entónces de la Tartaria, limitada por el Dniester, los Urales, Moscou y el mar Caspio, la Georgia, demas países del Cáucaso y principales ciudades de Persia.

Todos los viajes de la última mitad del siglo XV son de interes muy secundario, como sucede con los de *Caterino Zeno* y *Ambrosio Contarini*, diputados tambien por el Senado de Venecia al rey turco-mano de Persia, con el doble objeto de asegurar el camino de las Indias y suscitar contrariedades á Mahomet II.

Las observaciones de estos viajeros, si bien es verdad que no pueden considerarse como descubrimientos, prueban evidentemente que de dia en dia se van extendiendo las relaciones entre Asia y Europa, iniciada desde el siglo XII, á la par que desaparece ese tinte maravilloso que dominaba en los primeros escritos, claro indicio de los progresos de la Geografía, que redundarán en pro de un mejor conocimiento de la historia oriental de la Edad Media. Los Musulmanes, los Cruzados, los Tártaros hostigaron la curiosidad de los pueblos europeos; *Carpino*, *Ascelin*, *Rubruquis* salvaron las primeras dificultades y abrieron las primeras etapas del camino de Oriente; *Marco Polo* ofreció á Europa el fecundo resultado de largos viajes y laboriosas investigaciones, y *Oderico*, *Pegoletti*, *Mandeville*, *Conti* afirmaron las nociones generales sobre la vasta extension de Asia, la riqueza de sus producciones, la diversidad de razas y el número infinito de pueblos que la habitaban. Pero la Geografía y las fuentes para la historia de Oriente todavia son imperfectas; no hay un conocimiento exacto de la situacion relativa de los lugares ni de los límites especiales de cada país y generales del continente, en lo que sin duda influyeron las circunstancias políticas de Asia occidental, el continuo movimiento, la incesante lucha y frecuentes invasiones de unos y otros pueblos, que en el trascurso de breves años modifican y alteran las líneas divisorias de unas y otras comarcas, haciendo de suyo difícil y confusa la historia de Oriente en la Edad Media, desde el momento en que los Arabes, abandonando sus desiertos y sus feraces campiñas del Yemen y de Oman para sojuzgar á todos los hombres que nieguen la incontrovertible unidad de Dios, enseñan á las demas razas, jaféticas y turanienses, persas y mongolas, cómo se forman y se reducen á polvo los imperios.

Monumentos en que se reflejan fielmente los pro-

gresos alcanzados por la Geografía en el siglo XV, son los mapas de Bianco y de Fra Mauro. El primero, de 1436, es notable porque confirma las opiniones favorables al conocimiento en el Mediodía de Europa de algunos de los países descubiertos por los Normandos en América: al Noroeste se halla dibujada una isla con el nombre de Stofaxisa, y la semejanza de esta palabra con la alemana *stockfisch*—abadejo—se ha creído dato para afirmar que fuera Terranova: al Oeste de las Canarias hay una vasta extension de tierra denominada Antillia, y al Norte de la Antillia otras islas llamadas de Satanás, los Diablos ó Demonios. En el planisferio de Fra Mauro, pintado hácia 1460 en los muros de una sala del monasterio de San Miguel de Murano, cerca de Venecia, se ven al Occidente las islas de San Brandon, Antillas y Bercil, próximas á las Azores, lo que, unido á la tradicion de los *Magrurinos*, del escocés Macham y la de las siete grandes ciudades donde los cristianos españoles se refugiaron huyendo de la morisma, muestra que, fija la atencion de viajeros y geógrafos en los países orientales, no olvidaban sin embargo el Oeste, donde se iban acogiendo las fábulas y maravillas desterradas del Oriente por una serie continua de viajes y relaciones verídicas y tan exactas como era posible en aquellos tiempos y entre aquellos hombres.

Hubo un siglo en que el Europeo, ennegrecida su alma por la barbarie militar y su conciencia loca ante los espantosos dolores que reservaba Dios en la otra vida al pecador impenitente, no vió esperanza ni porvenir en la tierra, perdió la fe en sus destinos y, anonadado por el misticismo, la ignorancia y la supersticion, olvidó que era hombre, para santificar su espíritu con penitencias y mortificaciones corporales. Pero el siglo X pasó, vino el XI, despues el XII, y el bárbaro cristiano que de rodillas aguardaba el fin del mundo y de su vida en los yermos campos y sombríos castillos de Francia y de Germania, combate ahora en defensa de su Dios, que abre nuevos horizontes á la Humanidad en vez de exterminarla con saña iracunda y vengativa: caballeros y campesinos, nobles y plebeyos, invaden el Asia, luchan con los sectarios de Mahoma y pisan tierras vírgenes á la planta europea; á la guerra suceden relaciones de política y de comercio, el monje y el mercader penetran en las regiones interiores del Continente Asiático, llevan la oliva de paz al Tártaro y cambian sus joyas y mercancías por los ricos productos de India y China. Y al terminar el siglo XV, lo propio y original de la Edad Media, el resultado de todos los viajes y descubrimientos que ya conocemos, la geografía y la historia del Oriente musulman y tártaro, sienten el soplo vivificador del Renacimiento y de la imprenta, y lo antiguo y lo medio se unen para formar la ciencia

moderna y proteger la aparición de los audaces genios que han de hacer de la Libia un vasto continente, de la Antillia y Vinland un nuevo mundo y de las islas de las Especies la quinta parte del Globo.

R. BELTRAN RÓZPIDE.

DISPUTA

ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO,
SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA
DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.

NOTA SEGUNDA.

GOBIERNO DE LOS CORREGIDORES DE POTOSÍ D. RAFAEL
HORTIZ DE SOTOMAYOR, D. FRANCISCO SARMIENTO Y
D. FELIPE MANRIQUE.—GUERRA DE LOS VICUÑAS.

I.

Pocos meses despues de la sangrienta batalla de Munay-Pata, que á pesar del hondo espanto que en Potosí produjo no fué parte para conciliar los ánimos ni disminuir la saña que existía entre los españoles de los bandos que en ella lucharon, se presentó á tomar posesion del corregimiento de la villa imperial D. Eulogio Alonso de Zúñiga y Figueroa, á quien mortificaron de tal modo desde el primer instante de su mando los Veinticuatro del cabildo, reconociéndole solamente como Justicia mayor, por no acompañar á su nombramiento de Corregidor los despachos necesarios, que perdiendo toda prudencia, se le vió á poco tan apasionado como á los más intransigentes caudillos de aquellos bandos. No reparó en medios para vengarse de los Veinticuatro, llegando hasta dividir en tres parcialidades el vecindario; y porque el Decano de aquellos cabildantes era eriollo, predispuso é instigó á los españoles peninsulares para que exterminasen á todos los mestizos ó hijos de los conquistadores, y aún de ellos mismos, nacidos en Indias; resultando tanto ensañamiento de esta mala política, que los adversarios no sólo se mataban en las calles ó reñían en el campo, sino que se buscaban en las propias casas para asesinarse, y hasta apelaron al incendio para obligar á que abandonasen sus domicilios aquellos que se resistían á luchar.

La general alarma que produjo en el Perú la presencia en sus costas del corsario inglés Francisco Drake, suspendió en 1587 tan crueles hostilidades, que por mediacion del virey D. García Hurtado de Mendoza cesaron dos años despues; pero D. Juan Ortiz de Zárate, nombrado Corregidor en 1591, vejó

de tal manera á los mercaderes y almacenistas extremeños, «con su natural codicioso y cruelísimas entrañas,» valiéndose para mortificarlos de los vascongados y de los pocos navarros que ya empezaban á figurar en las revueltas, que en aquellos comerciantes se avivaron los pasados odios, y próximos estaban á alterar la tranquilidad con uno de los rompimientos que, en vez de evitar, fomentaba el imprudente Corregidor, cuando por su delicada salud fué éste relevado.

Tanto lo deseaba ya el vecindario pacífico de la rica villa, que al presentarse para regirla el licenciado Juan Diaz de Lupidana, designado con el carácter de interino por la Audiencia de la Plata, le recibió con muestras de indudable regocijo y simpáticas manifestaciones, que su conducta mantuvo crecientes miéntras gobernó; dejando tan buen nombre en aquella ocasion que segunda vez mereció ser elegido para sosegar las inquietudes por su sucesor promovidas. En ambos mandos dejó nombre Lupidana en Potosí: en el primero, por haber mandado ajusticiar á dos montañeses y dos manchegos que tuvieron tratos con el corsario Drake; y en el segundo, por encontrarse como autoridad envuelto en ciertas escenas amorosas y dramáticas, de que fué protagonista la bellissima doncella Florianiana, segun se verá en la adición sexta.

II.

Con trastornos más ó ménos graves y sin disfrutarse nunca de una tranquilidad perfecta, trascurrieron los años de 1597 á 1612. Tomó posesion en éste del corregimiento de Potosí D. Rafael Hortiz de Sotomayor, comendador de San Juan, á quien en premio de sus leales servicios le concedieron, además del de la rica villa, los de Porco y de Chayanta, en la proyincia de las Charcas, de los cuales enajenó el de Chayanta y puso un teniente en Porco, con aprobacion de la Audiencia de la Plata y del Virey, que en todo se mostraban deferentes con tan noble caballero.

La fama de su nombre le valió en la imperial villa un solemne recibimiento, y la práctica de sus virtudes y excelentes prendas el general aprecio, que de los ocho años de su gobernacion, sólo en el último se entibió, por haberse inclinado en demasía y hasta convertido á veces en instrumento de malos hombres, que las inquietudes preferían á la recta administracion de la justicia. D. Rafael, que así era llamado, visitó la Rivera del Cerro, dejando con sus medidas contentos á todos los que allí tenían intereses; y para que nunca faltase agua en los ingenios de aquel conjunto de fábricas, arregló la laguna grande de Tabacoñño y dirigió las obras en los primeros años de su gobernacion, aún residiendo la mayor parte del tiempo en Porco, Chu-

* Véanse los números 117, 118 y 120, páginas 441 497 y 586.

quisaca y Tucuman, donde la tranquilidad le convidaba. Durante sus ausencias dejaba el gobierno de Potosí en manos de un teniente; y por haber sido muerto el licenciado Andrés de Paz al desempeñar este cargo, y por gobernar demasiadamente mal los Justicias mayores que en distintas ocasiones le suslituyeron, se vió impelido y obligado por la Audiencia á fijar su asiento en la imperial villa, lo cual verificó en 1615, con gran repugnancia, temiendo los disgustos que de la intransigencia de los bandos debian esperarse.

Y en verdad que no era infundado este temor: ni la prudencia, ni los halagos y cortesías con unos y otros usados, fueron bastante para componerlos. Desesperado á poco de residir en Potosí de alcanzar nada provechoso por aquel camino, acudió al extremo, como en cosa que ya no tenia remedio; y despues de fortalecerse con el apoyo de lo más principal y noble de la poblacion, comenzó con mucho recato á recoger armas y reunir gente amiga para oponerse á los inquietos y castigarlos en son de guerra, ya que no querian sosegarse ni gozar de la paz. Al propio tiempo, y con el objeto de distraer á los más rencorosos, celebró grandes fiestas por la terminacion de la presa de la laguna de Chalviri ó Tabacoñuño; pero los abandalizados, que á la sazón estaban constituidos con vascongados, navarros y algunos de otras naciones de una parte, y por otra de andaluces, criollos y extremeños, cuidadosos de las prevenciones del Corregidor, que ya conocian, esperaban ver á qué parcialidad se inclinaba éste para lanzarse á la lucha, que en diarias pendencias particulares manifestaban desear.

No demostraba en tanto el Corregidor inclinaciones decididas por ninguno de los dos bandos, y mucho ménos desde que el nuevo virey D. Francisco de Borja y Aragon, Príncipe de Esquilache, doliéndose de las calamidades que Potosí padecía, y temiendo su ruina, y la de la Real Hacienda, de aquellos continuos disturbios, encargó á D. Rafael Hortiz de Sotomayor que corrigiera aquellos desórdenes por cuantos medios pudiese, ya que las exhortaciones y los demas de conciliacion empleados no habian producido hasta entónces ningun efecto. Coincidiendo con los propósitos del Virey los del Corregidor, hicieron más inquebrantable la decision que éste ya tenia de apelar á las armas para conseguir el sometimiento de los abandalizados, y en consecuencia dispuso que todos los españoles de Porco, como los de Potosí, se pusieran á sus órdenes armados y con los caballos que tuviesen.

No era, con todo, cosa fácil reducir á los de los bandos, que sobre ser muchos contaban abundante el dinero y disponian en gran cantidad de armas y caballos; teniéndolos esto tan envalentonados y soberbios, que cuando D. Rafael, al reunir sus fuerzas,

les intimó la sumision y el desarme, respondieron que ellos, como leales vasallos, jamás faltarían á la fidelidad que á su Rey debían; que si vivian con las armas en la mano era para ventilar los agravios recibidos de sus contrarios, y que si el Corregidor se resolvía á pelear contra ellos, dispuestos estaban á la defensa; entendiéndose que sobre su persona exclusivamente caería la responsabilidad de los daños que se siguieran. A tal desacato, que sólo con las armas podia argüirse, esperaron los abandalizados que la autoridad respondiese con algun acto ágresivo; y para manifestar que no lo rehuían, tendieron provocativamente sus banderas y aprestaron sus gentes y sus armas.

Los vascongados, que no se consideraban con elementos bastantes para disputar por sí la victoria al Corregidor, enyaron entónces á decir á sus contrarios, los extremeños, criollos y andaluces, que estaban dispuestos á hacer con ellos las amistades y juntarse en un sólo cuerpo para resistir á la autoridad; á lo que aquellos contestaron que en todo caso se hallarian más propicios á apoyarla, á lo cual les convidaban. Negáronse, y en consecuencia de estas indecisiones se pasaron algunos vascongados á D. Rafael, y otros catalanes, portugueses y extranjeros que con ellos iban engrosaron las filas de extremeños, andaluces y criollos, por temor de lo que pudiera sucederles; con cuyo refuerzo ascendió esta hueste á 500 hombres y 60 caballos, sin contar los capitanes que les mandaban; y la que el Corregidor tenia para oponer á esta fuerza de 400 de á pie y 80 de á caballo, en su mayor parte castellanos y criollos. Con ella desbarató á los abandalizados cerca de Munay-Pata, donde les pudo sorprender el 4 de Mayo, haciendo prisioneros á los jefes D. Alonso Yañez y al alférez Florez, á quienes mandó ejecutar, y acabó de vencerlos unos dias despues en el valle de Contumarca, causándoles grandes pérdidas en muertos y heridos.

Reunidos de nuevo por el mes de Diciembre de 1617 para vengar la muerte de Yañez y Florez, usaron á su vez de la sorpresa para atacar la guardia del General Corregidor, que se componia toda de vascongados; tomando con tal exactitud sus disposiciones para conseguirlo, que ántes que tuvieran tiempo para defenderse mataron é hirieron la mayor parte. Estrechado D. Rafael, sin defensa, y viendo en riesgo su vida, huyó disfrazado «en traje muy ruin,» refugiándose en un convento, desde donde encomendó á los azogueros, Alcaldes ordinarios y Oficiales Reales, que defendiesen su casa y riquisima recámara; y averiguado por los sediciosos que se ocultaba en San Agustín, fueron decididos á matarle, cercandó el convento y reconociendo la bodega donde habia estado escondido; mas no pudieron dar con él por haberse trasladado á una

casa, desde la que partió á Lima sigilosamente cuarenta días despues.

Dueños de la villa los sediciosos, escandalizáronla con sus abominables hechos, procuraron con vivas ansias destruir á todos los vascongados, que con valeroso ánimo se defendieron, fortaleciéndose y reuniendo por todos los medios gente, armas y caballos, y al cabo llegaron á rehacerse y apoderarse otra vez del mandó que subyugaba á extremeños, andaluces y criollos.

III.

Así las cosas á principios de 1618, se presentó en Potosí, á reemplazar á D. Rafael Hortiz, el general D. Francisco Sarmiento, caballero del hábito de Santiago, trece en número de los Corregidores propietarios, del cual, por tocarle en suerte contar este número, fatídico, segun las fanáticas creencias de aquellos habitantes, y por haber coincidido su llegada con ciertos sucesos extraordinarios, como la caída de un copioso granizo que al desleirse se convertía en líquido parecido á sangre, y la aparición de un raro cometa del mismo color; por todo esto se tuvo su gobernacion por ruinoso y continuadora de los males que en tiempo de D. Rafael dieron principio. Y ciertamente que poco bueno podía esperarse del estado de los ánimos, cada vez más enconados, y de aquellas lamentables divisiones que dieron origen á las memorables GUERRAS DE LOS VICUÑAS, comenzadas en tiempo del corregidor santiaguista, en las que quedaron destruidos los de la nacion vascongada á manos de sus enemigos los andaluces, extremeños, criollos y castellanos.

Dice sobre aquellas luchas civiles cierto autor anónimo, sacerdote (1), que fué testigo de la mayor parte de sus accidentes, que «tan tristes sucesos, »conocidos con el nombre de Guerra de los Vicuñas, »se debieron al demasiado poder que en la villa de »Potosí tenían los vizcainos, contra quienes se con- »juraron aquellas cuatro naciones, y aún se vieron »aborrecidos de todos cuantos habitaban en esta »villa. Hasta los muchachos, haciendo bandos, ma- »taron los que se hacían castellanos ó Vicuñas á »tres de los que se hacían vizcainos. Y en el pueblo »de Caisa, añade el clérigo candoroso, que no »está lejos de Potosí, parió una perra cuatro per- »rillos; el amo púsole á uno por nombre *Vizcaino*, al cual, ¡cosa admirable! los tres, siendo de »dos meses todos, lo mataron, mordiéndolo y des- »pedazándolo á bocados.

»Este mismo año de 1618, prosigue el ya citado autor, vino á esta villa D. Antonio Galdames, hombre de soberbias y terribles acciones, »enemigo acérrimo de la nacion vascongada, el

»cual trató amistad con los andaluces, criollos, castellanos y extremeños, y, haciéndose capitán ó »cabeza de los criollos, dió orden como fuesen destruidos todos los vascongados. Tambien el mismo »año fué á Potosí el andaluz D. Luis de Valdivielso, »mozo valiente, aunque inquieto y ruidoso, como se »experimentó á los cuatro días de su llegada; pues »estando jugando á la pelota con criollos y de »otras naciones, zahirió á un tal Martin de Usúrbil, »vascongado, con ciertas palabras descompuestas »que le dijo sobre el juego, de que resultó que el »Usúrbil dió un golpe con la pala á Valdivielso, el »cual, teniéndose por afrentado, sacó la daga, y sin »duda le quitara la vida á no ponerse de por medio »los que allí estaban; y como el Valdivielso era »amigo de los criollos y portugueses, salieron éstos »á su demanda, y acudiendo al suyo los vizcainos, »se comenzaron á acuchillar unos á otros con las »dagas y á golpear con las palas, de que salieron »muchos heridos. Apaciguáronlos los desinteresados, pero quedaron todos los contendientes muy »indignados y esperando ocasion para volver á renovar la pelea.»

Enterado D. Francisco Sarmiento, ya desde Lima, de todo lo que en Potosí pasaba, indicó, al tomar posesion del corregimiento, su propósito de conciliar los ánimos; y aprovechando la suspension en que los de el vecindario seguían por lo del cometa y la granizada, invitó á los prelados de todas las religiones para que, fundándose en aquellos fenómenos, predicaran la paz y exhortasen á los moradores de la villa con prudencia y cortesía para que olvidasen sus diferencias. Pero aunque todo esto se puso en ejecucion, nada bastó, porque eran los odios muy profundos, y porque, segun dice el autor del manuscrito que voy siguiendo, «Dios parecía dispuesto á castigar los pecados de aquellos habitantes.»

Los motivos, pues, que hubo para comenzar á ser aborrecidos los vascongados en Potosí, segun aseveracion de los trece autores que escribieron sobre las sediciones y alborotos de los Vicuñas (1), fué la prosperidad en que se vió esta nacion, su ensoberbecimiento por esta felicidad, y el marcado desprecio con que miraban á cuantos tenían menos bienes de fortuna. En la riqueza que disfrutaban no empezaron á distinguirse hasta 1601, que llegó á Potosí el maestro de campo D. Egidio Oxonemun

(1) Están acerdos en que estas sediciones y alborotos jamás fueron levantamientos contra la Real Corona los siguientes escritores sobre las guerras civiles de Potosí: Pedro Mendez, capitán de los Vicuñas; D. Antonio de Acosta; D. Juan Pasquier; Fr. Francisco Xaramillo, de la órden de Predicadores; el doctor D. José Velazquez, colegial de San Cristóbal de la ciudad de la Plata; el Maestro Pedro de Guillestigue, presbítero, que escribió en verso; Bartolomé de Dueñas; Juan Sobrino, que hizo la historia en octavas; el P. Juan de Medina; el R. P. Fr. Antonio Calancha; Juan de Villegas, que escribió contra los castellanos; el Sacerdote anónimo; Arranz de Ursua.

(1) Á quien copia Arranz de Ursua en el capítulo XXI del libro VI.

caballero del hábito de Santiago, quien, á pesar de esta calidad, condujo desde Buenos-Aires, donde desembarcó, á la villa imperial ropas de Castilla por valor de un millon de pesos, próximamente, al cuidado de 32 chapetones vizcainos (1). Con el producto de la ropa compró ingenios en la Rivera para sí, y agenció varios oficios de renta y honor para sus chapetones y demas amigos de su nacion; y como ésta se sabe dar la mano los unos á los otros, en breve tiempo se hallaron todos igualmente ricos; llegando á adquirir á los pocos años tanta preponderancia, que poseían los vascongados más de 80 cabezas de ingenios; se contaban entre ellos sobre 160 mercaderes, el que ménos con un capital de 500.000 rs.; había, de 12 mercaderes de plata, ocho de esta nacion; y de 12 Veinticuatro del ayuntamiento, cinco eran vascongados, de entre los cuales salían, los más de los años, electos dos Alcaldes ordinarios, atropellando razones y costumbres. Vascongados eran tambien los Alcaldes veedores del cerro; 22 de los 38 oficiales que tenía la Casa de Moneda; seis de los 10 que servían en las reales Cajas; y en esta proporcion entraban en los demas destinos: de manera que, ricos y con tales cargos, estaban los vascongados enseñoreados de Potosí, no haciendo caso de las otras once naciones, ó sea de los naturales de otras tantas provincias de España que en la villa residían, ántes bien ultrajaban á todos, y singularmente á los criollos hijos de aquellos españoles.

El suceso de Valdivielso y Usúrbil, referido por el anónimo clérigo, no era más que una de las continuas muestras con que de ordinario manifestaban los andaluces, criollos, castellanos y extremeños su desafecto á los vascongados, á quienes no querían perdonar aún el castigo que á sus instancias hizo D. Rafael Hortiz en las personas de D. Alonso Yañez, del alférez Florez y de los otros presos por los sucesos de Munay-Pata y Contumarea. Mas si los de estas cuatro naciones no disimulaban su odio, tampoco los vascongados, por su riqueza ensoberbecidos, cejaban en mortificar á estos en toda ocasion; y como todos los motivos y causas iban encadenándose, por momentos se agravaban las circunstancias y aproximaban la ocasion del rompimiento.

A principios de 1619, dió en atropellar el potentado D. Egidio Oxonemun á cierto criollo dueño de una mina inmediata á otra suya, que explotaba un rico filon de plata, empleando para desposeerle todos los medios, aún los reprobados, sin hacer caso de los requerimientos y reclamaciones del verdadero dueño, que, al verse sin defensa, ardió en arrebatos

(1) Llamábase chapeton al viscaño en la guerra, á los recién entrados en las Indias, á quienes no se entendía aún en sus tratos y modos, y á los que llegaban en la última flota hasta que venían en otra algunos, en quienes parece se traspasaba el nombre.

de ira, pasando á ser, de hombre pacífico, fiero é irreconciliable enemigo de la nacion vascongada. De la misma injusta manera despojaron de su propiedad los poderosos hermanos de Berasátegui al dueño de otra rica mina; siendo tanto el poder de los vascongados, cuando á esto se atrevían, que en este mismo año lograron echar del asiento de Piquisa, próximo á Potosí, á los andaluces, criollos y extremeños que lo tenían.

La soberbia vascongada se hacía cada dia más irritante á los demás españoles residentes en Potosí; y ya desacatando la autoridad, cual lo hizo el alférez real Domingo Berasátegui al quebrar la vara y atropellar á un alcalde extremeño (cuya falta quedó impune), ya insultando públicamente á los españoles de las otras provincias, como sucedió durante una funcion de toros, hostigando á la gente que con D. Antonio Geldres departía, excitaban más y más los deseos de venganza de qué sus contrarios se veían animados. Y en verdad que en el asunto de Geldres de los vascongados partió la provocacion. Hallábase éste durante aquella fiesta de toros en un tablado en compañía de algunos andaluces y criollos, y ciertos vizcainos, por darles pesadumbre, arrojaron desde el punto donde se hallaban una garrocha, que fué á dar, hiriéndole, en la espalda de un criado de Geldres. Al ver éste y los que con él estaban semejante provocacion, se dirigieron al tablado de los vizcainos y comenzaron á romper los lazos con que estaba atado; lo cual trataron los vascongados de impedir, arremetiendo con sus espadas á los de Geldres, y trabando con ellos una muy reñida pelea, de que resultaron, como siempre, bastantes heridos de una y de otra parte.

Jamás las contiendas terminaban sin un aplazamiento, y tanto menudeaban estas, y á un extremo tal habían llegado al empezar el año 1620, «que aún el andar los hombres por las calles era delito,» segun dice, refiriéndose á las demasías de los vascos, uno de los historiadores que las presencié.

El referido Geldres, que por su valor y condiciones les tuvo muchas veces á raya, llegó á ser el preferido blanco de las iras vascongadas, de que apenas podía verse libre. Hallábase cierto dia pacíficamente en una calle, cuando el vizcaíno Martin de Vertendona, abusando de su autoridad de alcalde ordinario, fué á prenderle, y, acosándole, obligó á Geldres á sacar la espada para defenderse, mientras buscaba refugio en la casa de un andaluz. Sabido esto por los demas andaluces, los castellanos, extremeños y criollos que formaban el mismo bando, se unieron á Geldres; juntos fueron á la casa del alcalde para matarlo, y hallándola cerrada, la escalaron, haciendo desde el tejado disparos sobre la gente del patio, hasta que, cayendo muerto el

que creyeron su enemigo, y no era sino un Pedro de Lastra, deudo de la familia, quedaron satisfechos de su venganza y se retiraron.

Los actores de esta muerte huyeron de la justicia, como era natural; pero habiendo llegado á Potosí aquellos dias, procedente de Lima, el Contador de las Cajas Reales Alonso Martinez Pastrana, amigo de Geldres y de Valdivielso, dispensóles proteccion, permitiendo que á su sombra pasearan las calles de Potosí; y los vascongados, que, queriendo vengar la muerte de Lastra, buscaban ocasion para deshacerse de Geldres, viendo que no era fácil conseguirlo por la precaucion con que éste vivía, interin el caso llegaba, contuvieron un tanto las armas, aunque con las lenguas al descubierto se herian.

Un acto de injusticia, de los que tanto en Potosí abundaban á la sazón, satisfizo en parte el anhelo de los enemigos de Geldres. Cierta noche, Domingo Berasátegui, que solicitaba á doña Isabel de Menda, mujer de D. Sebastian Sanchez de Merlo, que estaba aquellos dias como capitán de leva peleando con los indios fronterizos, se dirigió á la casa de la dama en ocasion en que D. Antonio Geldres se hallaba allí, resguardado por su alférez, quien, al ver desde la puerta aproximarse gente, disparó su arma, cuyo proyectil, en vez de dar en Berasátegui, mató á un chapeton vizcaino que por la calle pasaba. Al entender el alférez que había un hombre muerto, abandonó el sitio sin avisar á Geldres, quien, al presentarse la justicia, fué á salva mano preso y conducido á la cárcel como autor del asesinato.

Teniéndole ya seguro, se movieron los vascongados cual vengativo adversario para que el castigo fuese inmediato; y Geldres, para probar su inocencia y recusar ciertos testigos falsos, consiguió que le dejaran salir una noche de la cárcel para castigar á determinados vizcainos. Así lo hizo, y resultando herido de la sangrienta gresca movida, volvió á su prision por no comprometer al carcelero; mas comprendiendo que todo el poder de sus amigos no sería bastante á neutralizar el omnimodo que sus enemigos ponian en juego para sacrificarle, acudió con grandes influencias á Lima, de donde recibió la orden de libertad poco despues.

Las guerras civiles de Roma, de Francia, de Granada ni de ningun otro punto, son comparables por lo crueles é inhumanas con la que presencié en Potosí el historiador de que se trata. Afirma éste, al hablar de los trece historiadores que han escrito sobre las civiles guerras de los Vicuñas, que todos están conformes en los mismos juicios, excepto el R. P. Fray Juan de Medina, autor de la *Relacion de las guerras civiles del Potosí para el católico Rey de España y de las Indias D. Felipe IV*, sobre el cual manifiesta: «Que su paternidad quiere abonar

»á los vascongados con deshonor de las demas naciones; pues dice que la destruccion de los cántabros, habitantes de esta villa, fué por defender la Real Corona, y que los Justicias del Reino del Perú fomentaron á los Vicuñas sus contrarios: cosa por cierto que por ella merecía el tal volúmen ser aniquilado, de suerte que no quedase ni áun memoria de él; porque fácilmente se conoce leyéndolo la demasiada pasion de su autor, y por ella que fué vizcaino, aunque su paternidad dice ser de Medina del Campo, y Bartolomé de Dueñas y Juan Sobrino (historiadores) aseguran que era de Bilbao, y que no estando bien recibido en el convento de Potosí, tuvo que trasladarse á Chuquisaca, donde terminó su libro por noticias y cartas.» (1)

Verdad es, y cosa muy notable, que á los vascongados, que al llegar á Potosí se les tenía por hombres humildes, y «parecian ángeles en la condicion, la plata los ensoberbecía y los tornaba en demonios,» segun expresion del historiador capitán Mendez, cuyas atrocidades omite en detalle Arranz, por no querer faltar á la decencia.

IV.

Hallándose, pues, los ánimos en este estado de exaltacion, fueron elegidos Alcaldes ordinarios á principios del año 1621 Francisco Urribayen y Sancho Arrieta, vizcainos entrambós, quienes, para vengarse sin duda del alboroto que su eleccion produjo, empezaron desde luégo á prender á cuantos les eran contrarios, quitándoles las armas y multándolos con crecidas cantidades. Con esto se amotinaron los andaluces, criollos, extremeños, castellanos y gallegos, y como consecuencia natural de aquel proceder y de este desacuerdo, no tardó mucho tiempo sin que se sufrieran graves disgustos: que siempre la arbitrariedad gubernativa los produjo en todas partes.

El alcalde Francisco Urribayen dió en castigar por una niñada á cierto mozo, y echando éste á huir entró en casa de Pedro de Haro y se escondió en la recámara debajo de la cama de una hija que tenía. El Alcalde entró hasta allí, y por no hallarse presente el dueño de la casa, hizo la hija cerrar la puerta de la sala, diciendo era aquella mucha violencia y desatencion, y que no había de permitir que saliera el mozo de su recámara. Enojado Urribayen, abominando de la nacion criolla y baldonándola, pidió fuego para abrasar la casa por ser de mestizo; y viendo que la doncella repetía que primero se dejaría quemar que sacar aquel mozo, mandó romper las puertas, y dió á saco la casa, despues de abofetear y sacar arrastrando de los cabellos á la doncella y maniatado al mozo. Tal fué el

(1) Arranz de Ursua, libro VII, cap. I.

enfurecimiento de los criollos y sus amigos al presenciarse procedimiento tan indigno, que á fieras escotadas mataron á cuatro criados del Alcalde, y aprovechándose de la confusion rescatando á la jóven llevándosela por un postigo de la casa.

Hechos de esta naturaleza, de que resultaban muertes é incendios, sucedíanse con gran frecuencia, y muchas veces debían atribuirse las desgracias á esos imprudentes alcaldes que sin el menor miramiento ponían la autoridad del cargo á disposicion de sus pasiones vulgares. Al poco tiempo de poseer la vara éstos de que se trata, salió de la cárcel el referido D. Antonio Geldres, en ocasion en que había en Potosí cuatro casas de esgrima donde aprendían los hombres á matarse. Una de ellas, dirigida por el mismo Geldres, era el centro de reunion de los castellanos, criollos, extremeños y andaluces: en otra aprendían los portugueses, gallegos, manchegos, catalanes y extranjeros; y la que tenía por maestro á Sancho de la Barrieta era escuela de vascongados, navarros y aragoneses. Raro era el dia que no presenciaba el vecindario de Potosí encuentros sangrientos entre los discípulos de las diferentes escuelas; y conteniendo sobre la que merecía preferencia y seguía mejor sistema de enseñanza, llegó la cuestion hasta el punto de concertarse un desafío entre doce de los discípulos de Geldres y doce vascongados amaestrados por Sancho de la Barrieta. Del combate salió muerto Barrieta, y perdió Geldres la capa, que los vascongados clavaron en la esquina de la plaza con un letrero «en que se declaraba cuya era, y que ninguno la sacase pena de la vida.» Luégo que D. Antonio lo supo, fué con sus doce compañeros á recobrarla, y hallándola defendida por muchos vascongados, los acometió, y consiguió su objeto, despues de caer muerto un vizcaino chapeton.

Quisieron los vascongados al dia siguiente vengar la derrota sufrida en la plaza, y en grupo numerosísimo salieron á la calle; acometieron á cuantos del bando de Geldres encontraron; invadieron los de ambos bandos las casas de sus adversarios para ejecutar sus venganzas, y se intentó hasta por los vascongados hacer objeto de su odio á las mujeres de los enemigos.

Existía á la sazón en Potosí un P. Pedro Alonso Trujillo, rector de la Compañía de Jesus, que era el ídolo del pueblo por su gran virtud y letras; quien, presenciando las maldades, muertes, rencores y escándalos de los abandalizados, trató de reprender á los inquietadores que mantenían los bandos. Al efecto les invitó cierto dia á la iglesia á oír uno de sus sermones, en el cual atacó durísimamente á D. Antonio Geldres; y acabado el sermón, salieron los amigos de éste muy indignados contra el buen padre, diciendo que se hacía de parte de los

vascongados, por lo que aquella noche, llamándole á deshora y con disfraz á una casa, le dió D. Antonio tantos golpes con una talega llena de arena, que le dejó por muerto. No sucedió así por el pronto, pues pudo volver al convento, donde murió á los veinte dias; pero sabido el suceso por el pueblo de Potosí, fué tanta la indignacion que contra Geldres levantó, que hasta las mujeres y niños armados iban en su busca para despedazarle, lo cual le obligó á dejar la imperial villa y áun abandonar el Perú temiendo una justicia popular.

Antes de despedirse, creyéndose víctima de sugerencias de los vascongados, reunió á sus amigos y partidarios en la casa de D. Luis Valdivielso, donde se hallaba escondido, y en una plática que Acosta llama testamento, les habló de esta manera:

«Amigos y señores míos: Ya veis en el paso de ausencia que estoy; no siento nada sino dejar las cosas tan en los principios; pero aunque yo falte, quiero que quede en mi lugar D. Luis Antonio Valdivielso, hombre de mis propias partes, para que lleve adelante lo que tenemos determinado, conviene á saber: que salgan de este Potosí todos los vizcainos, si acaso no salieren para la otra vida. Para esto lo primero ordeno y pido que todas las naciones esteis unánimes con los criollos para la destruccion de estos vizcainos; ajustado esto, despues habeis de quitar la vida al capitan San Juan de Urbietta, al capitan Francisco de Oyamune, al Veinticuatro Pedro de Berasátegui y á su hermano, á Sancho de Madariaga, y al capitan San Juan de Vidaurre; porque habeis de saber que tienen ya recogidas muchas armas y que quieren alzarse contra todas las naciones y echaros de Potosí. Además de esto, despues que hayais quitado y recogido sus armas, no dejeis ninguno con vida de cuantos no salieren de esta villa, que sean de esta engreida nacion: sabed tambien como han enviado cartas á todos los pueblos del Perú en que piden que vengan á este Potosí todos los vizcainos para hacer su alzamiento; conviene para esto usar de la prudencia, tener espías secretos, y conforme vinieren lleven en la cabeza. Además de esto, si las Justicias, como son Corregidor, Alcaldes ordinarios y Oidores de Chuquisaca os quieren apremiar ó hacer otra vejacion, no paseis por ello, sino que pasen ellos por los filos de vuestras espadas: si por orden del Virey viniere gente de guerra contra vosotros, haced fuerte en este Potosí y no rindais vuestras armas. Además de esto, ya veis que los vizcainos tienen usurpada la plata del Cerro, y los más de ellos son azogueros que á costa de indios peruanos lo han adquirido: quitadles las piñas, joyas y haciendas, y repártase todo entre los que ayudaren á la expulsion. Yo quisiera daros otros muchos consejos que son ne-

«cesarios y convenientes para este caso; pero la
 «conciencia por la muerte del Rector, que no en-
 «tendí sucediese, porque mi ánimo no fué quitarle
 «la vida, me apura aprisa á salir de esta villa. Allá
 «voy á España; 80.000 pesos llevo para tal camino,
 «y pasaré á Roma á que me absuelva Su Santidad.
 «Vosotros cumplid lo que os he ordenado; no haya
 «cobardía ni ménos caridad; reine la soberbia, el
 «valor y la crueldad; y con esto quedaos á Dios,
 «amigos míos: abrazadme, que no nos hemos de
 «ver más.» (1)

Así se despidió de sus amigos el apasionado don Antonio Geldres, á quien el siguiente día acompañaron todos hasta dejarlo en seguro; y con muchas lágrimas de unos y otros partió para el puerto de Buenos-Aires, y de allí á España y á Roma á alcanzar la absolucion del Pontífice.

A los pocos días de la ida de D. Antonio Geldres, murió el maestro de campo D. Egidio Oxonemun, que era el fomento de los vascongados en las revueltas de Potosí, y así faltaron á un mismo tiempo los dos hombres más poderosos para mantener y dirigir su respectivo bando.

No faltaba razón á Geldres, cuando aseguró á sus parciales que habían sido llamados á Potosí todos los vascongados del Perú, puesto que la fama de las guerras atraía allí mucha gente de esta nación, lo cual tenía bastante inquietos á los del otro bando, que iban fortaleciéndose á la vez que los del capitán D. Francisco Oyanume, que había quedado en lugar de Oxonemun. Tal fué la inquietud de los criollos, extremeños, andaluces y castellanos por las nuevas amenazas esparcidas por el elemento vascongado, que, según dicen aquellos historiadores, todos acudían á buscar armas. «Cuál sobrecofia un
 «colete y componía una cota; cuál, por no quedarse
 «sin arcabuz ó sin escopeta, no reparaba en el pre-
 «cio excesivo que le pedían: veíase á la loca juven-
 «tud afilar espadas, aguzar puñales, limpiar alfan-
 «jes, prevenir rodela, asegurar broqueles y reunir
 «mil trazas de armas para defenderse y ofender.»

Ni la primera autoridad, ni las justicias, ni reli-
 giones, admiradas de las cosas que oían, fueron parte
 á remediar el desasosiego público, expresado con
 frecuencia por llantos de mujeres y gritos de niños.
 Algunas peticiones, que ocasionaron lamentables
 desgracias, como la del capitán Juan de Iraneta,
 ocurrieron durante todo el año de 1621; pero
 cuando más se desbordaron las pasiones fué en
 Enero de 1622, durante la elección de Alcaldes.
 «Hubo con tal motivo, dice Arranz de Ursua, gran-
 «des debates entre los Veinticuatro, porque los que
 «eran vascongados querían fuesen de su nación los
 «Alcaldes, y lo mismo las otras naciones, porque

«como (Potosí) es comun patria, todos cuantos á
 «ella vienen pretenden, aunque sean extranjeros, el
 «mandarla y obtener los mejores puestos.»

En aquel mes de Enero, pues, se pusieron en in-
 teligencia los castellanos, criollos, andaluces y ex-
 tremeños, y determinaron desechar de sí la suje-
 ción en que ya casi les tenían los vascongados.
 Reuniéronse al efecto en casa del referido contador
 Alonso Martínez Pastrana, quien convidó á un ban-
 quete á los principales del bando, entre ellos á los
 Velascos (Francisco y Cristóbal), á D. Luis Antonio
 Valdiviello, D. Antonio Sorez de Ulloa, Nuñez de
 Anaya, Villafuerte, D. Luis Gutierrez y su hijo, Alon-
 so de Avila, y á D. Lorenzo Remon; en cuya junta
 acordaron, en primer término, proveerse de armas,
 y para ello que aprontaren los fondos necesarios
 las personas más acomodadas. Señaláronse á cada
 una de 6 á 10.000 pesos de á ocho hasta juntar la
 cantidad de 74.000, y se destinaron desde luego
 20.000 pesos para que los comisionados elegidos
 recorrieran todo el Perú y fuesen comprando mos-
 quetes, arcabuces, escopetas, trabucos, pistolas y
 pistoletes, alfanjes, rodela, broqueles, cotas de
 malla, coletes y jubones fuertes, y recogieran cuan-
 tos caballos pudiesen.

Durante estos preparativos del bando castellano,
 se anunció el levantamiento de los vizcainos para
 echar de Potosí á las demás naciones; por lo cual
 aquellos celebraron otra junta á mediados de Junio,
 en la misma casa de Pastrana, y acordaron la muerte
 del capitán San Juan de Urbieta, vascongado muy
 poderoso que, como cabeza de los de su nación y
 sucesor del maestro de campo Oxonemun, mantenía
 viva la excitación de los bandos (1). Ejecutada
 aquella fiera venganza y vengada también la muerte
 del caudillo vasco con muchos asesinatos y justi-
 cias, en las que la influencia vascongada arrastró
 á las autoridades á una excesiva crueldad, celebró-
 se tercera reunión en casa de Pastrana, para acabar
 de conformar las voluntades de los castellanos y
 determinar la última resolución ó rompimiento con
 los vascongados. Allí se nombró el cuadro de capi-
 tanes para más de 200 soldados que tenían alista-
 dos, dejando de proveer el cargo de caudillo ó jefe
 principal, á fin de evitar desacuerdos entre los aban-
 dalizados de las distintas procedencias. Allí tam-
 bien, imitando á los vascos, que al reunirse en cua-
 drillas para asesinar á sus adversarios adoptaron el
 nombre de *Tosino*, y la divisa para conocerse, pa-
 ñuelos blancos por toquillas (como recientemente
 las boinas blancas), acordaron los coligados que to-
 dos se llamasen en lo sucesivo castellanos, y usar
 sombreros de lana de Vicuña y cintas *nácares* ó *na-*
caradas por divisa; por cuyos sombreros se llama-

(1) Arranz, libro VII capítulo II.

(1) Véase en la nota 17.—Muerte de Juan Urbieta.

ron VICUÑAS los del bando compuesto principalmente de castellanos, criollos, extremeños y andaluces, con algunos gallegos y portugueses. Y allí, por fin, se tomaron todas las disposiciones para la lucha, determinando cuanto se había de ejecutar en daño de los vascongados. Aquella reunion, celebrada en Junio de 1622, debe tenerse por principio de la memorable, por lo sangrienta, *Guerra de los Vicuñas*.

V.

Resueltos así los castellanos ó *Vicuñas* al rompimiento público con los vascongados, se reunieron poco más de doscientos hombres en casa del capitán D. Diego de Zambrana un martes del siguiente mes de Julio, y se lanzaron en escuadron á las calles, que recorrieron disparando los arcabuces, al grito de ¡*Viva el Rey!* ¡*mueran los vizcainos!* contra las tiendas de éstos, que no estaban cerradas. Enterado el corregidor D. Francisco Sarmiento de lo que ocurría y de que se contaban ya doce muertos vascongados, fué en busca de los *Vicuñas*, que en el Matadero de las vacas habían hecho su fuerte, donde le recibieron con la misma exclamacion y se negaron á retirarse; como les mandaba, diciéndoles uno de los capitanes á él y á las demas autoridades que le seguían, despues de hacer una raya en el suelo con la lanza: «Vuestas mercedes se han de servir de no pasar de esta raya, porque estamos resueltos á no recibir ningun daño de la justicia; pues pudiendo remediar con tiempo lo que nos han hecho nuestros contrarios, lo han dejado hasta que se experimenten estas y otras resoluciones.»

Temiendo el Corregidor no le matasen, se retiró de allí, y entónces el P. Ginés de Dueñas, guardian del convento de San Francisco, temiendo tambien la ruina de la villa, y revistiéndose de más valor y autoridad que el débil Sarmiento, se encargó de sosegar á los *Vicuñas*, presentándose al efecto con toda la comunidad en el Matadero para acordar las proposiciones que aquellos impusieran. Dispuestos los castellanos á una avenencia, manifestaron contentarse: «1.º, dándose por satisfechos los unos y los otros (vascongados y vicuñas) con las muertes sucedidas; 2.º, determinando que no fuesen ellos desarmados, porque no les hiciesen algun daño, así las Justicias como sus contrarios; y 3.º, disponiéndose que el almacen de armas que tenían los vascongados en casa del capitán Francisco de Oyanume se llevase á las Reales cajas.» Comprometiéndose el guardian á obtener del Corregidor que aceptase estos capitulos, consiguió que le acompañaran los *Vicuñas* al convento y se instalasen allí, miéntras la autoridad resolvía.

Por prudente tuvo Sarmiento acceder á todo, y el P. Dueñas, que quería reconciliarles por completo, llamó al capitán Francisco de Oyanume para

tratar las paces en nombre de sus vizcainos, que se harían estrechándole la mano cada uno de los *Vicuñas* en señal de amistad, que él aceptaría como representante de toda la nacion vascongada. Así se hizo, y deshaciéndose el escuadron de *Vicuñas* se retiraron éstos á las casas de sus capitanes; mas al dia siguiente, libres los vascongados del peligro ya conjurado, y hallándose en la plaza con el Corregidor, los Berasátegui y Oyanume, dijo éste «que él por sí había dado la mano para las amistades, pero que no sabía la voluntad de cada uno de sus naciones, y que, por tanto, los agraviados estaban con ánimo de tomar satisfaccion.» Grandemente irritó esto, como no podía ménos de suceder, á los castellanos de sentimientos caballerosos, que, tras réplicas y provocaciones por una y otra parte, sacaron las espadas, diciendo al Corregidor «que se apartase de allí, que habían de matar á Oyanume,» lo cual hubiesen verificado, sin duda, á no presentarse el Guardian, que por la plaza pasaba, y pudo otra vez evitar derramamiento de sangre.

Desde aquel momento llegó el Corregidor á comprender que era imposible la conciliacion entre los dos bandos, y que el mejor camino para conseguir las paces se había perdido por la imprudencia, si no mala fe, de los vascongados; así como todos comprendieron que sólo con la completa destruccion de una de ambas parcialidades tendrían fin aquellos inextinguibles rencores. En efecto, no hubo desatino que de allí en adelante no se cometiese por unos y por otros: juntos ó reunidos, se corrían, se herían, se mataban, sin que las Justicias pudieran evitarlo; y en cuadrillas y en escuadrones numerosos asediaban las casas, tomábanlas por asalto, y dentro de ellas reñían sangrientos combates. Para organizarlos, juntáronse por cuarta vez los *Vicuñas* en la casa de Pastrana á principios de Agosto, y lo mismo hicieron el dia 6 Pedro de Berasátegui, primo del alférez real Domingo Berasátegui, enfermo todavia de unas heridas que recibió recientemente, el capitán Oyanume y otros principales, que resolvieron reunir seguidamente á los suyos, de los cuales acuartelaron sin perder tiempo 500 hombres en la casa-ingenio del dicho Oyanume, para hacer la guerra á los *Vicuñas*. Estos, al saberlo, fueron allá, y en el asalto de la casa estuvieron desde las ocho de la mañana á las dos de la tarde, en que les anunciaron la fuga de Oyanume. Corrieron en su busca á Tarapaya, donde les dijeron haberse dirigido, y no hallándole ni á ninguno de los que le acompañaban, regresaron furiosos á Potosí.

Viendo los vascongados el descaro con que los castellanos ó *Vicuñas* les acometían en sus casas con escuadrones formados, dice Ursúa que determinaron ganar ó perderse de una vez en una batalla; y para su buen efecto, despues que el capitán Oya-

nume regresó de Tarapaya, donde estuvo dos días, recogieron sus armas, gentes y caballos, y publicaron la guerra de poder á poder con los Vicuñas, quienes, al saberlo, se previnieron de todo lo necesario. La siguiente carta, escrita en aquella ocasion por el capitan Oyanume al contador D. Sebastian de Guaicolea, vizcaino, á Chuquisaca, dice cuál era el ánimo y cuánta la fuerza del bando vascongado:

«En este estado, decía Oyanume á Guaicolea, se hallan las cosas de Potosí, y ha llegado á tanto, que en el día de mañana, que será viernes, se acabará de una vez de perder todo en una batalla que de poder á poder nos habemos de dar con nuestros enemigos. Hánnos dicho que tienen cien caballos, y sus infantes llegarán á trescientos, y entendemos serán más, pues por momentos les acuden muchos mestizos de los contornos. Nuestra hueste se compone de cien caballos y sesenta paisanos entre viejos y mozos, cuarenta navarros, más ochenta criollos del nuevo Reino, Quito, Lima y otras partes lejanas, hijos de nuestros paisanos, más nuestro amigo *Jorge el francés*, nos ha servido á su costa con sesenta hombres *Catalanes, Roncaleses y otros extranjeros*. *Mandragon* nos envió del Tucumán cincuenta hombres entre paisanos y de otras tierras, á cargo de *Sanckillo su hijo*, y nos envió veinte caballos buenos: de las Chichas y Tarija nos acudieron con quince caballos y veinte hombres de otras naciones. Tenemos más de cien esclavos que también los hemos armado; y en suma, pasan de quinientos, con los cuales habemos de entrar en batalla el día de mañana: de estos quinientos hombres, son los ochenta de á caballo, que más no habemos hallado. Ya sabes como todo este pueblo me quería mucho; con estos alborotos habemos perdido esa querencion; aunque con todo eso me estiman muchos azogueros y otros del pueblo, y me han ofrecido ayudarme so capa de sus paisanos. Encomiéndanos á Dios y á la Virgen Santa María para que nos ayude contra nuestros enemigos. Las amistades de que te escribí el otro día fueron tornadas á rotura, porque queremos vengar tantos agravios.»

De trescientos á cuatrocientos serían los Vicuñas que, en medio del alboroto del vecindario, andaban previniéndose para reñir la batalla del viérnes 9 de Agosto, en tanto que el Corregidor Sarmiento, «viendo que ni amenazas ni ruegos habían sido bastantes á detener aquella endiablada resolución», salía de la villa con la mayor parte del gremio de azogueros, oficiales Reales y otros ministros leales, temiendo no le sucediese algun trabajo. Fuéronse á Tarapaya, dejando pagados y prevenidos cuatrocientos soldados para defensa de las Reales Cajas y de sus casas, aunque muy ocultos «para no se ver

obligados á dar ayuda á la una ó á la otra parte.» ¡Raro modo por cierto de mirar por el prestigio del principio de autoridad! Y libres así los dos bandos de los obstáculos que la presencia del Corregidor pudiera oponer á la realizacion de su absurdo propósito, sin miramiento á nada ni á nadie, se lanzaron al campo de la lucha.

Los vascongados, que estaban reunidos en el ingenio y casas del capitan Francisco de Oyanume, salieron en escuadron á las siete de la noche del 8 de Agosto, y muy callados para no ser oídos de los Vicuñas, se dirigieron y entraron en el cercado ó plaza de Guaina, situada al pié del cerrillo llamado *Guaina Potosí* ó *Potosí el Mozo*, en cuyas casas se alojaron. Sabido esto por los Vicuñas, que ya de todo estaban prevenidos, aquella misma noche se pusieron también en orden, y dos horas ántes del día se hallaron con su escuadron distantes de *Guaina* una carrera de caballo; temiendo siempre que si les daban más tiempo á sus contrarios se fortalecerían en aquel sitio.

Al punto que amaneció el día 9 hicieron alarde los vascongados con gran ruido de cajas, trompetas y clarines, á lo que respondieron los Vicuñas con sólo el estruendo de su arcabuceria, y luego se retiraron hasta salir de una cañada donde estaban, y se tendieron, en una ladera muy pedregosa, en forma de media luna. Hecha esta evolucion, enviaron á decir los capitanes Vicuñas D. Fernando Bermudez Moreyra, castellano viejo, y D. Francisco Castillo, criollo, al caudillo vascongado Francisco Oyanume, «que le esperaban para la batalla, con ánimo de que, si no viniere dentro de una hora, ellos le irían á buscar á su rinconada.» La respuesta fué salir Oyanume por delante de su campo en un poderoso caballo luciendo su gallardía y gentileza, en la riquísima armadura que vestía, «más propia para el regocijo de una plaza que para escaramuza sangrienta», segun dice el historiador Pedro Mendez, capitan vicuña, al referir detalladamente aquella horrenda batalla.

Principió ésta á las diez de aquella mañana, cuando moviendo los Vicuñas su campo se pusieron á tiro de arcabuz de los vascongados, y algo despues de haberse hablado los capitanes por boca de los ayudantes, que iban de un campo á otro con ánimo de ajustar medios de paz, que no pudo conseguirse por lo que cada uno pedía. Viendo entonces que todo era perder tiempo, mandó Oyanume tocar los clarines, á pesar de favorecerle poco el terreno donde los suyos se habían de mover; y los Vicuñas, que entendieron la seña, arremetieron los primeros, empezando por el cuerno derecho de la media luna en que estaba formado su ejército; embistiendo luego ambas caballerías de tal manera, «que jamás se vió en Potosí ni en todo el Perú en-

»cuento ni braveza semejante, porque de una y otra parte peleaba el valor y la nobleza.»

¡Cuántos actos de heroísmo dignos de mejor causa allí se presenciaron, y cuánta sangre española se vertió inútilmente en holocausto de las ciegas pasiones!

Heridos ya casi todos los caudillos y capitanes, y convertida á poco la batalla en combates singulares, pronto la confusion entró en los dos campos, lo cual visto desde un altillo por Oyanume, sin pararse á mirar que los Vicuñas llevaban en aquel momento la peor parte, mandó tocar á recoger á toda prisa, y los suyos, con tal precipitacion y desorden se retiraron para ganar la plaza de Guaina, que «la puertecilla del arroyo que por allí pasa se cayó con la mucha gente que le cruzaba,» mandando dos soldados las piedras y los caballos, y ocurriendo además muchas otras desgracias entre los vascongados, al entrar en tropel por las puertas de la plaza para librarse de la persecucion de los Vicuñas. Al ver éstos cerradas las puertas de la cerca, rodearon las casas, disparando arcabuzazos por resqueijos y troneras; y derribando un gran lienzo de tapia, por el boquete penetraron en la plaza, donde se trabó otra batalla aún más sangrienta que la pasada, porque lo reducido del sitio sólo les permitía pelear con arma blanca, como espadas, puñales y picas; y en tan gran confusion y gritería, cual jamás se vió otra semejante, se acuchillaban despiadadamente. Una copiosa nevada, que comenzó á caer á eso de las tres de la tarde, impidió por fortuna continuar el sangriento combate; y retirándose los Vicuñas á la parroquia de San Francisco el Chico, y metiéndose los vascongados en los aposentos y capilla de las casas de Guaina, acabó la matanza de aquel dia, en la que al reconocer los combatientes sus filas hallaron tener ciento treinta muertos los Vicuñas y ciento seis los vascongados, pasando de doscientos los heridos de una y otra parte.

Cuatro dias despues de la batalla salieron de la plaza de Guaina los vascongados y bajaron á fortificarse al ingenio y casa del capitan Francisco de Oyanume, cuando ya el corregidor D. Francisco Sarmiento, creyendo que tras de aquella sangrienta hecatombe disminuiría la saña de los bandos, y traería el orden el cansancio de los combatientes, había regresado á la villa, donde trató de enmendar sus pasadas torpezas procurando influir con los caudillos para que tuvieran fin aquellas escenas. Pero nada consiguió, pues era demasiado ya el desbordamiento de las pasiones para contenerse con dique tan frágil y palabra tan desautorizada como la de aquel Corregidor. Pocos dias habían pasado, cuando ya Sarmiento tuvo que acudir á calmar un alboroto promovido dentro de la poblacion, en el

que le mataron de un balazo la mula que montaba, y hubo de retirarse precipitadamente para salvar la vida; y obligado por este y otros accidentes á decidirse por algun bando para facilitar con el apoyo de sus soldados el triunfo sobre el contrario, reunió á sus órdenes todos los ministros de justicia y vecinos desinteresados, y con ellos se presentó ante el capitan Oyanume para echarle en cara su apasionamiento, atribuirle la responsabilidad de los alborotos del pueblo y reclamarle la entrega de todas las armas que en su casa tenia.

«Desde esta ocasion, dicen los historiadores de Potosí, se mostró el Corregidor muy contrario á los vascongados; pues viendo Oyanume su resolucion, quiso sosegarle diciéndole: que él no tenia ningunas armas juntas; que cada cual venia con las suyas. Pero el Corregidor hizo derribar las puertas de un almacén, de donde sacaron 500 arcabuces, ocho banderas y cuatro cajas de guerra; y muy indignado contra Oyanume, lo quiso llevar preso. Disculpóse diciendo que aquellas armas las tenía para defensa de su casa y nacion, y no para levantarse como decian; pero si no hacia lo mismo con los castellanos, que de todo haria informacion al Rey: á lo que respondió el Corregidor, que los castellanos no tenían tan gran número de armas almacenadas como él, y que si los vizcainos no hubieran motivado los bandos, no se viera alborotada la villa. Y diciendo estas y otras razones más descompuestas, hizo sacar y llevar á las Reales Cajas todas las armas que halló en su poder; por lo cual dijo Oyanume y los de su bando que el Corregidor era cabeza de los Vicuñas. Mas no por esta diligencia cesaron las guerras, pues cada hombre vascongado tenia sus armas de fuego y acero: continuábanse las pendencias, encuentros, heridas y muertes de tal suerte, que no se pasaba dia en que no se experimentasen estos alborotos y varias lástimas que no es posible especificar.»

Los trastornos siguieron, á pesar de haber mandado pregonar el Corregidor la pragmática real contra las pistolas, y ni cesaron por presentarse en la rica villa el Presidente de la Audiencia de Chuquisaca, D. Diego de Portugal, para remediarlos y castigar á los culpables; pues tampoco pudo salir con su intento. ¿Ni cómo, cuando cuadrillas facciosas iban en busca de los caudillos de sus adversarios para asesinarles, y cuando ni el Corregidor ni las justicias servían para dispersar aquellos grupos, ni siquiera autoridad tenían para prender á nadie? Más de una vez trataron las autoridades de introducir divisiones y desconfianzas en las huestes para debilitarlas y lanzar luego contra ellas las gentes neutrales que hasta entónces habían permanecido tranquilas, y tambien este medio resultó ineficaz.

Un dia prendieron fuego los Vicuñas á la casa del

capitan Oyanume para abrasar los 200 vascongados que dentro les esperaban; acudió el Corregidor á apagar el incendio, y al ver salir de los aposentos á los partidarios de Oyanume con arcabuces en las manos, se indignó de tal manera contra ellos, cargándoles toda la culpa en los daños que experimentaba la villa, que hasta les dijo «estar bien hecho» que los castellanos arruinasen á los vascongados, »pues en los principios no habían admitido la paz» que por medio de los buenos se les había ofrecido.» (1)

(Concluirá.)

MARIANA.

(Conclusion.)

XX.

La aparición de Mariana y de la señora Andrés puso fin á este diálogo. Pedro declaró á su ahijada que, habiendo estado excluido tanto tiempo de su santuario, no lo conocía, y deseaba ver los cambios que había operado en él.

—No encontrareis ninguna variacion,—contestó la jóven;—mi padre amaba con pasión á su jardín, que había sido plantado y creado por él mismo, y no he querido destruir nada; además, los colonos tienen derecho á una parte en las legumbres. El tiempo se ha encargado de matar muchos árboles, y las heladas se han llevado muchos arbustos. La parte baja del jardín ha permanecido completamente silvestre, y por cierto que no lo siento.

—Deseo ver ese sitio,—dijo Pedro;—recuerdo que era muy húmedo, y ya predije á tu padre que los árboles de sombra ó de adorno no arraigarían allí.

—Pues id á verlo, padrino,—contestó Mariana;—la humedad que hay allí no le sentaría bien á vuestra madre.

Pedro se dirigió hácia el sitio indicado y quedó sorprendido. Mariana había dejado á la naturaleza obrar por sí sola en aquel terreno, y se había formado una especie de bosquecillo natural y bastante extraño. La yerba era alta y crecida en algunos sitios, corta y espesa en otros, según los caprichos de los hilos de agua que atravesaban el terreno destacándose del arroyo para volver á él después de un perezoso rodeo por las aberturas del suelo.

La tierra negra y mezclada de fina arena, era especialmente favorable á la flora del país, y todas las

plantas rústicas parecía que se habían dado cita.

No había sendero alguno ni hacía falta, pues parecía que nadie transitaba por aquel sitio, y parecía la verdad, pues ni los colonos ni el ganado entraban en aquella especie de laberinto natural; sólo Mariana vagaba muchas veces por aquel terreno, pero sus plantas no dejaban huellas en la yerba.

—¡Oh! Mariana ama la naturaleza,—se decía Pedro con cierto júbilo;—la comprende y la siente como yo... Sin embargo, nunca lo ha dicho ni habla de ello; así es que, por mi parte, no lo sospechaba.

—Ya veis, padrino,—le dijo la jóven, apareciendo de repente á sus espaldas,—que no soy buena jardinera y que vos no cambiaríais vuestro jardín nuevecito, á pesar de que lo encontráis demasiado jóven, por este viejo pantano abandonado.

—Este viejo pantano sería un paraíso para mí. ¿Sabes que un botánico podría hacer, sin salir de aquí, un herbario completo de la flora del país? Te aseguro que me ha sorprendido, porque veo aquí especies muy raras que á veces he tenido que ir á buscar muy léjos.

—Sí, mirad esta clódea; la vi en las canteras de Crevant, y traje un poco de semilla, que arrojé ahí y ha prendido admirablemente.

—¡Ah! ¿has estado alguna vez en las canteras de Crevant?

—Sí, con bastante frecuencia; es un jardín natural muy rico... de allí traje también este lindo jacinto blanco.

—No es un jacinto, sino un menianto, mucho más bello y raro.

—Yo no sé los nombres de las plantas, padrino, pero conozco bien su figura y su olor. Siempre que me paseo recojo granos, semillas, cebollas de plantas, y todo lo traigo aquí, donde todo prende bien.

—Ahora comprendo lo que veo; este pequeño edén es obra tuya...

—En parte; pero no hablo de haber reunido aquí todas estas plantas, porque me tendrían por loca.

—Hubieras podido decírmelo á mí, que tengo la misma manía.

—¡Oh! vos sois un sabio, y es natural que tengáis afición á todo esto; pero yo, que no sé nada, no tengo excusa.

—¿Tienes necesidad de excusa para amar las flores? ¡Ah! Mariana, es tanto más meritorio por tu parte, cuanto que no sabes los secretos de su belleza. Si tú las examinaras atentamente...

—¡Oh! si no es más que eso, ya las examino, y sin saber una palabra de ciencia, podría deciros sus relaciones y sus diferencias. ¡Son tan hermosas y tan variadas! Yo admiro todavía más las lindas y extrañas flores que teneis en vuestro jardín; pero prefiero estas; las flores silvestres son más de mi gusto y están á mi alcance.

(1) Obra de Arranz de Ursua, capítulo VII, del libro VII.

* Véanse los números 116, 117 y 120, págs. 428, 462 y 579.

—¡Tú las examinas en tus paseos! Yo creía que tú no veías nada, que hacías correr á tu caballo sólo por el placer de sentirte llevada de prisa, que te gustaba el campo por su libre espacio y el movimiento por si mismo...

—¡Ah! es ciertamente un gran placer ir muy de prisa, hendir el viento y correr como una liebre; pero vale mucho más examinarlo todo, yendo al paso, y detenerse cuando algo llama la atención. Me gusta lo uno y lo otro, lo que conozco y lo que no conozco. Yo quisiera no aprender nada y saberlo todo... ó mejor, quisiera saberlo todo para olvidarlo y volverlo á saber cuando quisiera, porque siento un gran placer cuando trato de adivinar algo, y ese placer no lo sentiría si siempre hubiese de saberlo todo.

—Permanece siendo lo que eres, Mariana; ya veo que eres una de esas naturalezas que poseen la verdad sin tener necesidad de demostración. Ahora, dime, puesto que parece estás dispuesta hoy á darte á conocer como eres...

—Ya basta, padrino. Temo que vuestra madre se aburra... volvamos á su lado.

XXI.

—¿Quieres tomar mi brazo?—le dijo Pedro abandonando con sentimiento el florido oasis donde, por la primera vez, había empezado Mariana á revelar el secreto de sus solitarios ensueños.

—No pueden andar por aquí dos personas de frente,—contestó Mariana.—Es un paseo para una persona sola.

—Pero tú no estarás aquí siempre sola; yo creo que pronto tendrás que hacer aquí una calle.

—Vamos más de prisa,—dijo Mariana.—Mirad á M. Gaucher que nos busca... no quiero que éntre en mi reservado.

Y la jóven echó á correr en dirección á la casa.

—Gracias, Mariana,—le decía Pedro en el fondo de su corazón.

Pero la especie de embriaguez en que quedó sumido se disipó en breve cuando vió á Mariana aceptar el brazo que Felipe le ofrecía para reunirse á la señora Andrés. Pedro hubiese querido que ella lo rehusara.

Mariana no había querido presentarse como una paleta delante de Gaucher, y había cuidado bastante su traje y su tocado. Un traje de muselina de lana, color de manteca, le sentaba admirablemente, y mucho más con un fichú y unas mangas de tul que suavizaban el tono de su color propio, y sombreaban su cuello y brazos con preciosos y nacarados matices. En sus cabellos no llevaba más que una rosa amarilla, matizada de encarnado; pero su corta y espesa cabellera estaba rizada con más cuidado que de ordinario. Estaba muy bien calzada, y su pié, que

casi siempre ocultaba en gruesos botines y á veces en vulgares zuecos, eran diminutos hasta la exageración. Gaucher la examinaba con una atrevida curiosidad, que no parecía disgustar á la jóven. Miraba su pié, su mano, su talle con aire de inteligente que desea se note su satisfacción. Así es que no se mordió la lengua para decir á la jóven que estaba admirable con aquel traje, y que su talle era una palmera balanceada por la brisa.

—¡Mi talle una palmera!—exclamó alegremente Mariana.—Vamos, será una palmera enana, un *chamarops*, ¿verdad, padrino?

—Veo que sois una sábia,—exclamó Felipe con sencillez.

—No, señor, nada de eso. El Sr. Andrés tiene una palmera enana en una estufa, y recuerdo el nombre que tiene en una tarjeta al pié.

—Pero os gustan las flores, porque veo que tenéis muchos jarrones para ponerlas.

—Sí, pero me gustan más en el campo que en mi habitación. Que hoy las tenga aquí no significa nada, porque no tengo el placer de recibir con frecuencia á la señora Andrés, y como los antiguos ofrecían víctimas á sus dioses protectores, así yo sacrifico hermosas plantas á mi buena amiga.

—No veo aquí ni siquiera una hoja de madre-selva,—exclamó Felipe, que había seguido á Mariana al salón donde descansaba la madre de Andrés.

—Es verdad; y Suzon podía haberme dado un trozo de su ramo, si no le hubiese tirado al suelo, poniéndole en lamentable estado y concluyendo por comérsele, á excepcion de la tarjeta, que no le llamó la atención, sin duda por no saber leer.

—¿Reis, Sr. Andrés?—exclamó Felipe.—Sin embargo, he conseguido mi objeto.

—¿Teníais un objeto?—preguntó Mariana.

—Sí, quería haceros saber que había pensado en vos desde ántes de amanecer.

—¿Y qué es lo que habeis pensado de mí tan temprano?

—¿Quereis que os lo diga?

—Puesto que lo pregunto... es claro.

—Pero delante de testigos...

—No me habeis dicho en secreto que habíais pensado en mí, y por lo tanto no veo la conveniencia de empezar en alta voz una conversación que no puede continuarse de la misma manera. Para eso más vale no decir nada.

—En otros términos, yo hubiera hecho mejor en callar, ¿no es eso?

—Yo no estoy en el caso de dirigiros censuras; pero deseo saber lo que pensábais de mí esta mañana. Debe haber sido cosa muy agradable, puesto que habeis hecho la corte á Suzon.

—Pensaba que sois un tipo de gracia y de encanto capaz de volver loco á cualquiera.

—Gracias, caballero; haceis la limosna de un cumplimiento con una tranquilidad de soberano. ¿Tendré que haceros la reverencia?

—Si quereis...

—Pues aquí la teneis, caballero,—contestó Mariana haciendo una reverencia académica, burlona, pero llena de gallardía.

Pedro la miraba estupefacto. No sospechaba siquiera que la jóven pudiera ser animada y coqueta hasta aquel punto. Felipe, animado á su vez, se puso á hacerle la corte, encantado de sufrir las burlas de la jóven y pensando, como hubiera pensado cualquier otro, que ella sentía placer al enamorarle.

XXII.

Sirvióse la comida bajo los pámpanos y los jazmines, cuyas extensas guirnaldas caían sobre los convidados. La mesa estaba elegantemente puesta con porcelanas antiguas, entónces de gran valor y hoy riquísimas, cuyos alegres colores se destacaban sobre un fondo azulado que alegraba la vista. Mariana había sacado á luz servicios de cristalería de Nevers que sus padres no usaban, porque entónces no se estimaban las antiguallas, pero dignos de la admiración de un artista. Felipe lo era bastante para saber apreciar al ménos la rareza de aquellos lindos utensilios, y no dejó escapar ninguna ocasion de elogiar el conjunto y los detalles del servicio. Comió con gran apetito, porque Mariquita, dirigida por Mariana, era una excelente cocinera, y los manjares más sencillos se convertían en platos delicados al salir de sus manos. Había algunas botellas de excelentes vinos en la bodega del padre de Mariana, y ésta no las economizó. En suma, la jóven empleó en la comida tanta coquetería, por lo ménos, como había puesto en su persona y en sus maneras. Felipe, que no creía de ningun modo que su convite fuese inesperado, juzgaba que todo aquel lujo se había desplegado por él y que no habría de tomarse mucho trabajo para dar el asalto definitivo al corazón y al dote de la señorita del campo.

Si no exaltado por los vapores del vino, el jóven artista estaba por lo ménos alegre cuando llegaron los postres. Pedro, queriendo contenerle por la crítica y la contradicción, no hacía más que excitarle; y la señora Andrés, esperando hacerle ridículo, le trataba irónicamente. Mariana le provocaba á la confianza y á la expansión con una delicadeza que podía muy bien parecer un estímulo, y tanto le pareció así al jóven, que al levantarse de la mesa y despues de mil galanterías y lisonjas, unas finas y delicadas, y otras de evidente mal gusto, Felipe se apoderó del brazo de Mariana, diciendo que quería ver los bueyes y los carneros, porque un paisajista apreciaba más al ganado que un agricultor.

—Ya lo creo,—contestó Mariana retirando su

brazo;—vos teneis la pretension de apreciarlo todo mejor que nosotros en el campo y en la ciudad, porque sois artista de profesion; y, sin embargo, el oficio os engaña, porque no veis nada.

Felipe se echó á reír.

—Veis demasiado,—continuó la jóven,—y veis mal; quereis traducir cosas que no se traducen. La belleza es como Dios, lo es por sí misma y no gana nada en ser elogiada por himnos y cánticos. Por el contrario, las palabras, los cantos, las pinturas, todo lo que se inventa para embellecer la verdad, no sirve más que para disminuir el sentimiento que se experimenta cuando se contempla sin preocuparse de la manera de expresarla.

—¿Qué es esto?—exclamó Felipe.—¿Sois anti-artista? ¡Oh!... eso en vos sienta tan mal como una oruga en una rosa.

—No sabeis lo que decís,—replicó vivamente Mariana;—una oruga no está mal sobre una rosa, porque precisamente las que viven sobre nuestros rosales son finas y de un verde muy delicado. Vos no habeis examinado una oruga, señor pintor. Las hay que son bellísimas, y no conozco ninguna fea. ¿Cómo quereis examinar mis bueyes si no habeis sabido mirar una oruga?

—¡Ah! ¿Habeis sido vos,—preguntó Felipe á Andrés,—vos, naturalista, quien ha persuadido á esta señorita de que el arte mata el sentimiento de la naturaleza? Os diré, pues, que le habeis enseñado una linda paradoja.

—Eso se presenta, en efecto, como una paradoja en vuestra discusión,—contestó Andrés,—y vuestra pretension no es ménos paradógica que la de Mariana. Creo que, planteando mejor la cuestion, se podría discutir.

—Planteadla bien, padrino,—exclamó Mariana.

—Pues bien, héla aquí como yo la comprendo,—dijo Pedro dirigiéndose á Gaucher.—Vos creeis que para ver es preciso creer, y yo soy de vuestra opinion; el naturalista ve mejor que el aldeano; pero el arte es otra cosa diferente de la ciencia, y necesita sentir ántes de saber expresar. Esto es lo que quiere decir Mariana. Ella cree que no habeis contemplado y amado bastante todavía á la naturaleza para poder comprenderla. Notad que ella no ha visto vuestros trabajos de pintura, y, por lo tanto, no critica vuestro talento ó vuestras disposiciones, sino vuestra teoria, un poco atrevida en boca de un jóven. Mariana cree que no se debe ir desde el taller al campo, sino desde el campo al taller, es decir, que no se aprende á ver siendo pintor, sino que se aprende á ser pintor sabiendo ver. ¿No es todo esto lo que tú querías decir, Mariana?

—Exactamente,—contestó la jóven;—es decir, que me dais la razon.

—Vamos á ver el ganado,—exclamó Felipe;—

veo que por aquí hay demasiado ingenio para mí.

—Vamos á ver el ganado,—contestó Mariana.—
¿No venís, padrino?

Y añadió por lo bajo:

—Iré hasta los establos, y despues me escaparé y volveré aquí á hacer compañía á vuestra madre.

—Mi madre y yo os seguimos,—contestó Pedro.

Pero no pensó en tal cosa, sino que volvió al salon, diciendo:

—Dejémosles que se expliquen. Ha llegado el momento en que Mariana va á decidirse. Ella le ha animado, le ha dado confianza, y el jóven va á reunir ahora en una todas las declaraciones que le ha hecho durante la comida. Si eso agrada á Mariana, nuestra opinion es inútil y no nos queda más que decir *amén*.

La señora Andrés estaba inquieta; no quería que Pedro abandonase así la partida, y le obligó á reunirse á Mariana. Pedro le prometió obedecerla, y se marchó sólo al jardin rústico donde pocas horas ántes había tenido un momento de dicha y de esperanza. Ya la había perdido, y toda su vida, malgastada por exceso de modestia, le parecía un amargo sarcasmo ante el triunfo súbito de un jóven que no tenía quizá otro mérito que la fe en sí mismo.

Al cabo de una hora de profunda tristeza, volvió cerca de su madre, á quien encontró hablando con Mariquita y ayudándola á colocar en los chineros y rinconeras del salon las viejas porcelanas y los hermosos cristales.

—¿Qué es eso?—exclamó cogiendo el brazo de su hijo y llevándole hácia el jardin.—¿Vienes sólo?

—No sé dónde están,—contestó Pedro.—Creí que los encontraría aquí.

Dieron la vuelta á la franja de viña y no los encontraron.

—Ya veis,—dijo Pedro á su madre,—que esa prolongada entrevista debe ser la definitiva para resolverse Mariana.

—Vamos hácia los establos.

—Madre mia, no debemos parecer que los vigilamos; si han querido dar un paso sentimental en el bosquecillo, no quiero, al preguntar por ellos, llamar sobre Mariana la atencion de los dependientes que cuidan el ganado.

Volvieron al salon, donde no estaba ya Mariquita, y esperaron un cuarto de hora. La señora Andrés estaba llena de ansiedad. Pedro permanecía silencioso y sumido en profundas reflexiones.

Por fin, Mariana se presentó sola y un poco agitada, pero con la sonrisa en los labios.

—Perdonadme, mi buena amiga,—dijo abrazando á la señora Andrés;—¿qué mal os hago los honores de mi casa! Pero vuestra es la culpa: ¿por qué

me habeis traído un convidado tan impaciente?
—¿Impaciente!—exclamó Pedro con amarga ironía.

—Sí, quería que en tres horas le amara y prometiera casarme con él. Convenid en que es demasiado de prisa.

—No es muy de prisa... si ha conseguido decirte...

—Sí, estoy decidida,—exclamó Mariana.

—Entónces,—exclamó Pedro con lentitud,—¿vienes á anunciarnos tu próximo enlace? ¿Por qué no viene él contigo para proclamar su triunfo?

—Porque ha partido.

—¿Ha regresado solo á Dolmor?

—No, regresa á Paris.

—¿A comprar los regalos?—preguntó la señora Andrés.

—Creo que pronto los comprará para una parisien,—contestó Mariana,—porque me ha dicho que ha quedado escarmentado de las señoritas del campo.

XXIII.

La señora Andrés se levantó, exclamando:

—¿Ah! es decir que todo ha concluido...

Mariana miró á Pedro, que no había podido contener un grito de júbilo.

—¿Estais contento, padrino?—le preguntó.

—No, si tú lo sientes.

—Yo no lo siento. Sólo tenía en su favor la audacia que desde un principio me había dado buena opinion. Calculaba que con un hombre tan decidido yo no hubiera tenido el trabajo de tener voluntad mia, y me parecia eso muy cómodo; pero cuando no se duda de nada, es preciso saber juzgar muy bien, y á las pocas palabras he comprendido que ese jóven podía tener corazon, talento y bondad, pero ni sombra de razon. ¿Qué sería de mí, tan nula y tan débil, con un dueño sin cerebro? No era posible, y como él quería absolutamente saber mi opinion en este punto, se la he dicho tan sencillamente como la expreso aquí.

—Cuéntanos todo lo que ha pasado,—dijo la señora Andrés. ¿Dónde estabais? ¿Quizá en el establo de los bueyes te ha hecho su declaracion?

—No, en el prado, al lado de los árboles; me extraña que no nos hayais oido, porque hablábamos muy alto y disputábamos al andar. La declaracion ya la había hecho aquí delante de vos, bajo la influencia de los vapores del vino. Al empezar el paseo me habló de matrimonio desde luégo; pero como yo estaba ya resuelta, le contesté en seguida que no quería casarme, y aquí empezó la disputa. Por lo visto, tiene mal vino cuando se le contraría, y me dijo que yo era una coqueta de aldea que había estado coqueteando con él todo el tiempo que ha du-

rado la comida. Después me dijo cosas más duras, que he consentido porque, francamente, las merecía. Yo había sido coqueta, es verdad; pero mis coqueterías no eran para él, y como yo no podía confesarle mi secreto, he preferido dejarle decir y pensar de mí lo que quisiera.

—¿Y para quién eran entonces tus coqueterías?

—Para uno que no quiere adivinar lo que no se le dice. Para entenderse con ese *uno* es preciso tener el descaro del Sr. Felipe. He intentado tenerle, y sólo quería verme excitada por sus elogios para tener el valor que siempre me ha faltado; pero el profesor ha partido, y me pregunto si realmente me habrá encontrado inteligente y linda, porque yo empiezo á dudarlo.

—¡Mariana! ¡Mariana!—exclamó Pedro cayendo de rodillas delante de su ahijada;—si tú me has comprendido á pesar de mi idiotismo, perdóname este defecto, porque bien lo he expiado hoy.

—Yo también tengo algo que hacerme perdonar,—contestó Mariana.—He leído lo que habíais escrito en vuestro cuaderno, padrino; lo dejasteis caer anteayer sobre la yerba del camino mientras me hablabais de M. Gaucher, y lo encontré al volver. Creí que era un álbum de dibujo como los que haceis frecuentemente en vuestros paseos. Lo abrí, y lo primero en que se fijaron mis ojos fué en mi nombre... Entonces... leí... y por la noche llevé el libro y lo coloqué sin decir nada sobre la mesa de la sala de vuestra casa. Este es mi crimen. De este modo he sabido que dudabais de mi afecto y que sentíais no poder contar con él. He querido ver si tendríais celos del pretendiente, y he sido amable con él para asegurarme de si podría pareceros amable, y ahora...

—Ahora,—exclamó la señora Andrés,—es feliz; quería ocultarme su pena, pero yo la he adivinado. Hé aquí el secreto de su mala opinión de sí mismo.

—Pero yo no merezco poseerte, Mariana,—exclamó Pedro, defendiéndose contra la felicidad hasta el último momento;—no te merezco; tú eres un ser adorable y yo soy...

—No digais lo que pensais de vos,—exclamó con viveza Mariana;—ya habeis dicho delante de mí todo lo que se puede imaginar para desanimarme de amaros, y sin embargo no lo habeis conseguido. Era mi idea hace seis años. Yo no creía, cuando empecé á pensar en vos, que estuviérais tanto tiempo en babilonia. Os esperaba siempre, y ya veis que he esperado con esa paciencia de aldeana que nos enseñan en la infancia; pero vuestro regreso me había desanimado, porque conocí que os prohibíais á vos mismo amar; y sin vuestro cuaderno, hubiera concluido por creer que todo había terminado para mí. He recuperado la esperanza al ver que pensabais en mí, á pesar vuestro, y después, esta mañana... he

visto dos lágrimas en vuestros ojos. Vamos, convengamos en que nos amamos y que nos sería imposible vivir al uno sin el otro.

—Si, imposible,—contestó Pedro Andrés,—porque no hay dos almas tan parecidas como las nuestras. Timidas y concentradas ambas, tenemos, sin embargo, la misma franqueza, los mismos gustos con los mismos impedimentos para manifestarlos en público, pero con la misma necesidad de revelarlos uno á otro y saborearlos en comun. Adoramos la naturaleza y amamos los campos; separados los hemos amado con melancolía, y juntos los vamos á amar con transporte. Lo que más nos ha faltado á los dos es el amor verdadero, la confianza ilimitada en un sér que sea como uno mismo. A los cuarenta años te entrego un corazón que no se ha alimentado más que de sueños y que está virgen de ese amor. Acéptale como un bien, porque tú serás todo para él: el pasado, el presente y el porvenir.

Ya era de noche cuando Pedro y su madre salieron de Validat. La señora Andrés quiso andar un poco, y después montó en el carricoche sola, dejando que Pedro y Mariana fueran detrás á pié, porque conocía que tendrían necesidad de hablarse algo. Mariana llegó hasta Dolmor del brazo de su padrino, á quien desde aquella noche volvió á tutear y á llamar Pedro.

—¡Qué noche!—decía éste mirando al par de ella el cielo estrellado.—¡Qué aire tan vivificador y qué perfumes los de las plantas! Yo creo que esta noche las piedras y la tierra huelen bien. Nunca he visto estrellas tan hermosas, y me parece que atravesamos un país de hadas que se ha formado á nuestro alrededor desde esta mañana. ¡Ah! si yo hubiera sido dichoso como ahora en mi primera juventud, habría llegado á ser un gran poeta ó un gran pintor.

—Doy gracias á Dios,—contestó Mariana,—de que no hayas llegado á ser nada de eso, porque entonces me encontrarías muy inferior á tí; yo no sé nada de esas cosas tan bellas; pero me parece que no siendo capaz de decir por qué amo tanto la naturaleza, la amo más. M. Felipe me causaba horror cuando encontraba hoy palabras de una extraña pedantería para calificar todo lo que veía. No hay palabras para expresar ciertas cosas, y yo creo que mientras más se dice, ménos se ve. La naturaleza, ya lo ves, Pedro, es como el amor. Está aquí, en el corazón, y no es preciso hablar demasiado de ello, porque se empequeñece lo que se quiere describir. Yo, cuando sueño, no sé lo que hay en mí, no veo más que lo que hay entre el cielo y yo, pero yo no me cuento; si pienso en tí, me parece que yo soy tú y que yo no existo. Hé aquí para mí la dicha, la poesía, la ciencia.

Cuando Mariana regresó en su carricoche y Pedro

Andrés entró en su casa, encontró esta carta que Felipe le había dejado:

«Mi querido Andrés: He venido á tomar mi equipaje y parto para Paris, no sin daros las gracias por vuestra excelente acogida. Vos no teneis la culpa de que vuestra linda vecina se haya burlado de mí; la tengo yo. Hubiera debido abrir más los ojos y observar á tiempo su preferencia por vos, preferencia que ella no me ha confesado, pero que no ha podido disimular hasta el fin. Así me habría evitado estar enamorado de ella durante tres ó cuatro horas; pero así son los amores de que no se muere, y continuó siendo vuestro amigo y el suyo, porque ella es una mujer encantadora, y os felicito por vuestra dicha.»

Al dia siguiente se publicaron las primeras amonestaciones para el matrimonio de Pedro Andrés y Mariana Chevreuse.

JORGE SAND.

Real Academia Española.

DE LA INFLUENCIA

DEL GERMANISMO CONTEMPORÁNEO.

Hacedero y fácil es mi cometido. Los parabienes son ociosos escuchando el erudito discurso que consagra el nuevo Académico al estudio del grupo de lenguas conocido con la denominacion, más ó ménos exacta, pero corriente, de lenguas germánicas. Consagrado á una rama muy principal de las ciencias naturales; perito en las lenguas del Norte, docto en estudios administrativos, familiarizado con los literarios, manejando fácil y correctamente el habla castellana; promovedor infatigable de reformas é institutos que concurren al adelanto y progreso de la cultura patria; el Sr. Pascual es uno de esos nobilísimos espíritus, que con fe inquebrantable en los destinos que la Providencia apercibe al género humano, abre serena y confiadamente su ánimo y su inteligencia á las fecundas y salvadoras corrientes de las ideas modernas, saboreando con júbilo sus invenciones y sus descubrimientos. La Academia española contaba con sus luces, y esperaba mucho de su discrecion y perspicacia; y el discurso que acabamos de oír justifica el juicio y da por cumplidas las esperanzas.

No pondré yo mano, temeroso de deslucirlo, en el cuadro filológico que pinta el nuevo Académico, ni le seguiré en la exposicion de las leyes *lingüísticas* que engendran la abundosa variedad de las lenguas germánicas, desde el antiguo gótico hasta la de Goethe y Schiller, ni he de retocar el entusiasta elogio de las calidades y prendas gramaticales y

literarias del idioma que al parecer aspira á una dominacion semejante á la que disfrutó en dias de mayor ventura para nosotros, la hermosa lengua de Cervantes, y há poco gozaba con afectada superioridad la francesa. Tengo por ciertos los caracteres que el Sr. Pascual señala; juzgo como excelencias las que con singular tino nos recuerda; pero no entiendo entraña la lengua alemana el nervio de la historia en los dias que corren, ni me adhirió á los juicios hoy en boga, sobre las futuras grandezas del germanismo, en cuyos juicios voy acompañado de mi nuevo y docto colega, lo que me presta aliento para apuntarlos por vía de ilustracion y nota á su excelente trabajo.

El éxito, la dominacion debida á triunfos militares y á favorables coyunturas diplomáticas, ávidamente aprovechadas; el enloquecimiento popular de una raza que se mira de pronto potente y fortísima, no son bases graníticas que aseguren de modo perdurable la influencia y el predominio en el mundo moral. Son oleadas que van y vienen en la historia; que traen, pero al retornar por la fuerza misteriosa que las llama de nuevo á su seno, se llevan algo más, mucho más, de las rizadas y pomposas espumas con que deslumbraron á los que sólo miran luz y colores, atavíos y apariencias en la historia humana. El imperio germánico que hoy enaltecen sabios y doctos, aclaman muchedumbres armadas y temen las más poderosas naciones de la tierra, no descansa en ninguna de las ideas que, segun el Sr. Pascual, aportó á la historia la raza germana, ni se apoya en ninguno de los principios que permitieron á la Alemania la influencia moral y política que gozó en otros dias. La oligarquía militar, que le ha procurado pasajeros triunfos, y la intolerancia que ahoga la santa y natural libertad de la conciencia individual, son verdaderos contrasentidos en esa raza, que, al decir de los más, reveló la nocion de la libertad, arraigándola en la vida y difundió por el mundo. Y cuando se corta de esta manera la tradicion moral del pueblo ó de la raza y se ponen en guerra instintos y conveniencias, aspiraciones espontáneas y provechos calculados, se apaga el foco vital, y si se escuchan apoteosis de la fuerza y apologías de la opresion, de boca de doctores, poetas y sacerdotes, como hoy acontece en las aulas y academias de Alemania, más se me antojan esos cantos y loas anuncios de próxima muerte, que regocijos de lozana y robusta juventud.

Si las razas y naciones vencidas ó desdeñadas por el orgullo germánico recogieran con celo las ideas que Alemania condena y avivaran el culto á los principios y á las verdades, que á los ojos de la novísima ciencia anglo-germánica son vanos ideales de fantasías juveniles, y reanimando el *logos* sagrado

de la conciencia racional, abrieran anchas sendas y caminos reales á los mundos de lo inteligible y de lo divino, la historia demostraría muy luégo, que son poco más que nada, imperios y dominaciones que no descansan en la santa verdad de las ideas.

Aprovechen en buen hora las ciencias naturales el impulso vigoroso que el espíritu crítico de los doctores sajones y germánicos imprime á la observacion y al experimento; sorprenda el análisis misterios y maravillas desde el protoplasma á la más acabada y perfecta organizacion; desentrañe con esmero operaciones y funciones de órganos y dinamismos, que esa excelente labor y santa tarea es agradable y gozosa para la ciencia; pero no se embriaguen con la hipótesis, ni tomen por verdad las generalizaciones abstractas y verbales, tejiendo con leyes quiméricas un mundo no ménos fantástico que el de las pasadas escuelas idealistas que, si pecaron contra la verdad, mostraban al caer la grandeza y portentosa energia del pensamiento humano, mirando cara á cara el sol de lo divino, en tanto que los nuevos errores ni advierten, ni aleccionan, descubriendo sólo en el pensar penosa y contrariada secrecion de un órgano fatigado y perezoso.

Y como nada prescribe ni gana derecho por el uso en el campo de la ciencia, si no se asienta en la verdad, pasarán estos vientos materialistas y escépticos, como pasaron al comenzar el siglo las muy aplaudidas y afamadas enseñanzas de La Mettrie, D'Holbach, Helvetius, Cabanis, Volney y la trasformacion de la sensacion que difundieron por Europa Condillac, Desttu-Tracy y Laromiguiere, no inferiores estos últimos á los afamados maestros de Oxford, Cambridge y Abeerden, que hoy retocan y restauran sus doctrinas.

Sirva el caso de significacion y aviso á las escuelas que estudian la razon y el espíritu y proclaman la verdad de la metafisica y de la teología. En todo fenómeno histórico se esconde leccion provechosa, é importa esclarecerla y declararla. La reaparicion del materialismo en el corto espacio de algunos lustros patentiza el hambre y sed del espíritu humano y su creciente afan de poseer la verdad con entera evidencia y á toda luz, y es necesario satisfacer esa ansiedad con procedimientos racionales precisos y vigorosos, cuyas demostraciones repercutan con soberano imperio en el seno de la conciencia racional y libre, santa autoridad, íntima, inmediata, siempre viva y siempre pronta, que no puede engañarse ni engañarnos.

Vayan tras los ecos fugitivos del dia las naciones y las razas que pongan su pensamiento en éxitos, que deslumbran como el incendio, pero que pasan como pasan las llamas, consumiendo y consumiéndose. Los pueblos y las naciones que traspasen en

sus artes, en sus ciencias, en sus institutos, el mundo del presente con sus conveniencias y precauciones; el pueblo que continúe creyendo y pensando en lo permanente y eterno, que es lo único verdadero y bello, y no finja y mienta ciencia para disculpar lo hecho ó para legitimar lo que proyecta, será el verdadero pueblo elegido en la historia futura y el guía y el maestro en la centuria próxima.

¶ Pero abandonemos lo futuro con sus misterios y recojamos de la erudita disertacion del Sr. Pascual los juicios sobre la influencia germánica en la historia pasada de la Península española.

Confieso que no me vence la opinion del ilustre Alderete respecto á la influencia de Godos y de Vándalos, á la caida del imperio de Occidente, y especialmente en nuestra España. De Ataulfo á Recaredo y al famoso Concilio Toledano no van tantos siglos que permitan una influencia filológica en pueblos que poseian la lengua latina, y á contar de Recaredo, la influencia hispano-latina representada por el clero fué decisiva y borró hasta en los mismos Godos el recuerdo de sus tradiciones religiosas, políticas y filológicas. Los Visigodos, como los más de los pueblos bárbaros, y más que los otros, se afanan por remedar usos, leyes, instituciones y trajes romanos, por aprender la lengua, y Ataulfo y Alarico, y el mismo Leovigildo, se señalan en la historia como promovedores de este romanismo político, que era enérgicamente secundado por el clero católico, dueño de la vida moral del pueblo hispano-romano. Asentado de antiguo en las fronteras del imperio, solicitando mercedes y salarios, el visigodo no conservaba antiguas y estimadas tradiciones religiosas y poéticas que sirvieron de paladio á su lengua, y con la misma docilidad con que abandonó su religion una y otra vez pasando del gentilismo al arrianismo y del arrianismo al catolicismo, abandonó sus usos, su lengua y sus instintos en el suelo de la Península, empapado en las tradiciones romanas y en la fe del cristianismo.

Se debe este fenómeno histórico tanto á la blandura y docilidad de los Visigodos, que carecian de recuerdos, tradiciones religiosas y literarias que oponer á la maravillosa cultura representada por los Leandros é Isidoros, como á la tenacidad de la raza hispano-latina, que, superior á la vencedora, menospreciaba su lengua y sus condiciones. La influencia filológica supone siempre una mayor cultura reconocida, por más que no sea confesada, por el pueblo que la recibe, y esta ley de buena crítica explica por qué el simple contacto de los pueblos no produce revoluciones en el lenguaje, y las engendra una influencia extraña y ejercida á distancia. Confundidos en nuestras villas y ciudades corrían Judíos y Mudejares con los Castellanos durante los siglos medios, y, sin embargo, apenas se percibe su

influencia en la lengua de la Edad Media, y lejana era la influencia de los Provenzales y Franceses, y es mayor y más acentuada que la que procedía de fuentes interiores.

Buen testimonio de esta verdad es el libro primorosísimo de las etimologías de San Isidoro, en que son muy contadas las huellas de germanismo que se advierten y recuerda el Santo Obispo. Apenas se vislumbra esta influencia después de la conversión de Recaredo, porque iba unida la lengua de los vencedores al recuerdo de la herejía que repugnaba á los hispano-latinos, y en los monumentos mozárabes y en las cartas pueblas de los siglos siguientes, con gran dificultad se recogen vocablos germanos.

No hay influencia germana en nuestra historia de los siglos medios: no la hay filológica, porque no la hay religiosa ni política, ni social, por más que sostengan lo contrario, en mi sentir sin razonarlo, los partidarios de aquel germanismo romántico que el ilustre M. Guizot difundió años atrás en sus no olvidadas lecciones sobre la civilización europea.

El romanismo, que en su período de decadencia sintió aflojarse el yugo del César adquiriendo las provincias de hecho, franquicias y señoríos, y que conservaba con tradicional respeto la idea del ciudadano y la concepción del municipio; el romanismo, fecundado por el espíritu cristiano, engendró las ideas primordiales del Fuero Juzgo, como el Himnario de la Iglesia gótica procuró cantos y ejemplos á la fantasía del pueblo; como los recuerdos de las fiestas cristianas y de los circos y teatros romanos perpetuaron la tradición latina durante el período que se extiende desde Atila á la invasión agarena.

Pero es un hecho, que ha demostrado con sagaz y laborioso estudio el Sr. Pascual, que existen hoy en el abundoso caudal de la lengua española muy cerca de 1.000 palabras de procedencia germánica, y como no hay efecto sin causa, ¿es lógico señalar una influencia germánica en nuestra lengua? En efecto, existen esas palabras de linaje germánico en la lengua española; pero lo que importa decidir es si acusa el hecho una verdadera influencia germánica ó si se explica por el natural trato y comunicación de unas naciones con otras en la revuelta y agitada existencia de los pueblos de Europa en los últimos siglos. Son cosas muy distintas: la una expresa y significa sólo el roce y contacto natural de las naciones por motivos de comercio ó industria, ó por accidentes políticos; la otra significa la confesión y reconocimiento de la supremacía moral del pueblo que influye.

No negaré que en la historia de la Edad Media española la influencia francesa, tanto la ejercida por la lengua de *oc* como la de la lengua de *oïl*, es in-

fluencia política y literaria, eclesiástica en ciertos momentos, y por estas razones filológica. Gran número de esas palabras que ahora se inventarían como de procedencia germánica, lo son en efecto; pero llegaron á Castilla por el provenzal, por el francés, por el catalán, en cuyas lenguas se encuentran asimismo. ¿Cómo conocerlas?

Cada lengua posee procedimientos propios en materia de derivación, y si la transformación que ha sufrido la palabra germánica se encuentra en consonancia con el modo habitual de derivación de las lenguas habladas en Francia, más que con los modos predilectos del pueblo español, puede asegurarse que vino á España después de haber sufrido la transformación francesa ó provenzal. No pocas de las que generalmente se señalan se encuentran en este caso, y la observación advierte que no basta encontrar palabras procedentes de un idioma dado en otro, para afirmar la influencia de una en otra civilización.

Por otra parte, tras los Reyes Católicos imperó en España el César Carlos V, y en su reinado y en los siguientes mantuvieron los españoles muy frecuentes y por desgracia poco felices relaciones con los países germanos en que se hablaba el alto y bajo alemán, y allí se perfeccionaron industrias y artes militares, y de aquella comunicación y estancia trajeron nuestros soldados y nuestros escritores militares gran golpe de voces de armas, milicia, política é industrias que encontraron franca acogida en nuestro léxico; y por mi parte no titubeo en aventurar que muchas más de la mitad de las señaladas datan de estas fechas y de aquellas infelicitísimas campañas.

Claro es que las reglas críticas á que obedezco para formular las dudas que anteceden sobre la verdad de una influencia germánica en lo pasado y sobre su legitimidad en los días que corren, necesitan á su vez complemento y demostración, y que sólo en las teorías *lingüísticas* y en las enseñanzas filológicas se descubren las verdaderas condiciones de una influencia filológica, sus leyes y sus modos. Las recordaré por exigencias del método, y porque ni basta ni es bien dar gusto al deseo ó ceder á momentánea preocupación del ánimo para prorumpir en alabanzas ó en críticas acerbas, dirigiéndose á tan respetable corporación y tratando asuntos científicos.

Pero me asalta en este punto mayor dificultad, y es que la ciencia *lingüística* que encarecía y ensalzaba en otros días (1), se ve combatida y alterada por las escuelas materialistas tan aplaudidas en Inglaterra y Alemania, y debo, al recordar sus princi-

(1) *Curso de Literatura general. Parte 1.ª: La palabra.*—Madrid, 1868.

pios y sus teoremas, mostrar lo injustificado de la impugnación y de las novedades y mudanzas que enseñan los nuevos doctores.

Las enseñanzas de los más esclarecidos ingenios de la docta Alemania, opuestas á las novedades que ahora propalan los que no titubean en escribir que no es grande Alemania por Schiller y Goethe, Humboldt y Hegel, sino por Moltke y Bismarck, me obligan á recordar que la *lingüística* y la filología, es decir, el estudio antropológico que agota la primera, y el histórico que persigue la segunda, consideraban las *especies* en que se clasifican las lenguas, como originadas de tipos permanentes representativos del genio de la raza ó de la nación, por lo que eran una manera de decir la verdad y la belleza, fija y constante. De aquí divisiones en familias; de aquí las lenguas semíticas, las indo-europeas y las turanienses, ó si se quiere, ya que esta calificación no goza favor en los escritores novísimos, las Ouralo-altáicas, divididas en los cinco grupos en que hoy se subdividen. Enseñaban há poco los más distinguidos doctores, que la flexión indo-europea era distinta de la flexión semítica, y las estimaban irreductibles. Pasaban despues al estudio de una de esas familias, procurando el filólogo resucitar la madre comun de las lenguas semíticas ó de las indo-europeas, encontrando en ella la fuente de los caracteres comunes á toda la familia, y por último, se clasificaban, enumerando en la familia indo-europea la rama índica, las lenguas neo-índicas, las lenguas iránicas, las helénicas, las itálicas, las neo-latinas, las célticas, las germánicas, las eslavas y el grupo léttico; pero cada una de estas variedades de la familia europea mantenía tenazmente su carácter, sin que se trasformara ni disolviera en otros diversos ú opuestos.

La ley de su naturaleza (enseñábamos todos) mantiene y conserva la vida de las lenguas; se perpetúa su léxico cuando llegan á un período literario y son eternas, cuando las hablan Esquilo y Platon, Marco-Tulio y César, Cervantes ó Bossuet, Goethe ó Byron. Nacen de esta permanencia del tipo lingüístico leyes de formación, de derivación, leyes gramaticales y léxicas, el diccionario y la gramática de cada una de las lenguas que, con ser hijas de la madre comun y afectar el aire de familia, conservan sello original en que destella la infinita variedad del espíritu humano y las múltiples é inagotables formas de decir lo que pasa en su alma, y lo que ven sus ojos y penetra su inteligencia.

Maravillábase el lector al contemplar el himno infinito (1) en variedad y extensión que á la verdad y á la belleza se formaba, con la inenarrable serie

de lenguas y dialectos que producía el espíritu humano; y se postraba el hombre ante la grandeza del pensamiento que, tomando carne en la palabra, creaba algo tan duradero como el mundo, tan permanente como el Cosmos, tan uno como el espíritu y tan vario como la vida.

Pero hoy cambia la enseñanza.

Todo pasa, se cambia, muda y borra, como dijo el poeta. Nada hay permanente y estable. Nunca estamos en lo mismo; siempre caminamos á lo otro, que será á su vez lo diverso, cuando creamos poseerlo. Las especies varían; cambian y mudan los seres en todo el ordenamiento de la naturaleza por la ley de la selección, y la lingüística, rama de las ciencias naturales, se transforma por esta ley que reviste la alta autoridad que tienen los hechos, según se afirma, en el orden científico.

Será cierta la ley; pero la historia no depone en pró del hecho. Irreductibles é invariables á través de siglos y siglos se muestran las lenguas semíticas y las lenguas indo-europeas. Siglos cuentan de existencia las lenguas que representan las variedades itálicas, célticas, góticas de la familia indo-europeas, y vivas y tenaces se manifiestan sus leyes gramaticales, sin que baste el aluvion del neologismo, ni las invasiones de la moda, á cambiar su sintaxis ni á renovar su prosodia.

Se cumple la variedad en la historia de una lengua, en su elemento léxico; pero con sujeción á las reglas propias del idioma: se extiende de región á región variando su fonología y leyes prosódicas, pero dentro de la fórmula general de la lengua matriz generadora del grupo, cuya variedad dialectal estudiamos.

Si comparamos el grupo itálico con el helénico, el gótico con el slavo y con el céltico, al través de la variedad de su léxico, de las diferencias de su vocalismo, de las singularidades é idiotismos de su sintaxis, descubrimos el parentesco con el tipo generador de la familia indo-europea. No se dan casos de una lengua semítica trasformada en lengua que ostente los caracteres de la indo-europea; y en la vegetación, como decía Humboldt, de las lenguas no escritas, que es tan rápida que cambia el diccionario en cincuenta años, se advierte que aquella exuberante variedad, pálido reflejo sin embargo de la actividad del espíritu, se cumple según los términos y modos gramaticales de la familia á la cual pertenece la lengua ó el dialecto.

¿Por qué esa permanencia? ¿Qué secreta virtud es la que mantiene activo y pronto ese sello peculiar y característico de cada familia de lenguas? ¿Por qué si las especies se trasforman y los tipos se mudan y cambian, ni se transforma ni muda, ni cambia la fisonomía gramatical de las lenguas, sino que crecen y se desarrollan, viven y mueren sin que en

(1) Discurso leído ante la Academia Española: CANALEJAS. *Doctrinas religiosas del racionalismo moderno*, pág. 11.—Madrid, 1875.

la vida ni en la muerte se oscurezca su progenie y su carácter?

No hay explicacion en la novísima escuela del trasformismo de estos fenómenos que reconoce el *lingüista* y comprueba el filólogo. Si la *lingüística* es una ciencia como la paleontología ó la botánica, se debe cruzar de brazos ante los problemas que encierra el lenguaje, y dando el caso por ininteligible borrarlo de la lista de los problemas científicos. La *lingüística*, como ciencia natural, mirará como un asombro la aparicion del lenguaje; tendrá por milagro la facultad de hablar; supondrá yo no sé cuántos órdenes de *primados* y predecesores del hombre, que expliquen la variedad de las lenguas semíticas, indo-europeas ó altáicas; porque la diversidad de los tipos gramaticales acusa necesariamente una diversidad fisiológica de cerebros, y por lo tanto distinto abolengo y diverso árbol genealógico para cada uno de esos hombres semítico, mongol, indo, iránico, helénico ó celta; se verá forzada á enseñar que el hombre corta el paso á la fuerza creadora de la naturaleza, porque al hablar crea algo no sujeto al eterno oleaje de la trasformacion y de la mudanza: estimando esa fuerza que crea y mantiene un sér permanente y fijo, como sortilegio ó hechizo con que encadena no sé quién la corriente general de las fuerzas naturales.

¡Cuánto milagro! ¡Cuánta hipótesis! ¡Cuánta maravilla en los que pretenden secar en la ciencia y en la vida la fuente de lo sobrenatural!

¿Por qué el griego no es el latín, ni el celta el sajón, ni el eslavo el zend ó el sanscrito? ¿Por qué congenerados en una madre comun hay tal variedad en sus leyes gramaticales? ¿Por qué se mantiene la gramática de cada una de esas lenguas al traves de los siglos y de las primaverales renovaciones de su vocabulario? El origen es el mismo. El que habla el mismo: el hombre. Las condiciones de clima y medio ambiente no llegan á la sintáxis. Las influencias históricas pasan, y pasan los Alejandros y los Romanos y los Bárbaros y los Turcos, y la lengua griega vive bajo los unos y bajo los otros, y renace y crece y se extiende, conservando siempre sus rasgos distintivos, las leyes privativas de su sintáxis y de su lexicografía, y no se transforma en lengua romana ni en lengua turca: la educacion y el progreso la acaudalan; pero pule las palabras que recibe con misterioso cincel y revisten el aspecto de las que van á ser sus hermanas... y no hay más causas de seleccion natural en *lingüística*, segun advierten los novísimos doctores.

Y el hecho queda en pié.

Las lenguas no se trasforman, dice el filólogo señalando á la historia, ni cambian de especie, ni la flexion semítica se muda en la indo-europea, ni ésta se confunde con aquella, por muchas y potentes que

sean las causas externas que pudieran provocar esta trasformacion (1).

¡Pero—dicen los novísimos filólogos—la lengua es un organismo! Nadie lo duda; pero un organismo espiritual, que el espíritu de raza ó nacionalidad crea y mantiene. Pero—continúan—las lenguas no aparecen brusca é inopinadamente. Ciertamente como que aparecen cuando es consciente el espíritu humano; pero las raíces se crean de golpe y no se elaboran. Hay descendencia en las lenguas y herencias, y atavismos—replican:—muy cierto, como que hay historia en el espíritu humano, y hay historia porque goza de vida el espíritu. Que las lenguas se trasforman dentro de su especie ó familia, nadie lo ha negado.—Que cambian... Ciertamente, todo cambia en el espíritu humano ménos su esencia, y de la misma manera en las lenguas se perpetúa su esencia, que es la gramática.—Pero existe un período de desenvolvimiento del organismo corporal humano en que el lenguaje era mudo... ¡Hipótesis aventurada y quimérica!—Hubo otro período en que el lenguaje fué inarticulado y semejante al ronco aullido de las fieras... Hipótesis que no encuentra justificacion en el estudio comparativo de la onomatopeya y la interjeccion, ni en la observacion experimental.—Que fueron muchas, innumerables las lenguas primitivas... Hipótesis desmentida por la filología comparada, y contradicha por la ley de unidad que pretenden enaltecer los nuevos doctores. ¿No afirman los mismos que tal especie aventuran, que la unidad de formas es innegable en todas las lenguas? ¿Y esa unidad *morfológica* no es trasunto claro y fidedigno de la unidad del fondo, y sobre todo, de la unidad del espíritu que engendra forma y fondo? Y si no es esta la causa, ¿de qué procede esa unidad *morfológica*, reconocida y confesada por el mismo Augusto Schleicher? ¿No se reconoce la derivacion de las lenguas, en el estudio filológico, de tres tipos á lo sumo, el semita, el indo-europeo y el mongólico? ¿En qué se apoya la hipótesis de innumerables lenguas primitivas, cuando el estudio comparado ha llegado ya á reducir á tres tipos generadores las innumerables que se han hablado y se hablan?

—Las lenguas se diferencian, porque hay diferencias (que no puede descubrir la observacion por ser muy ténues y delicadas) en los cerebros de las razas y familias que proceden de un mismo tronco, —dice Schleicher...—Hipótesis gratuita y temeraria

(1) En estas observaciones críticas me refiero expresamente, indicando sus afirmaciones, al eminente filólogo A. Schleicher y á la carta publicada en Weimar en 1865, dirigida al Dr. Hœckel, así como al escrito que publicó al año siguiente en defensa de las opiniones emitidas. La autoridad muy respetable de Schleicher ha servido despues á Hœckel y á darwinistas franceses, que han hecho aplicaciones á la filología y á la *lingüística* de las teorías de Darwin y Wallace, entre otros á M. Ferrière en su *Selección de las lenguas*.—Paris, 1872.

como las demás, que no tiene en su abono dato anatómico ni fisiológico que la legitime. ¿Dónde está, ni quién ha visto la diferencia cerebral entre Provenzales, Franceses, Españoles, Portugueses é Italianos, que han roto de mil maneras y formas el tipo latino?

¿No es un hecho confesado por el mismo Schleicher que diversas razas hablan una misma lengua, y que una misma raza habla distintas lenguas hace siglos, citando ejemplos de uno y otro caso? Siendo el hecho cierto y averiguado, no es verdad que la diferencia ó identidad de las lenguas corresponda á la diversidad ó identidad de la organizacion cerebral.

Por último,—que hay una *seleccion artificial*, docta, que contraria las leyes naturales ó que las dirige, y que es la causa de las singularidades que ofrecen las lenguas. ¡Ah, no! No alcanza á tanto el arte, ni ménos el artificio de los hombres. Cabalmente los anales literarios demuestran que pasa como nube de estío por la faz de la historia lo que no brota con ardiente espontaneidad del seno del espíritu humano. En vano magnates y barones, Reyes y Príncipes, maestros y doctores del Gay-saber pretendieron crear una lengua que fuera la de los trovadores y poetas, y sirviera de instrumento universal al arte, y escribieron gramáticas y dictaron códigos henchidos de reglas; la utopía se desvaneció en el corto espacio que separa el reinado de San Fernando de los días de Sancho el Bravo. En vano los gramáticos alejandrinos y los latinistas del siglo de Leon X, y los comensales del *hotel de Rambouillet* quisieron vestir y aderezar de esta ó aquella manera las lenguas griegas, francesa ó italiana; el empeño quedó como ejemplo de que no es dado cortar la espontaneidad del espíritu, sean cortes, consistorios ó academias los que lo intenten.

Resbalan sobre las lenguas las creaciones del gusto histórico. Pasan y se pierden las novedades que aconsejan Marinistas ó Gongorinos. Apenas queda algun vocablo ó acepcion en la generacion siguiente de la fraseología propia de la anterior, y sirven sólo para citas de casos insólitos y temerarios, las tentativas de los que aspiran á cambiar la ley gramatical de un idioma.

Bajo este recamado y estas bordaduras, fruto de la labor de los siglos y de los vendavales históricos, permanece fijo, inalterable, fecundo, el genio de la lengua, rechazando ó apropiándose, por ministerio del uso, lo que cuadra y conviene con su natural y con su linaje.

En vano se argumenta el uso con principios lógicos, con razones de analogía, con casos ya consentidos y pasados en autoridad de cosa juzgada; el uso se propaga, extiende y triunfa, sin que haya atajo ó valladar que lo detenga. ¿Por qué? Porque el

uso de doctos é indoctos es la intuicion poderosísima del espíritu general que conoce la ley del idioma, como se conoce á sí mismo, y que la expresa con la misma naturalidad con que piensa, siente ó quiere. ¿Con qué pasmosa y sorprendente verdad fija el uso los conceptos y las acepciones! ¿Qué fidelidad tan peregrina guarda á la índole y pristina esencia del lenguaje patrio! Analizados los idiotismos, las idiosincrasias de lenguaje, las frases hechas, adagios y refranes, el filólogo admira este ingénito conocimiento y esta ciencia virtual y no sabida, que dirige la vida de las lenguas, manteniendo sus notas peculiares y características.

Por eso esta docta Corporacion, alejándose de idealismos *lingüísticos* y filológicos, busca en el uso norte y guía, y se limita á recogerlo y fijarlo, sabiendo por experiencia que no basta esa *seleccion* erudita de que se nos habla para crear lenguas que sean potente y verdadera expresion de una vigorosa nacionalidad.

De otra suerte, existiría lo que nuestros padres llamaban gramática universal, en la manera y forma que la entendían, como mera y sistemática deducion de la lógica subjetiva (1). Siguiendo ese criterio, tornariamos á engolfarnos en la alquimia filológica buscando la lengua universal; y punto por punto, impresion tras impresion, trasformariamos el habla castellana en no sé qué algaravía que reflejara el confuso enmarañamiento de nuestras conturbaciones intelectuales.

El nuevo académico lo ha dicho con frase precisa y exacta: «La Gramática es la nacion.» Tan íntimo y estrecho como es el vínculo que une al escritor con su estilo, es estrecho y vivo el lazo de la gramática con la nacion. Es la gramática la expresion íntima, espontánea y viva de las condiciones espirituales de una nacion. Conoced la gramática griega ó la latina ó la inglesa, y no os sorprenderán ni los vuelos ni las decadencias de sus artes, de sus ciencias ni de su política. Lo que son y la manera en que lo son está allí. Sus conocimientos, sus métodos y procedimientos, su carácter científico, sus pasiones, su modo de ser en las relaciones humanas y en las morales, se refleja en su lexicografía, en su sintáxis y en su prosodia; y hasta su carácter público y su historia se traslucen en su ortografía.

La persistencia de la gramática crea las leyes de derivacion y formacion, las formas verbales, las terminaciones y la acentuacion que rigen en la admision del neologismo, y que guían en el crecimiento de las acepciones. Sin esas leyes gramaticales, serian las lenguas mosaico mal unido y trabajado, incapaz de todas esas cualidades que hermocean

(1) *Monde primitif analysé et comparé, avec le monde moderne, considéré dans l'histoire naturelle de la parole, ou, Grammaire universelle et comparative*, par Mr. Court de Gebelin.—Paris, 1774.

á las lenguas antiguas y modernas y no habría influencias, sino irrupciones y conquistas.

Las invasiones y las conquistas no son, por lo tanto, posibles en el mundo de las lenguas. La voz extranjera viste los colores y blasones del nuevo señor en cuyos dominios sirve, y el giro de la frase gálica ó germana resalta, en la construcción española, como nota disonante que rompe la belleza del conjunto.

Los que no lo creen así, lastimosamente se equivocan. Los que por soñar en pan-germanismos ó pan-slavismos niegan el principio nacional y reniegan de estas leyes gramaticales, creyendo que en el *combate de la vida* hay razas, naciones, lenguas y gramáticas predestinadas y cuya desaparición no se hará esperar, lastimosamente se engañan y niegan la luz que alumbra, el calor que sentimos, la palpación que nos agita. No es del momento demostrar la real verdad del principio de las nacionalidades. «Tan real y viva como mi santa madre que está en los cielos, decía hace muchos años, es esta otra madre mía que se llama nacionalidad española (1).» Tan real y vivo como el espíritu de mi patria es su *verbo*, la hermosa lengua de Cervantes y

(1) Yo no discuto lo que sea y lo que valga en la historia universal la idea y el sentimiento de nacionalidad; yo no discuto hoy si esta idea constituye una entidad histórica viva, ni si es ó no una de esas grandes energías colectivas que nacen en la dinámica universal de la historia para crear la variedad de los organismos políticos y sociales; yo no discuto ni pretendo hoy averiguar si existe la nacionalidad real, ontológicamente, y no como abstracción diplomática ni como creación política de política internacional, ni tampoco pretendo escudriñar, descendiendo á las profundidades de la historia, si la nacionalidad es una condición esencial de la vida humana como la familia y el municipio. No lo discuto; pero faltaría á un deber de conciencia si no dijera que así lo creo; mentiría á sentimientos muy caros si no manifestara que creo, como en la existencia de mi pobre madre que está en los cielos y en la necesidad de su amor y su cariño, de que tan hambrienta se siente aún mi alma; en la existencia de esta otra madre que se llama España, y cuya solicitud y cuyos cuidados engendran en mi corazón un tierno, piadoso y exaltado sentimiento filial. ¿Para qué negarlo? De todas las inspiraciones, la que mágicamente vibra en mi alma es la inspiración nacional: de todas las esperanzas, la última que perderé es la esperanza en el porvenir de mi patria; de todos los amores de la vida, el que morirá conmigo, cuando mueran el de mis hijos y el de mis hermanos, es este amor nacional que me inspira enternecimientos tan profundos como exaltaciones indecibles, cuando al pensar en lo pasado y al estimar lo presente, se ofrecen á mi fantasía cuadros de magnífica grandeza y heroico ardimiento, ó escenas de profunda abyección y miserable apatía. No me defiendo si esta es una preocupación pueril á los ojos de ese cosmopolitismo matemático y geométrico con que sueñan muchos, y que repiten no pocos es la última palabra de la ciencia política; me declaro impotente para desasirme de vínculos y lazos tan dulces y para crearme desobligado de un deber que lleva el enternecedor calificativo de filial, y cuyo cumplimiento me reclama;

Triste y llorosa la nación que un día
Poblara inmensa gente,
La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente.

La poesía épica en la antigüedad y en la Edad Media.—Discursos pronunciados en el Ateneo de Madrid: conferencia cuarta, pág. 98.—Madrid, 1869.

Calderon. La conciencia racional me procura la verdad de una y otra existencia.

Mueren las lenguas como morimos nosotros, dejando hijos y herederos. ¿Qué gloriosa muerte la del sanscrito, engendrando las lenguas indostánicas que viven hace dos mil años! ¿Qué muerte la del latín, que deja por hijos y herederos al latín eclesiástico, al latín de la Edad Media y á la hermosa familia de las lenguas neo-latinas que ilustran Dante y Petrarca, Garcilaso y Camoëns, Calderon y Corneille! ¿Es esto morir? ¿Es esto desaparecer? ¿Es que ha desaparecido por inútil y estéril en el sangriento circo de la vida histórica, ni el sanscrito, ni el griego, ni el latín? ¡Ah, señores! Sólo jugando el vocablo puede aplicarse á la filología la desconsoladora ley que Darwin aplica á las especies de la naturaleza. ¿No es nuestra lengua latín más castellano? Ni la analogía meramente verbal es posible entre el mundo de la naturaleza y el mundo del espíritu, en que tienen raíz y asiento la filología y la lingüística.

—¿Es que en las comarcas de Africa y América y en las estepas del Asia han desaparecido, sin dejar huellas, innumerables lenguas que no llegaron al período escrito, que pululaban en las muchedumbres y tribus nómadas de uno ú otro continente?... No lo sé, é ignoro quién lo sepa; pero aún cuando así fuera, ¿eran lenguas definidas por la expresión de sus leyes gramaticales por el uso, ó se llaman lenguas para decorar la argumentación á las variedades dialectales; muy propias del período oral, y que retornan al tipo genérico por la atracción y señorío de la lengua madre? Me atengo á esto último, mientras no se demuestre lo contrario, y no es hacedera la demostración.

No legitima la historia esas teorías imaginadas por los soberbios de un día, que, desdeñando pueblos y razas, profetizan dominaciones inacabables al que consiguió la victoria en un acaso. Grande, glorioso fué el espíritu germánico; rica, abundosa y flexible su lengua, inmenso el número de los que la hablan, potentísima es hoy su influencia política; pero no debemos los herederos de Grecia y Roma plegar nuestra bandera ni correr á nuevo bautismo, renegando del gloriosísimo que recibimos en el seno de la raza latina. Justo y debido que recojamos en la cultura germánica lo verdadero y bello, peregrino en la greco-latina; pero el filólogo, como el artista, no debe olvidar que en el vasto teclado que forma la universalidad de las lenguas, corresponde á cada una un tono, un modo musical que necesita de los demás modos y tonos para producir la armonía en la historia universal. La variedad vivifica la unidad.

Si en la lucha ó combate por la existencia que se pretende aplicar á la historia moral de los pueblos, el organismo superior ahoga y devora al ménos

perfecto, no hay paridad en la historia de las artes y de las lenguas, porque no existe en el orden moral esa superioridad total y definitiva que se advierte en la fisiología comparada. Excelente es en ciertos aspectos prosódicos y sintáxicos la lengua griega en parangón con las demás; pero la saca ventaja la latina en otros procedimientos sintáxicos. Acabada y admirable es la lengua francesa en la claridad y precisión de su sintaxis; pero cede á la española ó á la alemana en variedad y múltiples formas de régimen y construcción, y aventaja la italiana á la alemana en vocalismo y flexibilidad prosódica, sirviendo de esta manera en distinto grado una á la ciencia, á la narración otra, á las expansiones líricas, ó al trato, ó relación política las demás.

No encuentra la filología comparada esos organismos perfectos y totales que permitan considerar como embriones, bosquejos y tentativas otras lenguas anteriores ó coetáneas, y que legitiman la hipótesis de su inutilidad y el anuncio de su próxima desaparición; como no hay raza singular y elegida que represente la variedad inextinguible del espíritu del hombre, ni entidad nacional que sea un macro-cosmo de la esencia y de la vida humana.

Y así en las lenguas, porque es así en el espíritu. ¿Dónde el organismo más perfecto de las facultades y propiedades humanas? ¿Lo es el genio griego? ¿No tiene calidades superiores en varios aspectos el latino ó el germano? ¿Dónde la perfección en el organismo del espíritu individual? ¿El soñador que fantasea con inenarrable espontaneidad, vale más ó menos que el matemático que atenta y cuidadosamente descubre y encuentra las incógnitas del cálculo? ¿Es inferior la virtud entera ó resignada á la audacia intelectual? ¿Dónde el lleno de las perfecciones humanas? Ni aquí ni allá; sino en la plenitud de la esencia del género humano, abrazando en su concepto tanto lo que se ha cumplido en los actos de la vida, como lo que aún se esconde en los misterios de lo potencial.

La influencia en el orden moral no se asemeja ni en poco ni en mucho á las leyes de la superioridad del organismo, de que hablan los naturalistas; porque no proceden de la perfección del organismo, sino de sus funciones ú operaciones siguiendo la analogía fisiológica. Es la misma la lengua de Kant y la de Strauss; es la misma la lengua de Strauss en su *Dogmática* y en su Antigua y nueva fe; pero la diferencia del contenido de uno y otro libro explica la influencia del primero y el olvido que ha seguido al segundo. Así de las naciones: influyen ó no influyen conservando su organismo en uno ú otro caso, porque el espíritu que anima y vivifica al organismo lingüístico, no el organismo, es la verdadera y eficaz causa de la influencia. Influyó grandemente

Alemania desde 1780 á 1850, en los días de Kant, Herder, Fichte, Schiller, Goethe, Novalis, Humboldt, Schelling, Baader, Krause, Hegel y Schleimacher, y no influye ahora porque se ocupa en negar lo afirmado en aquel glorioso y memorable siglo de oro de sus ciencias y de sus artes.

He demostrado mi tesis, al amparo de la verdadera crítica.

La influencia filológica que se ajuste á estas reglas será legítima. Si las quebranta, menospreciando los derechos de la gramática de cada una de las lenguas, no será verdadera influencia, sino raptó pasajero, arrebató atentatorio á la verdad y á la belleza, su íntima é inseparable compañera. Y aún una influencia filológica intensa (como ya dije) es resultado y efecto de una influencia religiosa, moral ó artística, que si no se relaciona con esas influencias, será la filológica vana afectación y gárrula pedantería. Si cuanto he dicho es cierto, debo añadir á manera de conclusión, que, corriendo la segunda mitad de este siglo, no encuentro razón ni motivo para esa influencia moral y artística del germanismo, fecunda en otros lustros, pero que tampoco existió en edades pasadas. El germanismo contemporáneo no es fuente de vida, y para la raza latina es una influencia letal.

Prevenámonos contra ese negro, negrísimo pesimismo que turba hoy los ojos del espíritu y hasta los de la carne, pintándonos decadencias, postraciones y miserias misérrimas en nuestra raza, en nuestra patria, en nosotros mismos, y que inspira á no pocos disgusto y tedio de la vida nacional y aún de la individual. A esa preocupación que reemplaza al riente optimismo nacional de nuestros antepasados obedece el prurito de salir del arte, de la ciencia, de la tradición y de la lengua nacional, para buscar mejor luz y más anchos horizontes. Ese sentimiento es falso. No es más vasto el horizonte extraño que el propio; no es más pura aquella luz que la que nos ilumina, ni es todo allí juventud y lozanía, ni aquí todo marasmo y decrepitud. En el coitejo resultaríamos alternativamente deudores y acreedores.

Lo que importa, á ejemplo del nuevo académico, es contemplar con piedad filial los caracteres extraordinarios y exaltados de esta nacionalidad que no vive si el ideal no la apasiona; lo que interesa es respetar como verbo maternal esta hermosa lengua española, de larga existencia, cuya vida, variada cual ninguna y al servicio de las mayores exaltaciones que ha experimentado el espíritu humano en su historia, le procura tesoros infinitos, recursos inagotables, allegados así en la dominación ejercida en el mundo del arte y de la política como en dolorosas y larguísimas tribulaciones, que la permiten servir de instrumento propio y adecuado á las más

árduas y difíciles empresas, sin necesitar auxilio ni remedio de otras lenguas, que no son más ilustres porque las hablen hoy ensoberbecidos conquistadores.

Lo que importa tanto como este sereno estudio de las cosas patrias es no ceder á las excitaciones pasajeras de una vida agitadísima corriendo tras la novedad por creer que lo nuevo es siempre adelante y progreso, ni esperar Mesías y redentores llegados de extranjerías playas, sino buscar con amor, en el fondo de la conciencia, la fuerza redentora. Lo que importa es conservar claros y limpios los criterios que nos procura la razón, desechando lo que no se ajuste á la verdad conocida y sabida, recordando siempre, como lo hace mi nuevo compañero, que la ciencia no sirve á emperadores ni á instituciones, razas ni partidos, programas ni propósitos, sino á la verdad, y que sólo sirviendo á la verdad consigue mostrar el santo vínculo que une á lo temporal con lo eterno.

F. DE PAULA CANALEJAS.

15 de Marzo de 1876.

LOS IDIOMAS AMERICANOS.

II.

No han fallado autores que hayan dado como cosa demostrada é incontrovertible la especie de que eran muy pocas las lenguas americanas que habían sido entendidas por los misioneros, asegurando, bajo su palabra, que apenas llegaban á seis aquellas de que se tenían escritos *Artes gramaticales* y *Vocabularios*; afirmación muy distante de la verdad y que arguye ignorancia punible en la materia de que se escribe; disparate máximo que al fin y al cabo se convertía en un capítulo de acusaciones contra España, y esto bastaba para ser acogido muchas veces.

Léjos de haber habido descuido merecedor de censura, nótese que sólo en la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala hubo superior de las Misiones que, como el venerable Fr. Tomás Casillas, altamente persuadido de que no podía en manera alguna ejercerse la predicación del Evangelio sin estudiar los catequizantes los idiomas de los indios, encargaba á los de su mando, pena de desobediencia, que procurasen aprenderlos bien y que tuviesen ejercicios sobre tales lenguajes.

Y esto era en el primer tercio del siglo XVI.

Fruto del acuerdo de dicho P. Casillas, fué el arreglo que de la *Gramática y Vocabulario de la len-*

gua de Chiapa hizo el monje dominico Fr. Pedro Calvo, castellano. No sabemos si se dió á luz.

Del idioma, más bien dialecto, de *Copanabatta* se encargó y llevó á feliz término Fr. Jorge de Leon.

Poco despues (en 1548), otro celoso superior de la misma orden de dominicos, el reverendo Fr. Domingo de Ara, encargó al P. Juan Torres, como el más idóneo por ya más versado en el asunto, que redujese á *Gramática* y formulase el *Diccionario de la lengua Cachiquel*, que es la general que se hablaba en la provincia de Guatemala. Está impresa en América.

Y al año siguiente, volviendo á visitar el convento de dicha ciudad el superior P. Ara, ordenó á todos los religiosos «que tuviesen conferencias, *cada día*, acerca de la lengua de la tierra;» lo que puede comprobarse leyendo la *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, escrita por el P. Remesal: Madrid, 1619.

Hay más: como había territorios lejanos dependientes de esa provincia, en los que se hablaban por los indígenas idiomas y dialectos harto diferentes, consta que en un capítulo de la orden de dominicos, celebrado en su convento de la ciudad de Guatemala en el año de 1546, se dispuso, por lo referente á esto, «que se ordenase á los priores que cada uno en su casa escoja el religioso que mejor supiese la lengua de cada distrito y le mandase escribir el *Arte Gramatical* y *Vocabulario* de ella; añadiendo que, una vez formulados, se archivase copia en la librería para que pudiese ser consultada por los Padres.»

Sin gran dificultad podríamos aducir algo así de otras comarcas del Nuevo Mundo.

Lo que arguye celo digno de loa, por ser disposiciones bien encaminadas y de más acierto que una Real Cédula fechada en Valladolid á 7 de Junio de 1550, dirigida á los prelados de las órdenes de dominicos y franciscanos de los dominios de América, en la cual se les inculcaba que procurasen por todos los medios enseñar á los indios la lengua castellana, con el fin, dice la orden, de que mejor entrase en aquellas tierras la fe. Idea que, entre otros graves, adolecía del inconveniente de ser impracticable. ¡Como que no era posible enseñarles el castellano ántes de ser catequizados!

Y véase cómo ya en aquella remota época acontecía (y no es maravilla) andar más en lo cierto la iniciativa individual y la de corporaciones, en achaques de enseñanza, que la mano oficial, que suele ser muy desmañada en estos reinos y señoríos.

Al César lo que es del César.

Pero dando al olvido errores de otros tiempos, de que en el fondo no sé si queremos enmendarnos, prosigamos dando cuenta de los trabajos de

* Véase el número anterior, pág. 591.

hombres beneméritos, biografiando aquellos de que tengamos ocasion.

MOLINA (Fr. Alfonso.) Fué natural de la villa de Escalona, en la provincia de Segovia; nació en el año de 1496.

Muy joven tomó el hábito de los franciscanos, y á su tiempo profesó en dicha orden, destinándosele poco despues como misionero á Méjico. Lleno de celo por la propagacion del Evangelio entre los indigenas, se dedicó con ardor al estudio del idioma general del recién conquistado imperio de Motezuma, y más tarde escribió el *Arte de la lengua mexicana y castellana*, libro en 8.º, y además el *Vocabulario de las lenguas mexicana y castellana*, un tomo en folio.

Varios bibliógrafos extranjeros han supuesto que el *Vocabulario* de Molina era el primer libro dado á luz en América, y que lo fué en Méjico el año de 1571.

Esto no es verdad: el primer libro impreso en el Nuevo Mundo fué la *Escala espiritual para llegar al cielo* (traducción castellana), y vió la luz en 1533 por las prensas que Juan Pablos llevó á Méjico al comienzo del año anterior. ¡Qué bien pronto el invento de Guttenberg fué al mundo de Colon!

Alfonso de Molina murió en Méjico en 1584.

RAMIREZ (Fr. Juan). Aragonés, de la orden de Santo Domingo, misionero también en Méjico y despues obispo de Guatemala; hizo la traducción *en lengua mexicana del Catecismo de la doctrina cristiana*, cuya obrita, dedicada á los misioneros, se publicó en Méjico en 1537.

BOLAÑOS (Fr. Luis). Andaluz, fraile franciscano, fué uno de los primeros misioneros en predicar la buena nueva á los indios que ocupaban el territorio donde, allá por el año 1588, el Adelantado Alonso de Vera abrió los cimientos de la ciudad de San Juan de la Vera de las siete Corrientes.

Bolaños compuso la *Gramática y Diccionario guaraní-español y español-guaraní*, libros de inapreciable mérito, que despues fueron impresos en la Asuncion del Paraguay por los jesuitas. El mismo autor tradujo al Guaraní (con correspondencia española) el *Catecismo de la doctrina cristiana* y algunas oraciones, también impresos en la capital del Paraguay.

Y como la sintáxis de los idiomas de esta parte de América sea tan sumamente difícil y extraña, dice muy bien Azara que Bolaños «inventó sencillos acentos para expresar, escribiendo, lo que el Guaraní tiene de nasal en unas voces y de gutural en otras.»

Y no es ocioso añadir sobre las obras de Bolaños que, habiéndose compuesto por diferentes sujetos no pocos otros libros de devocion en Guaraní, hubo de reunirse un Sínodo en la ciudad de Buenos-Aires

en la iglesia de la Compañía de Jesus, el año de 1603, cuyo Sínodo fué presidido por el obispo don Fr. Martín Ignacio de Loyola, sobrino del fundador de los jesuitas y fraile franciscano, que tomó el hábito en el convento de Alaejos.

En este Sínodo se dispuso, entre otras cosas, que «recelándose prudentemente grandes inconvenientes por la multitud de catecismos que corrían compuestos en la lengua Guaraní, se prohibía á los sacerdotes, bajo pena de excomunion, el uso de todo otro catecismo que no fuese el compuesto por dicho P. Bolaños, que se consideraba el más propio y libre de error.»

No se limitaron á los dichos los títulos adquiridos por este instruido andaluz al reconocimiento de la posteridad. Bolaños, con mil trabajos y arrostrando peligros sin cuento, fundó en el Paramá el pueblecito del Baradero en 1580, y el de Caazapá en 1607, reuniendo en ellos familias de indios por él convertidas.

Y sin embargo, no hay en pueblo alguno de las repúblicas del Plata una calle siquiera que lleve el nombre ilustre de Bolaños.

BÁRCENA (Fr. Alfonso). Natural de Córdoba, nació en 1528. Se ignora todo lo que es relativo á la niñez y juventud de Bárcena, así como la educación que recibiera; sólo se sabe que, joven aún, fué destinado á América como misionero, y que se dedicó allí con grande empeño al conocimiento de diferentes lenguajes de aquellos indigenas.

Escribió un libro con el título de *Lexica et precepta gramaticæ, iter liber confessionis et precum, in quinque indorum linguis, quarum usus per Americam australem*. Es decir, el *Quichoa*, el *Aymara* y otros.

Compuso Bárcena, además, un *Gran Vocabulario* de esos mismos cinco idiomas, principales de aquella parte del Nuevo Mundo; razon por la que está contado como uno de los filólogos más notables de aquella época. El autor era jesuita.

El primero de dichos libros fué impreso en la Ciudad de los Reyes (Lima) en 1590, y se le cree el más antiguo de los dados á luz en el Perú.

Fué Bárcena apellidado *el apóstol del Perú*, á causa de su mucho celo por la reduccion de los indios.

Vivió algun tiempo en el Tucuman, ayudando á su conquista y predicando á los Calchaquies, cuya lengua también poseía este excelente obrero. Murió en el Cuzco en el año de 1598.

OLMOS (Fr. Andrés). Nació en la ciudad de Búrgos á fines del siglo XV. Entró en el convento de franciscanos de dicha capital, donde fué educado, y despues se trasladó á América en clase de misionero.

Dedicado á la predicacion, viajó en mucha parte

del antiguo imperio de Motezuma, aplicándose á estudiar la indole de diferentes idiomas y dialectos de los indios.

Escribió *Gramática en lengua mexicana* y correspondencia en algunos *dialectos*, con su equivalencia española; y lo mismo *Diccionarios* de ellos. Compuso las *Pláticas doctrinales* y oraciones para instrucción de los naturales y facilidad de los misioneros.

Dice Humboldt en los *Monumentos de las cordilleras*, que este misionero, á quien apellida muy instruido, es autor de noticias curiosas sobre la cosmogonía de Anahuac. Murió en América en 1574.

CARABANTE (Fr. José). Español, fraile capuchino, nació en 1628. Se le debe un *Gran Vocabulario indiano español* y cartas sobre la India, llenas de intereses. Murió en 1694.

COLLADO (Fr. Domingo). Extremeño, aunque se ignora el pueblo de su nacimiento. Fué superior de las Misiones de Filipinas; muy perito en el idioma *talagot* y otros del Archipiélago filipino. Compuso una *Gramática japonesa española y Diccionario*. Murió en un naufragio en 1663.

OLMO (Fr. Francisco del). De Castilla la Vieja, jesuita, á cuyo cargo estaba la colonia de San Francisco de Borja, situada entre los rios Synaruco y Meta, tributarios del alto Orinoco, establecimiento fundado en 1738 en tierras habitadas por indios dichos Saruros.

Este misionero escribió el *Arte gramatical de la lengua Sarura*, propia de dicha nacion, y un copioso *Vocabulario sarura-español y español-sarura*, y tradujo á dicho idioma, con correspondencia española, el *Catecismo de la doctrina cristiana y varias oraciones*.

Y no fué este el único servicio prestado á la humanidad por el misionero Francisco del Olmo. Él estableció entre los Saruras escuelas de leer, escribir y contar, dando á muchos indios más despejados nociones de latin y de música. Se ignora dónde murió.

CANTO (Francisco del). Literato español é impresor de libros.

Es autor de un *Arte gramatical de la lengua general del Perú*, llamada *Quichua*; libro dedicado al ilustrísimo Sr. D. Hernando Arias de Ugarte, obispo de Quito y del Consejo de S. M.

Dicha gramática está acompañada de un *Vocabulario quichua-español y viceversa*, que dice en el prefacio ser el más abundante hasta entónces publicado; y, con efecto, es muy completo. Dicho libro está impreso en Lima, en casa del autor.

CENTENO (D. Carlos Tapia y). Fué cura párroco de Tampamolón en el vireinato de Méjico; era muy erudito en varios idiomas y dialectos de los indígenas, y se le debe el *Arte novísima de la lengua*

Mexicana, libro impreso en Méjico en 1753. Se ignora el pueblo de su nacimiento.

LARRAÑAGA (Dr. D. Dámaso). Nació en el último tercio del siglo anterior, en la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo. Fué este español-americano sacerdote distinguido y muy perito en la historia natural, debiéndosele estimables trabajos sobre la *Fauna* y la *Flora* de la banda oriental del Plata, y algunas observaciones sobre las plantas de las cercanías de Rio Janeiro, obras todas hasta el presente inéditas, pero que van á publicarse en la *Biblioteca del Rio de la Plata*, con que algunos hombres eminentes van á enriquecer la literatura americana.

Entre los trabajos del Sr. Larrañaga hay á nuestro propósito un *Compendio del idioma de la nacion Chaná*, pueblo compuesto en otro tiempo de tribus que habitaban la embocadura del Rio Negro, en su desagüe al Plata.

Tambien este libro sobre la lengua de los ya extinguidos y célebres Chanás ha de darse á luz en Buenos-Aires.

CHAUMONT (P. N.). Este jesuita frances fué misionero en América, y escribió la *Gramática de la lengua de los Hurones*, entre cuya nacionalidad americana, segun el P. Rasles, vivió cincuenta años. Dicho libro tiene tambien un *Vocabulario*.

HOLGUIN (Fr. P.). A este misionero español se debe un gran *Vocabulario Quichoa*, impreso en Lima. Dice un autor americano que dicha obrita se vendía á 14 pesos fuertes en el Perú, poco despues de dada á luz.

FALKONER (Fr. Tomás). Era este jesuita natural de Manchester (Inglaterra). Vivió muchos años en el vireinato del Plata, desde las fronteras del Brasil hasta los términos de la famosa Araucania.

Compuso una *Gramática de la lengua Auca* y vocabulario Auca-español y viceversa. El Auca es el idioma de los indios que habitan el Poniente de las célebres Pampas hasta la referida Araucania.

No es este libro solo el que se debe á la inteligencia y laboriosidad de Falkoner: es autor de una *Descripcion de la Patagonia*, obra llena de curiosos datos, pero no tan conocida como debiera serlo.

Falkoner y el abate José Cardiel, de la misma Compañía, fundaron la *Mision de la Laguna*, al pié de la agreste sierra de Tapalquen, en Patagonia.

No sabemos dónde finalizó sus dias este jesuita, pero al tiempo de la expulsion general de los de su órden consta que fué embarcado en la fragata *Venus*, y tenia á la sazón sesenta y seis años.

LUGO (Fr. Bernárdino). Este misionero gallego ejerció el apostolado en la América equinoccial. Compuso la *Gramática general de la lengua del nuevo reino llamado Mosca*; idioma propio de los indígenas del Bogotá dichos Muyscas ó Moscas,

especie de Druidas por algunas de sus costumbres.

Este libro tiene asimismo un *Vocabulario* y fué impreso en Madrid en 1619.

FIGUEIRA (Fr. Lucas). Nació en Oporto este ilustre portugués el año de 1606. Fué muchos años misionero en el Brasil, y escribió la *Gramática guaraní-portuguesa* y un diccionario en ambos idiomas.

Vertió además al Guaraní el *Catecismo de la doctrina cristiana*. Fué asesinado por los indios de la desembocadura del Amazonas en 1643.

RUIZ DE MONTOYA (Abate Antonio). Este jesuita, navarro, según nuestros informes, vivió muchos años en el Paraguay y fué uno de los fundadores de aquellas memorables misiones.

Cultivó con esmero el estudio del idioma de aquellos naturales, y escribió un interesante libro con el título de *Tesoro de la lengua Guaraní*, obra á la sazón rarísima, en que se hace resaltar la riqueza, la majestad y elegancia de ese habla por su construcción, que, como dice Chome, tiene sus delicadezas y agrados.

También es autor de la *Conquista espiritual de las gloriosas misiones del Paraguay*. El es descubridor de las naciones indias del Guayrá y Tayaoba, como oportunamente apunta Lozano en su *Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman*.

Gumilla dice que Ruiz de Montoya sobresalía de otros misioneros por su celo é inteligencia, como los planetas entre los astros.

RASLES (Fr. Sebastian). Fué jesuita francés y enviado como misionero por el gobierno de su nación á Quebec al final del siglo XVII. Con el deseo de propagar el cristianismo entre los indígenas, recorrió el país de los Hurones, el Canadá y otros territorios, estudiando diferentes lenguajes de aquellos naturales. Escribió la *Gramática* y el *Diccionario de la lengua Abnakisa* y un *Catecismo* en el idioma de los Hurones.

Y no puede haber duda que conocía este misionero otros lenguajes de aquella parte, porque en una epístola suya, que se encuentra inserta en las *Cartas edificantes y curiosas*, dice el erudito filólogo así:

«Entre las lenguas de los indios Iroqueses, es la de los Hurones la más majestuosa y sonora, si bien la más difícil de las de aquella parte del Nuevo Mundo.»

Rasles fué herido en un combate en Norridgewog, de cuya herida murió en 1724.

BRETON (Fr. Raimundo). Natural de Beaune, Francia, nació en 1609. Fué fraile dominico y misionero en América. Escribió la *Gramática* y el *Vocabulario caribe-francés y francés-caribe*. Murió en 1679.

RICARDO (D. Antonio). Éste, primer impresor de estos reinos del Perú, dió á luz el *Tercero catecismo y exposicion de la doctrina cristiana por sermones, en lengua española, quichoa y aymara*. Dicho libro

trilingüe estuvo mandado componer por autoridad del Concilio provincial de Lima, é impreso en la misma ciudad el año de 1585.

De las mismas prensas, y compuesto igualmente por mandato de dicho Concilio, salió el *Confesionario para los curas de indios*. También está en los tres idiomas citados español, quichoa y aymara.

QUIROS (Fr. Teodoro). Nació en la villa de Viveros, provincia de Albacete, en el año de 1599.

Fué misionero en el Archipiélago filipino, islas donde vivió dedicado á su ministerio largos años.

Escribió una *Gramática de la lengua tagala* y *Diccionario tagalo-español*. Murió en 1662.

VALDIVIA (Fr. Luis). Español y fraile jesuita, que en su juventud fué destinado á desempeñar el cargo de misionero en las playas del Pacífico, siendo de los primeros de su orden en penetrar en Chile para tan humanitario cometido.

Dotado de singular talento y ayudado de no menor celo, se dedicó afanosamente al estudio del idioma de los indios de aquella parte, lengua que aprendió muy en breve, según dice un historiador, como que en un mes pudo predicar en su idioma á los indígenas.

«No contento con eso (asegura el famoso jesuita Ovalle en su *Historia de Chile*), para abrir la puerta á los demás y facilitar más el aprender esta lengua, comenzó á formar la *Gramática* y el *Vocabulario*, que de ella imprimió, con que dentro de poco pudieron instruirse los indios en su mismo idioma y aprender el *Catecismo de la doctrina* en ella, que tradujo del castellano.» Salió á luz en Lima, con real licencia, en 1606.

«Otra cosa hizo (prosigue Ovalle) el P. Luis de Valdivia, también de grande admiración, que fué (con ocasión de catequizar á unos indios que llaman Guarpes, que habitan en la tierra de Cuyo, de la otra banda de la Cordillera, al Oriente de Chile, por eso vulgarmente dichos Cuyos) aprender su lengua, que es bastante diversa de la de Chile, é hizo *Gramática* y *Vocabulario* de ella, y la imprimió, como la de Chile, con lo cual dejó el camino allanado á los nuestros para poderse emplear en la enseñanza.» No sabemos en qué año se imprimió este otro librito.

Según el testimonio del mismo citado Ovalle, era Valdivia frecuentemente el maestro que enseñaba á los misioneros nuevos dichos lenguajes, ilustrando de viva voz los puntos difíciles de los mismos; y el propio Ovalle fué su discípulo en la materia, no obstante ser chileno el erudito historiador.

Mediante su gran despejo y la perfecta posesión de los idiomas indígenas, fué causa de más de un buen suceso, por lo bien que con su elocuencia sabía atraerse á los más distinguidos entre los indios.

Vino en comisión á España para tratar de la mejor manera de la pacificación de varias comarcas

chilenas, proponiendo medios más idóneos que los que se seguían.

A la vuelta de su importante cometido fundó las célebres misiones de Arauco y de Cuyo, echando así los cimientos de la civilización de extensas comarcas.

Otra cualidad que sobresalía en el P. Valdivia era una serenidad y sangre fría admirables, hasta en las más críticas circunstancias, y esta cualidad le granjeaba inmenso prestigio entre los esforzados naturales de aquella parte de América, que apreciaban tanto el valor.

Esto dió margen, como no podía dejar de suceder, al éxito feliz de no pocas empresas, ayuda que valía más que la de muchos soldados.

Y como al propio tiempo abrigaba un corazón por extremo noble, tuvo lugar que la liberalidad que empleó con el cacique Utablame le ganó doble simpatía en las masas de los indios, que le amaban entrañablemente.

Por segunda vez regresó á la Península este héroe, y... (cosa que no es de las presentes generaciones) no quiso admitir ninguno de los puestos con que el mismo Rey le invitó en premio de sus altos merecimientos y singulares trabajos. ¡Desprendimiento y abnegación, repito, de que no se dan ejemplos en el día!...

Murió el reverendo Valdivia en su provincia de Castilla, según el erudito Ovalle.

El P. Blanco, autor de la *Flora de las Filipinas*, dice que pasan de treinta las gramáticas de los lenguajes del mismo Archipiélago que hasta el año 1836 se habían escrito, y que hay varias impresas en Manila.

De las múltiples lenguas de Chile, la Carolina, la Luisiana y otros puntos de América, hay también no pocos trabajos apreciables, en su mayoría inéditos.

Por último, de idiomas del Japon, la China y diferente otros lejanos Estados, existen asimismo; mas esos no entran en la jurisdicción que me he marcado.

FÉLIX C. SOBRO.

FRANKLIN.

I.

Necesitamos detenernos algunos instantes para rendir un justo tributo de admiración al que con su genio arrancó las centellas de las nubes. Las ciencias físicas, á las que debe el mundo moderno la locomotora, que anula las distancias, y el hilo eléctrico, que ha dado alas al pensamiento, tienen asimismo la sin par gloria de haber suministrado medios de encadenar las tempestades.

La ciudad de Filadelfia, que tanto contribuye á engrandecer el dilatado territorio de Pensilvania en la hermosa región americana, y donde en la actualidad acude el mundo entero con los resultados de su inteligencia á terciar en la gloriosa y pacífica batalla á que ha convocado, ofrecía, en el primer tercio del últimamente trascurrido siglo, modesto asilo á un jóven que, limitado al estrecho círculo de aprendiz de impresor, revelaba en su aspecto el inmenso horizonte que su mirada de águila había de recorrer al andar de los tiempos. Aquel jóven, apenas salido de los límites de la niñez, era Benjamin Franklin, que en 1724 veíasele con asiduidad entregado al material trabajo del obrero; pero en la palidez de su rostro, en lo melancólico de su vista, en la sobriedad excesiva de su alimentación y en el extraordinario anhelo con que dedicaba á la lectura de obras instructivas las horas destinadas al recreo ó al imprescindible descanso, hacían suponer, con probadísimo fundamento, que no estaba su porvenir cifrado en lo que había de alcanzar con la posesión exclusivamente del arte que inmortalizó á Guttenberg.

En efecto, lo variado del clima de la región que habitaba, pues se observan en primavera las densas nebulosidades clásicas del pueblo inglés, al paso que en el estío se manifiestan los ardorosos calores del africano suelo, sin que por eso se vean privados en algún día de otoño de ese cielo azul sin nube alguna que ha inspirado en España y en Italia las líras de Calderón y Tasso, y los pinceles de Murillo y Miguel Ángel, contribuye á que el filósofo medite acerca de las grandezas que le rodean y de las numerosas maravillas que le cercan.

II.

Los años de la juventud, de esa hermosa primavera de la vida, donde sólo se respira el embriagador perfume que exhalan las aromáticas flores que el sol de la ilusión y esperanza alimentan, pasaron para Franklin en medio de incesante laboriosidad y apurando hasta las heces las amarguras de un amor imposible y desgraciado. Al decir de alguno de sus varios biógrafos, la pequeña fortuna que adquiriera en fuerza de trabajo y el nombre que le conquistaron los varios artículos publicados en la *Gaceta de Filadelfia*, no eran suficientes á satisfacer sus aspiraciones. Las diferencias de posición social le separaban un abismo del objeto amado, y las glorias á su talento debidas no bastaban á calmar su tenaz melancolía.

Amar sin esperanza. Tal fué uno de los móviles que le impulsaron á trabajar sin descanso para ahogar con la material distracción el incendio latente que su pecho devoraba. Durante cinco años con-

quistó reputación envidiable, pues el almanaque del buen Ricardo rodeó su nombre de una aureola de popular gloria y asistió en vida á su apoteosis, y más tarde la invención del pararrayos aumentó, con nuevas y siempre frescas flores, la corona que rodea su inmortal frente, de la cual brotaron un día sublimes concepciones cuya brillantez no empañará el oleaje del tiempo.

Reframos la invención de pararrayos.

III.

La imaginación exaltada de los antiguos pueblos atribuía al rayo procedencia extraordinaria, y fué considerado como arma vengadora de la Divinidad. Refiere Servio que se aumentó el fuego de los altares con el rayo. El completo desconocimiento del fluido eléctrico, en sus causas y en sus manifestaciones, puede explicar perfectamente la ignorancia en que se hallaban respecto á los motivos de la producción de este fenómeno. Sabido es que en su aparición influye poderosamente el país, la manera de estar contruidos los edificios, la proximidad de las montañas, etc., todo lo cual satisfactoriamente se razona acudiendo á la ciencia física, grandioso estudio que encierra los motivos del descenso de un cuerpo en el espacio, la maravillosa descomposición de la luz que nos libra de la eterna noche, la fijación de las imágenes por la misma en el fondo de la cámara oscura, el vuelo del ave en el espacio, la armonía de la música que encanta nuestros oídos, y la causa de la nieve que corona la cima de la montaña ó del ardoroso calor que abrasa nuestro pecho en el estío.

Pero todavía se encuentra arraigada en el vulgo la idea de atribuir el rayo á una causa maravillosa y superior á la inteligencia del hombre. Hé aquí la necesidad imperiosa de propagar á todo trance los conocimientos físico-químicos, sin los cuales no es otra cosa el individuo que huésped en el mundo, ajeno por completo á la investigación de los hechos que en torno suyo sin cesar se originan. Al descubrir la ciencia la naturaleza del rayo, debida á las descargas eléctricas que en el seno de la atmósfera tienen lugar entre las nubes y la tierra, no desprestigia á la Divinidad, ántes por el contrario, la ensalza y la sublima, enseñando á glorificar y rendir adorador tributo al verdadero Autor de todo lo creado, desde el invisible infusorio, sólo apreciable al microscopio, hasta la roca gigantesca que desafía á los mayores cataclismos.

La explicación que Descartes dió del rayo, consistía en atribuirlo al calor resultante de la caída de una nube que chocaba con otra colocada en inferior región. Más tarde, el célebre médico Boerhaave atribuía la causa del rayo á la inflamación produci-

cida en el aire por los gases desprendidos de la tierra.

La circunstancia de observarse en la parte alta de los buques y la cima de los campanarios fenómenos de centelleo durante las tempestades, excitó desde luego la curiosidad de los hombres pensadores; pero todavía distaba mucho el conocimiento de la verdad, porque se ignoraba por completo la causa de las manifestaciones eléctricas y se desconocía el fluido á que eran debidas. El físico inglés Wall lanzó la idea de la semejanza que podía existir entre la chispa eléctrica y el relámpago, sin olvidar el parecido que presenta el ruido de la chispa con el estampido del trueno.

En 1750 premió la Academia de Burdeos una Memoria de Barberet, donde se manifestaba la analogía existente entre el rayo y la electricidad, pero sin demostrarlo experimentalmente. Poco después se presentó á la indicada corporación otra Memoria de M. de Romas, donde se aseguraba que el rayo era análogo á la electricidad. Pero Franklin, el aprendiz de impresor, que más tarde fué director de una gran imprenta en Filadelfia y diputado, fué á quien estaba reservada la gloria de descubrir en 1755 el pararrayos, fundándose en el poder que tienen respecto á la electricidad los cuerpos terminados en punta.

Hé aquí las relaciones que establece entre la electricidad y el rayo.

Los relámpagos, decía, tienen relación con la chispa eléctrica, pues son, como ella, ondulantes y angulosos.

A la manera que el rayo sigue el camino de los cuerpos más conductores, del mismo modo lo efectúa la electricidad en la descarga de la botella de Leyden.

Se dirige el rayo á los objetos elevados y puntiagudos, de igual suerte que los cuerpos puntiagudos se cargan mejor de electricidad que los de redondeada superficie.

Los efectos del rayo, de fundir metales, incendiar edificios, producir la muerte, no son otra cosa más que elevados á mayor escala los que tienen lugar en un gabinete de física por las descargas eléctricas.

IV.

Tal fué la manera sintética de coordinar los hechos que tuvo Franklin para deducir de los mismos la formación del pararrayos, de cuyo descubrimiento sólo ya distaba un paso.

Dedujo de aquí que una varilla de hierro terminada en punta, puesta en comunicación con un conductor metálico, podría destruir el efecto de una nube tempestuosa, y consignó estas ideas en sus

Cartas sobre la electricidad, libro que vió la luz pública en Londres. La Sociedad Real de Londres informó muy mal acerca de esta idea. Aquel cuerpo científico creía un absurdo el pensamiento de alejar el rayo, sólo por medio de unas cuantas varillas metálicas elevadas en el aire. Dicha obra fué después traducida por Dalibard, el que comprobó experimentalmente las ideas sentadas por el físico americano.

La comprobación tuvo lugar en unión con el gran naturalista Buffon, el autor de la gran sentencia *el estilo es el hombre*, en cuya brevisima y feliz frase se halla condensado todo un libro de literatura. Colocó en la torre de su palacio una larga barra de hierro, terminada en punta en la extremidad superior y aislada por la parte inferior. De la misma manera dispuso Dalibard otro aparato en las inmediaciones de Paris, donde estalló una tormenta, y pudieron observar las chispas que salían de la barra, al propio tiempo que la producción de pequeños ruidos que asemejaban á golpes dados en la indicada barra con un objeto metálico. Buffon, á su vez, pudo obtener del aparato de su palacio gran número de chispas.

Pronto cundieron estos experimentos por todo el mundo civilizado, y aumentó asimismo el deseo de repetirlos, logrando algunos, como Lemonnier, hacer interesantes adelantos en el estudio de la electricidad atmosférica, y otros más desgraciados, como Richmann, hallar la muerte en su gabinete de física, donde á la sazón se encontraba verificando estudios, el 6 de Agosto de 1753, que sobre San Petersburgo rugía tempestuosa nube, y un momento de inadvertencia produjo la demasiada proximidad del físico á la barra, y una descarga eléctrica ocasionó su instantánea muerte.

En el mes de Setiembre de 1752 lanzó Franklin en Filadelfia una cometa en una tarde tempestuosa, y de la cuerda de la misma, humedecida por la lluvia, obtuvo chispas eléctricas; y en 1760 se colocó el primer pararrayos en el palacio de un opulento banquero de la misma población, donde muy pronto pudieron observarse sus provechosos resultados en las tempestades que tan frecuentes son en aquel país.

Pronto saludó América entusiasmada tan útil descubrimiento. Ya no hay que temer la destrucción de los edificios donde se encierran preciosos tesoros de arte, ni considerar amenazada de inminente riesgo la existencia en momentos dados.

V.

Ya se conocía el pararrayos, ya existía ese medio de libertar á las personas y á los objetos de la descarga eléctrica, pero no por eso dejó de tener

impugnadores que consideraban peligroso ó ineficaz el nuevo descubrimiento, por cuyo motivo tardó algun tanto en generalizarse en Europa. Nada más sencillo que la construcción del aparato con que Franklin dotó á la ciencia. Consiste en una barra de hierro rectilínea de seis á nueve metros de altura, y la sección de la base es un cuadrado cuyo lado es de seis centímetros, y además un conductor que, según los últimos datos suministrados por la Academia de Ciencias, debe estar construido de hilos de cobre, por la razón de ser este metal mejor conductor que el hierro y llenar de un modo más exacto la condición de llevar la electricidad al depósito común. También aconseja la corporación referida que se termine la extremidad superior del pararrayos por una punta de cobre, en vez de emplear el platino; pero no ha respondido á los resultados que se esperaban. La teoría del pararrayos está fundada en la electricidad de los cuerpos por influencia, y se sabe que protege un espacio circular cuyo radio es doble de su altura. Debe tener además el pararrayos condiciones de suficiencia de diámetro, carecer absolutamente de solución alguna de continuidad y todos los demás requisitos que no es pertinente exponer aquí.

VI.

Franklin murió en 1790. Pero su patria y el mundo entero han querido conservar indeleble la memoria de tan eminente patricio. El que desde humildísima condición pudo elevarse hasta presidente de la Asamblea de los Estados de Pensilvania, tomando activa parte en la declaración de independencia de los Estados-Unidos, bien puede asegurarse que reuniría especiales y nada vulgares dotes para lograr atraer hácia sí las miradas de sus conciudadanos.

En Inglaterra la pasión política puso mucho tiempo en duda su valer, y así se explica la tardanza en dicho país en el uso de los pararrayos.

Pero en su patria existen recuerdos de su nombre doquiera la imaginación se dirija. Allí donde terminó su vida de un modo más tranquilo que en los primeros períodos de la misma, se encuentran monumentos, poblaciones, Institutos científicos que llevan el nombre de Franklin, como si desearan las generaciones que fuese contemporáneo suyo en la memoria, ya que al poder humano le está vedada la inmortalidad.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.